AGATHA CHRISTIE

CARTAS SOBRE LA MESA

Selecciones de Biblioteca Oro

El señor Shaitana es famoso como anfitrión de sus fiestas. Sin embargo, se trata de un hombre del que todos desconfían. Así, cuando expone a Poirot su teoría sobre el asesinato como forma de arte, el detective tiene sus reservas sobre aceptar la invitación para ver la colección privada de Shaitana.

Convocado con otros tres criminólogos y cuatro supuestos asesinos, inician tras la cena una partida de bridge. Pero al final de la partida descubren que el anfitrión ha sido asesinado por uno de sus invitados…

Agatha Christie

Cartas sobre la mesa

Hércules Poirot 14

ePub r1.1
Titivillus 03.03.16

Título original: *Cards On The Table*
Agatha Christie, 1936
Traducción: A. Soler Crespo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Guía del lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra

ASTWELL: Asistenta de las señoritas Meredith y Dawes.

BATT (Elsie): Doncella que fue de la señora Luxmore, viuda de un conocido botánico, supuesto asesinado.

BATTLE: Superintendente y uno de los mejores elementos de Scotland Yard.

BURGUESS: Agraciada muchacha, secretaria del doctor Roberts.

DAWES (Rhoda): Amiga íntima de Meredith, con la cual convive.

DESPARD (John): Mayor del ejército, joven, alto, distinguido.

LORRIMER: Mujer elegante, sexagenaria, inteligente y muy culta.

MEREDITH (Anne): Hermosa muchacha de veinte años, de posición modesta, que vive a costa de Rhoda Dawes.

O'CONNOR: Sargento de policía.

OLIVER (Ariadne): Autora de novelas policíacas, mujer elegante y furibunda feminista.

POIROT (Hércules): Famoso detective belga.

RACE: Coronel del «Servicio Secreto».

ROBERTS (Goffrey): Notable doctor y verdadero hombre de mundo.

SHAITANA: Hombre enigmático, rico y que es asesinado en su domicilio.

Advertencia de la autora

Existe la idea, bastante generalizada, de que una novela policíaca tiene cierto parecido a una carrera de caballos, pues como ésta, toman la salida un determinado número de participantes, igual que hacen los caballos y sus jinetes. Pueden ustedes apostar por el que prefieran. Pero, de común acuerdo, el favorito suele ser precisamente el opuesto al que lo sería en dichas carreras. En otras palabras: es un personaje completamente extraño a la cuestión. Localicen a quien parezca haber tenido oportunidades de cometer el crimen y, en el noventa por ciento de los casos, habrán acertado.

Como no quiero que mis fieles lectores desechen este libro con disgusto, prefiero advertirles de antemano que la novela que van a leer no es de la clase a que antes me refiero. Solamente hay en ella cuatro «participantes», cada uno de los cuales, con arreglo a determinadas circunstancias, pudo haber cometido el asesinato. Esto elimina, por fuerza, el factor sorpresa. Sin embargo, puede existir, según creo, pues cada una de ellas ha delinquido ya y es capaz de realizar nuevos crímenes. Se trata de cuatro caracteres completamente diferentes. El motivo que los impulsa al asesinato es inherente a la forma de ser de cada uno de ellos y, en consecuencia, también lo es el método empleado. Por lo tanto, las deducciones que se hagan deben ser totalmente psicológicas; pero tal cosa no deja de ser interesante, pues una vez que todo está dicho y hecho, es la mente del criminal lo que reviste mayor importancia.

Debo decir, como argumento adicional en favor de esta novela, que fue uno de los casos favoritos de Hércules Poirot. No obstante, su amigo, el capitán Hastings, lo encontró muy insustancial cuando el detective se lo relató. Me agradaría saber con quién de los dos estarán de acuerdo mis lectores.

Capítulo primero

EL SEÑOR SHAITANA

¡Mi apreciado *monsieur* Poirot!

Era una voz suave y acariciadora; una voz usada deliberadamente como instrumento. En ella no había nada impulsivo e impremeditado. Hércules Poirot dio media vuelta. Se inclinó y estrechó ceremoniosamente la mano que le tendía el otro.

En los ojos del detective se reflejó una expresión extraña. Podía decirse que aquel encuentro casual había despertado en él una emoción experimentada en raras ocasiones.

—Mi estimado señor Shaitana —dijo.

Ambos callaron. Parecían dos duelistas *en garde*.

Alrededor de ellos se arremolinaba, con sosiego, una masa de londinenses lánguidos y bien vestidos. Se oía el murmullo de las voces.

—¡Precioso…! ¡Exquisito…!

—Son divinas, ¿no te parece, querida?

Se encontraban en la exposición de cajas de rapé que se celebraba en la Wessex House. El precio de la entrada, una guinea, se destinaba a los hospitales de Londres.

—¡Qué agradable verle de nuevo! —dijo el señor Shaitana—. ¿Escasea el trabajo de colgar o guillotinar a la gente? ¿Decae la actividad del mundo criminal… o va a ocurrir aquí un robo esta misma tarde…? Sería estupendo.

—Siento decepcionarle, *monsieur* —contestó Poirot—; pero mi presencia en esta exposición se debe a motivos puramente particulares.

La atención del señor Shaitana recayó, de momento, sobre una

adorable jovencita que llevaba unos apretados rizos en un lado de su cabeza y tres cucuruchos de paja negra en el otro.

—Pero, ¿cómo no vino a mi última fiesta? —preguntó el señor Shaitana—. ¡Fue maravillosa! Gran cantidad de gente habló conmigo. ¡Pásmese! Hasta una señora me dijo: «¿Cómo está usted?», «Adiós» y «Muchísimas gracias»; pero la pobre era provinciana, desde luego.

Mientras la adorable jovencita contestaba adecuadamente a estas razones, Poirot estudió con detenimiento el hirsuto adorno que campeaba sobre el labio superior del señor Shaitana.

Era un buen bigote; muy elegante. Tal vez único bigote que en Londres podía competir con el de *monsieur* Hércules Poirot.

«Pero no es tan exuberante —dijo para sí mismo—. No; no hay duda de que es inferior en todos los aspectos. *Tout de même* llama la atención.»

Toda la persona del señor Shaitana llamaba la atención, pues tal era la intención del propio interesado. Quería que su aspecto fuera lo más mefistofélico posible. Era alto y delgado, de cara larga y melancólica en la que resaltaban unas cejas fuertemente acentuadas y negras como el azabache. Llevaba un bigote con las puntas engomadas y una perilla negra. Sus ropas eran obras de arte; de correctísimo corte, aunque con cierto aire grotesco.

Todo buen inglés, cuando topaba con él, sentía un ardiente deseo de darle un puntapié. Y decían para su capote con una singular falta de originalidad: «Ahí viene ese maldito *dago*[1] de Shaitana».

Las esposas, hijas, hermanos, tías, madres y hasta las abuelas de tales ingleses, si bien variaban las palabras de acuerdo con su propia generación, solían decir también frases parecidas a ésta: «Ya lo sé, querida. Tiene un aspecto algo tremebundo, desde luego. ¡Pero es rico…! ¡Y, da unas fiestas tan magníficas…! Además, siempre tiene alguna cosa divertida y maliciosa que contarte acerca de la gente».

Nadie sabía si el señor Shaitana era sudamericano, portugués, griego o de cualquier otra de las nacionalidades despreciadas por los británicos.

Pero tres hechos eran ciertos por completo.

Vivía lujosamente en un costoso piso de Park Lane.

Daba fiestas de todas clases: grandes, pequeñas, macabras, respetables y extravagantes.

Era un hombre a quien casi todos temían.

Esto último era difícil de expresar con palabras concretas. Tal vez era debido a que daba la sensación de saber muchas cosas más de las convenientes acerca de todo el mundo. Y a esto unía un especial sentido del humor.

La gente intuía que era mejor no arriesgarse, ofendiendo al señor Shaitana.

Aquella tarde, su humor le incitaba a fastidiar al hombre de aspecto ridículo, llamado Hércules Poirot.

—¿De modo que un policía también necesita distraerse? —observó—. Se interesa usted por el arte a una edad demasiado avanzada, *monsieur* Poirot.

El detective sonrió.

—Ya he visto que envió usted tres cajas de rapé a la exposición —dijo.

El señor Shaitana agitó una mano con gesto de excusa.

—Algunas veces me dedico a comprar bagatelas. Debía usted venir un día por mi casa. Tengo algunas piezas interesantes. Pero no me limito a ningún período en particular ni a objetos determinados.

—Sus gustos son ortodoxos —comentó Poirot sonriendo.

—Exactamente.

De pronto, los ojos del señor Shaitana brillaron, levantó las comisuras de los labios y sus cejas se arquearon.

—Hasta le puedo enseñar varias cosas relacionadas con su profesión, *monsieur* Poirot —anunció.

—¿Acaso tiene un «Museo negro» particular?

—¡Bah! —el señor Shaitana chasqueó los dedos con desdén—. La taza que utilizó el asesino de Brighton, las herramientas de un célebre ladrón… todo eso son chiquillerías absurdas. Yo no me preocupo por esa basura. Me gusta coleccionar lo mejor de cada caso.

—Y hablando artísticamente, ¿qué objetos considera usted mejores en el crimen? —preguntó Poirot a la espera impaciente de la respuesta.

El señor Shaitana se inclinó y apoyó los dedos sobre el hombro del detective. Contestó con acento dramático y voz sibilante:

—Los seres humanos que lo cometen, *monsieur* Poirot.

Las cejas de éste se levantaron un poco.

—¡Aja! Le he sorprendido —exclamó el señor Shaitana—. Mi estimado amigo, usted y yo consideramos estas cosas desde diferentes puntos de vista. Para usted, el crimen es una mera rutina: un asesinato, una investigación, una pista y, por último, el descubrimiento del asesino, pues indudablemente usted es un experto en la materia. ¡Pero esas trivialidades no me interesan! No me atraen los ejemplares de poco valor. Y un asesino descubierto es, necesariamente, algo que tiene un defecto. Algo de segunda clase. No; yo considero el asunto desde el punto de vista artístico. ¡Sólo colecciono lo mejor!

—¿Y qué es lo mejor? —preguntó Poirot.

—El que ha logrado escapar. ¡El que ha tenido éxito! El criminal que disfruta de una vida agradable y sobre el cual no se tiene ni la más mínima sospecha. Debe usted admitir que mi distracción es muy divertida.

—Estaba pensando en otra palabra… y no era precisamente «divertida».

—¡Una idea! —exclamó Shaitana sin hacer caso de la observación de Poirot—. ¡Una pequeña reunión! ¡Una comida para que tenga la oportunidad de conocer mi colección! Ha sido una ocurrencia divertida, de veras. No sé cómo no pensé antes en ella. Sí… sí; eso… exactamente. Deme un poco de tiempo… la próxima semana no podrá ser, digamos la siguiente. ¿No tendrá ningún compromiso? ¿Qué día podemos elegir?

—Si es dentro de dos semanas, cualquier día me conviene —respondió Poirot inclinándose.

—Bien… entonces pongamos el viernes. El viernes, día dieciocho. Lo anotaré en mi agenda. Desde luego, la idea me satisface enormemente.

—Pues yo no estoy tan seguro de ello —replicó Poirot con lentitud—. No quiero decir con eso que desprecie su amable invitación… no; no es eso…

Shaitana le interrumpió.

—Pero ha quedado conmovida su sensibilidad burguesa, ¿verdad? Amigo mío, debe usted desembarazarse de las limitaciones que impone la mentalidad de un policía.

—Realmente, tengo un concepto absolutamente burgués acerca del asesinato —replicó el detective.

—Pero, ¿por qué? Cuando se trate de un asunto estúpido, vulgar, sanguinario… sí; estoy de acuerdo con usted. ¡Pero el asesinato puede ser un arte! Y el asesino un artista.

—Lo admito.

—Entonces, ¿qué? —preguntó el señor Shaitana.

—De todos modos, no deja de ser un asesino.

—Estoy convencido, *monsieur* Poirot, de que el hacer una cosa extremadamente bien, constituye en sí una justificación. Usted, dejando a un lado de toda imaginación, quiere coger el asesino, esposarle, encerrarle en la cárcel, y finalmente hacer que le rompan el cuello en las primeras horas de la mañana. En mi opinión, un asesino realmente afortunado debiera tener derecho a que el Estado le pagara una pensión, y yo no tendría inconveniente en invitarle a comer.

Poirot se encogió de hombros.

—No soy tan indiferente al arte en el crimen, como usted supone. Puedo sentir admiración hacia el asesino perfecto… como podría admirar también a un tigre… que es una fiera espléndida. Pero lo admiraría desde el exterior de la jaula. No entraría en ella, a no ser que mi deber me obligara. Porque, como usted sabe, señor Shaitana, el tigre puede saltar y…

Su interlocutor rió.

—Comprendo. ¿Y el asesino…?

—Puede matar —comentó Poirot gravemente.

—¡Pero qué alarmista es usted! Entonces, ¿no quiere venir a ver mi colección de… tigres?

—Al contrario. Tendré mucho gusto.

—¡Qué intrépido!

—No me ha entendido usted del todo, señor Shaitana. Con mis palabras quería prevenirle. Quiso hacerme admitir que su idea de coleccionar asesinos era divertida. Le dije que, en lugar de «divertida», podía emplear otra palabra. «Peligrosa», diría yo. Creo, señor Shaitana, que su distracción puede serlo.

El otro lanzó una risotada mefistofélica.

—Le espero, pues, el día dieciocho; ¿de acuerdo?

Poirot hizo una reverencia.

—Puede usted esperarme ese día. *Mille remerciments*.

—Arreglaré una pequeña reunión —dijo Shaitana, como si hablara consigo mismo—. No se olvide. A las ocho.

Durante unos momentos, Poirot contempló cómo se alejaba.

Después sacudió lentamente la cabeza con aspecto pensativo.

Capítulo II

COMIDA EN CASA DEL SEÑOR SHAITANA

La puerta del piso que ocupaba el señor Shaitana se abrió silenciosamente. Un mayordomo de cabellos grises se apartó para que pasara Poirot. Cerró después con tanto cuidado como abrió y ayudó eficientemente al invitado a que se despojara del abrigo y sombrero.

—¿A quién anuncio, por favor? —preguntó con voz baja e inexpresiva.

—A *monsieur* Hércules Poirot.

Un rumor de conversaciones se difundió por el vestíbulo cuando el mayordomo abrió una puerta y anunció:

—*Monsieur* Hércules Poirot.

Shaitana se adelantó para recibirle, llevando un vaso de jerez en la mano. Iba inmaculadamente vestido, como acostumbraba. Su aspecto mefistofélico había crecido de punto aquella noche y sus cejas parecían más acentuadas debido a la expresión burlona que las levantaba.

—Permítame que le presente… ¿conoce usted a la señora Oliver?

La teatralidad que había en él quedó satisfecha al ver el pequeño gesto de sorpresa que hizo Poirot.

La señora Ariadne Oliver pasaba por ser una de las principales escritoras de novelas policíacas y otros asuntos sensacionales. Escribía de forma amena, aunque no muy gramaticalmente, artículos que aparecían en diversas revistas relacionadas con el crimen y sus problemas. Era también una furibunda feminista y cuando algún asesinato famoso ocupaba la atención de la Prensa,

podía darse por sentado que se publicaría una entrevista con la señora Oliver, en la que diría: «¡Ah; si una mujer estuviera al frente de Scotland Yard!» Creía firmemente en la intuición femenina.

Por lo demás, era una mujer agradable, de mediana edad, que vestía con elegancia, aunque de una forma bastante desaliñada. Tenía bonitos ojos, hombros erguidos y una gran cantidad de pelo gris, con el que continuamente estaba haciendo experimentos. Unos días su aspecto era altamente intelectual, pues se peinaba con el pelo recogido en un moño sobre la nuca. En otras ocasiones, la señora Oliver aparecía de repente con el pelo ondulado, estilo Madonna, o con gran cantidad de rizos revueltos. Aquella noche llevaba flequillo.

Con su agradable voz de tono profundo saludó a Poirot, a quien ya había sido presentada anteriormente en una comida literaria.

—Y al superintendente Battle, conocido de usted sin duda alguna —prosiguió Shaitana.

Un hombre corpulento y macizo, de rudas facciones, se adelantó. El superintendente, no sólo daba la impresión a quien lo viera de que estaba tallado en madera, sino que se esforzaba en patentizar que la madera en cuestión era de una dureza extraordinaria.

Battle tenía fama de ser uno de los mejores elementos de Scotland Yard, aunque su aspecto fue siempre estólido y un tanto estúpido.

—Ya conozco a *monsieur* Poirot —dijo.

Su rígida cara se distendió en una sonrisa y luego volvió a tomar la apariencia inexpresiva de antes.

—El coronel Race —continuó Shaitana.

Poirot no había sido presentado con anterioridad al coronel Race, pero sabía algo acerca de él. Era un hombre enigmático, elegante, profundamente bronceado por el sol y de unos cincuenta años de edad. Por lo general, podía encontrársele en cualquier lugar remoto del Imperio… sobre todo si por allí se fraguaba algún disturbio. «Servicio Secreto» es un término melodramático, pero con él se puede describir llanamente y con exactitud la naturaleza y alcance de las actividades del coronel Race.

Poirot entendió entonces y valoró adecuadamente el significado especial que contenían las intenciones humorísticas de su anfitrión.

—Los demás invitados se han retrasado —dijo el señor Shaitana

—. Tal vez tenga yo la culpa, pues creo que los cité para las ocho y cuarto.

En aquel momento se abrió la puerta y el mayordomo anunció:

—El doctor Roberts.

El hombre entró en la habitación con los modales rápidos que los médicos utilizan cuando visitan a sus enfermos. Era un individuo jovial, de rostro encarnado y edad mediana. Tenía ojos pequeños y brillantes, ciertos indicios de calvicie, tendencia al *embonpoint* y un aspecto general de médico bien lavado y desinfectado. Sus maneras eran alegres y resueltas. Daba la sensación de que los diagnósticos que formulara tenían que ser necesariamente correctos; sus tratamientos agradables y prácticos… «quizás un poco de champaña durante la convalecencia». Un hombre de mundo, en todos los aspectos.

—Espero que no habré llegado tarde —dijo el doctor Roberts cordialmente.

Estrechó la mano del anfitrión y fue presentado a los demás invitados. Pareció particularmente satisfecho de conocer a Battle.

—¡Caramba! —exclamó—. Usted es uno de los peces gordos de Scotland Yard, ¿verdad? ¡Muy interesante! Ya sé que es mala cosa hacerle hablar de su profesión ahora, pero le advierto que trataré de que lo haga. Posiblemente no sea muy conveniente para un médico, pero siempre me ha interesado el crimen. No debo confesarlo a mis pacientes nerviosos… ¡Ja, ja!

La puerta volvió a abrirse.

—La señora Lorrimer.

Era una mujer elegantemente vestida, de unos sesenta años. Sus facciones estaban firmemente diseñadas; llevaba arreglado con mucho gusto el cabello gris y tenía una voz clara e incisiva.

—Supongo que no me habré retrasado —dijo, avanzando hacia el señor Shaitana.

Luego saludó al doctor Roberts, a quien ya conocía.

El mayordomo anunció:

—El mayor Despard.

El recién llegado era un joven alto, delgado y distinguido. Una cicatriz en la sien le desfiguraba algo la cara. Después que fue presentado gravitó naturalmente hacia donde estaba el coronel Race y pronto estuvieron los dos hablando de deportes y comparando sus

experiencias en el *safari*.

Por última vez se abrió la puerta y el mayordomo anunció:

—La señorita Meredith.

Era una muchacha de poco más de veinte años. De mediana estatura y aspecto gallardo, unos rizos castaños le caían sobre el cuello y sus ojos eran grandes, aunque un tanto separados. Llevaba la cara empolvada, sin rastro de maquillaje. Hablaba con lentitud y un poco tímidamente.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Soy la última?

El señor Shaitana se apresuró a recibirla con un vaso de jerez y una respuesta adornada y galante. Hizo las presentaciones con mucha formalidad y ceremonia.

La señorita Meredith quedó por fin al lado de Poirot, bebiendo su vaso de jerez.

—Nuestro amigo es muy puntilloso —observó el detective sonriendo.

La muchacha asintió.

—Desde luego. La gente no se preocupa actualmente de las presentaciones. Se limitan a decir «Espero que ya conocerá a todos», y te dejan en mitad de la reunión, sin más aclaraciones.

—Tanto si conoces a los demás como si no, ¿verdad?

—Eso es. Algunas veces se siente una confusa… pero creo que el sistema del señor Shaitana infunde mucho más temor.

Titubeó un momento y luego preguntó:

—¿Aquélla es la señora Oliver, la novelista?

En aquel momento se oyó sobre los demás la voz grave de la aludida, que hablaba con el doctor Roberts.

—No puede usted ignorar el instinto de una mujer, doctor. Las mujeres conocen esas cosas.

Olvidándose de que no iba peinada con el pelo sobre la nuca, trató de alisarlo hacia atrás, pero se lo impidió el flequillo.

—Sí; ésta es la señora Oliver —dijo Poirot.

—¿La que escribió *¿Un cadáver en la biblioteca?*

—La misma.

La señorita Meredith frunció el entrecejo.

—Y ese hombre de cara de palo… ¿dijo el señor Shaitana que es un superintendente?

—Sí; de Scotland Yard.

—¿Y usted?

—¿Y yo?

—Le conozco muy bien, *monsieur* Poirot. Fue usted quien en realidad descubrió el misterio de la Guía de ferrocarriles.

—Me llena usted de confusión, *mademoiselle*.

La señorita Meredith volvió a juntar las cejas.

—El señor Shaitana… —empezó a decir, pero calló—. El señor Shaitana…

Poirot comentó sosegadamente:

—Pudiera decirse que está obsesionado por el crimen. Al menos, lo parece. No hay duda de que desea oír cómo disputamos entre nosotros. Ya está incitando a la señora Oliver contra el doctor Roberts. Ahora discuten sobre los venenos que no dejan rastro.

La joven tembló un poco al decir:

—¡Qué hombre tan extravagante!

—¿El doctor Roberts?

—No; el señor Shaitana.

Volvió a estremecerse.

—Hay algo en él que asusta —dijo—. Nunca se sabe qué cosas considera como divertidas. Pudiera ser… pudiera ser que le gustara la crueldad.

—¿Como las cacerías de zorras?

La señorita Meredith le dirigió una mirada de reproche.

—Quería decir… ¡Oh! Me refería a la refinada crueldad oriental.

—Tal vez tenga una mente tortuosa —admitió Hércules Poirot.

—¿De atormentador?[2].

—No, no. Dije tortuosa.

—De todas formas, creo que no me gusta en absoluto —confesó la muchacha bajando la voz.

—No obstante, le gustará la comida —aseguró Poirot—. Tiene un cocinero maravilloso.

Ella lo miró con recelo y luego rió.

—¡Vaya! Ya veo que también es usted humano.

—¡Claro que lo soy!

—Compréndame —dijo la señorita Meredith—. Es que todas estas celebridades intimidan un poco.

—*Mademoiselle*, no debe usted intimidarse… En todo caso, debiera estar fuertemente emocionada. Debía tener listo su libro de

autógrafos y la estilográfica.

—Pero a mí no me interesan los asuntos relacionados con el crimen, ni creo que le interesan a ninguna mujer. Los hombres son los únicos que leen novelas policíacas.

Hércules Poirot suspiró con afectación.

—¡Ay! —murmuró—. ¡Qué no daría yo ahora por ser un astro cinematográfico, aunque fuera de poca magnitud!

El mayordomo abrió la puerta de par en par.

—La comida está servida —anunció.

El pronóstico de Poirot se cumplió ampliamente. La comida fue exquisita y perfecta en sus detalles. Luz suave, maderas pulidas y el centelleo azul del cristal irlandés. En la penumbra, sentado en la cabecera de la mesa, el señor Shaitana tenía un aspecto más diabólico que nunca.

Pidió disculpas con elegancia, sobre el número desigual de señoras y caballeros.

La señora Lorrimer tomó asiento a su derecha y la señora Oliver a la izquierda. La señorita Meredith se sentó entre el superintendente Battle y el mayor Despard, y Poirot entre la señora Lorrimer y el doctor Roberts.

—No vamos a permitir que acapare durante toda la noche a la única chica bonita que tenemos. Ustedes los franceses no pierden el tiempo, ¿verdad?

—No lo sé. Soy belga —contestó Poirot.

—Tanto da por lo que se refiere a las mujeres —comentó el médico alegremente.

Después, bajando el tono jocoso y adoptando el profesional, empezó a hablar con el coronel Race acerca de los últimos descubrimientos en el tratamiento de la enfermedad del sueño.

La señora Lorrimer se volvió hacia Poirot e inició la conversación hablando sobre las últimas obras teatrales estrenadas. Sus juicios eran sensatos, así como las críticas que formuló. Derivaron luego al tema de los libros y por fin al de la política mundial. Poirot apreció en ella una mujer instruida y muy inteligente.

En el lado opuesto de la mesa, la señora Oliver estaba preguntando al mayor Despard si conocía algunos venenos exóticos o poco comunes.

—Pues… el curare —dijo él.

—¡Eso es *vieux jeu*, querido amigo! Ha sido empleado centenares de veces. ¡Me refiero a algo completamente nuevo!

El mayor contestó con sequedad:

—Las tribus primitivas están algo chapadas a la antigua. Prefieren utilizar los materiales que sus abuelos y bisabuelos emplearon antes que ellos.

—¡Qué aburridos son! —dijo la señora Oliver—. Yo creía que estaban constantemente haciendo experimentos con hierbajos y cosas parecidas. ¡Qué oportunidad para los exploradores! Cuando volvieran a casa podrían matar a todos los tíos ricos, con alguna nueva droga de la que nadie oyó hablar.

—Eso debe usted buscarlo en los medios civilizados y no en las selvas —comentó Despard—. En un laboratorio moderno, por ejemplo. Cultivos de gérmenes, en apariencia inofensivos, que pueden producir enfermedades artificiales tan mortales como las genuinas.

—Eso no interesa a mis lectores. Además, los nombres de esos bichos se prestan a confusión…, estafilococos, estreptococos… Muy complicados para que los escriba correctamente mi secretaria y, de todos modos, resultan algo aburridos, ¿no cree? ¿Qué opina usted, superintendente Battle?

—En la vida real la gente no se busca tantas complicaciones —dijo el interpelado—. Generalmente utilizan el arsénico porque es más eficiente y no resulta difícil de conseguir.

—Tonterías —replicó la señora Oliver—. Eso lo dice simplemente porque hay una infinidad de crímenes que ustedes, los de Scotland Yard, nunca podrán descubrir. Pero si tuvieran allí una mujer…

—Puede decirse que tenemos…

—Sí; esas horribles mujeres policía que llevan un gorro ridículo y molestan a la gente en los parques. Yo me refiero a una mujer que ocupara un alto cargo. Las mujeres saben mucho acerca del crimen.

—Por regla general, son criminales con mucha suerte —dijo el superintendente—. No pierden la cabeza y es divertido verlos cómo mantienen con toda desfachatez sus mentiras.

El señor Shaitana rió suavemente.

—El veneno es un arma femenina —observó—. Deben de existir

muchas envenenadoras que nunca fueron descubiertas.

—Claro que las hay —contestó la señora Oliver, sirviéndose un generoso *mousse de foie gras*.

—Un médico también tiene oportunidad de ello —prosiguió el señor Shaitana con aspecto pensativo.

—Protesto —dijo el doctor Roberts—. Cuando envenenamos a nuestros pacientes es por puro accidente —rió de buena gana.

—Pues si yo estuviera decidido a cometer un crimen… —El señor Shaitana se detuvo y hubo algo en su pausa que llamó la atención de los demás.

Todas las caras se volvieron hacia él.

—Creo que lo llevaría a cabo con la mayor sencillez posible —siguió—. Siempre existe la posibilidad de que ocurre un accidente… que se dispare un arma sin querer, por ejemplo… o algún accidente de tipo doméstico.

Se encogió de hombros y cogió su copa de vino.

—¿Pero quién soy yo para decir estas cosas… con tantos expertos como hay aquí…?

Levantó la copa y al beber, la luz del candelabro reflejó una mancha roja sobre su cara, el bigote engomado, la perilla y las fantásticas cejas…

Hubo un momento de silencio y la señora Oliver dijo:

—¿Qué hora marca el reloj? Está pasando un espíritu… No tengo los pies cruzados… ¡debe ser un espíritu malo!

Capítulo III

UNA PARTIDA DE *BRIDGE*

Cuando los invitados volvieron al salón, encontraron preparada una mesa de *bridge*. Se sirvió el café y el señor Shaitana preguntó:

—¿Quién juega al *bridge*? Que yo sepa, la señora Lorrimer y el doctor Roberts. ¿Juega usted, señorita Meredith?

—Sí, aunque no muy bien.

—Excelente. ¿Y el mayor Despard? Bien. ¿Qué les parece si ustedes cuatro jugaran aquí?

—Menos mal que habrá partida —dijo la señora Lorrimer en un aparte a Poirot—. Soy una de las más fervientes partidarias del *bridge* que existen. Es innato en mí. No acepto ninguna invitación si sé que no vamos a jugar después de la comida, pues me duermo irremediablemente. Estoy avergonzada de eso; pero es así.

Eligieron las parejas. La señora Lorrimer la formó con Anne Meredith y el mayor Despard con el doctor Roberts.

—Mujeres contra hombres —dijo la primera cuando tomó asiento y empezó a barajar las cartas con manos expertas—. Las cartas azules, ¿no le parece, compañera? Soy algo caprichosa.

—Procuren ganar —dijo la señora Oliver poniendo de manifiesto sus tendencias feministas—. Demuestren a los hombres que no siempre pueden hacer lo que les dé la gana.

—Las pobrecitas no tienen la menor posibilidad de ello —observó el doctor Roberts mientras barajaba el otro paquete de cartas—. Creo que le toca dar a usted, señora Lorrimer.

El mayor Despard se sentó lentamente. Miraba a la señorita Meredith como si acabara de descubrir que era verdaderamente bonita.

—Corte, por favor —dijo la señora Lorrimer con impaciencia.

Y el mayor, con un sobresaltado gesto de excusa, cortó la baraja que le ofrecían.

La señora Lorrimer empezó a repartir las cartas con gesto práctico.

—Tenemos preparada otra mesa en la habitación contigua —dijo el señor Shaitana.

Abrió una puerta y los cuatro invitados restantes le siguieron hasta un saloncito confortablemente amueblado en el que había dispuesta otra mesa de *bridge*.

—Tendremos que sortearnos —dijo el coronel Race.

—Yo no juego —anunció el dueño de la casa moviendo negativamente la cabeza—. El *bridge no me divierte*.

Los otros protestaron, manifestando que siendo así, preferían no jugar, pero Shaitana sostuvo con firmeza sus propósitos y, por fin, tomaron asiento. Poirot y la señora Oliver contra Battle y Race.

El anfitrión los estuvo observando durante un rato. Sonrió mefistofélicamente cuando vio con qué cartas declaraba la señora Oliver un «dos sin triunfo» y luego pasó silenciosamente a la otra habitación.

Encontró a los demás jugadores con las caras serias, embebidos en los lances del juego. La subasta se hacía con gran rapidez: «Un corazón». «Paso». «Tres tréboles». «Tres picas». «Cuatro diamantes». «Doblo». «Cuatro corazones».

El señor Shaitana observó el juego durante un momento, con la cara sonriente.

Luego cruzó la habitación y se sentó en un gran sillón, al lado de la chimenea. En una mesilla contigua tenía una bandeja con botellas. El resplandor del fuego se reflejaba en los protectores de cristal colocados ante el hogar.

Como siempre fue un perito en el arte de la iluminación, el señor Shaitana la había dispuesto de tal forma en aquella estancia, que parecía alumbrada solamente por las llamas del fuego. Una lamparita con pantalla, colocada al lado de su sillón, le permitía leer si lo deseaba. Discretas luces indirectas daban al salón una luz más viva sobre la mesa de juego, en torno a la cual seguían oyéndose las mismas exclamaciones monótonas.

«Una sin triunfo». Claro y decisivo… La señora Lorrimer.

«Tres corazones.» Una nota agresiva en la voz… el doctor Roberts.

«Paso.» Una voz tranquila… Anne Meredith.

Siempre se producía una pausa antes de que hablara Despard. No era la vacilación del hombre que piensa con lentitud, sino la del que quiere estar seguro antes de hablar.

«Cuatro corazones.»

«Doblo.»

Con la cara coloreada por las llamas vacilantes, el señor Shaitana sonrió.

Y siguió sonriendo, mientras los párpados le temblaban un poco…

Aquella fiesta le estaba resultando muy agradable.

* * *

—Cinco diamantes. *Game y Rubber* —dijo el coronel Race—. Ha jugado muy bien, compañero —se dirigió a Poirot—. No creí que pudiera hacerlo. Hemos tenido suerte al no dejarles jugar su pica.

—No me parece que hubieran variado mucho las cosas —replicó el superintendente Battle, pues era un hombre de benévola magnanimidad.

Había cantado picas. Su compañera, la señora Oliver, tenía ayuda a este palo, pero «algo la había movido a salir con un trébol»… y los resultados fueron desastrosos.

El coronel Race miró su reloj.

—Las doce y diez. ¿Jugamos otra?

—Tendrán que perdonarme —dijo el superintendente—. Estoy adquiriendo la costumbre de irme temprano a la cama.

—Yo también —convino Poirot.

El resultado de los cinco *rubber* jugados durante la velada fue una aplastante victoria para el sexo fuerte. La señora Oliver perdió tres libras y siete chelines. Quien más ganó fue el coronel Race.

Aunque jugaba muy mal al *bridge*, la novelista sabía perder deportivamente. Pagó sin que le faltara el buen humor.

—Esta noche me salió todo al revés —dijo—. Suele ocurrir algunas veces. Ayer, por ejemplo, tuve unas cartas estupendas. Ciento cincuenta honores, tres veces consecutivas.

Se levantó y recogió su bolso, conteniendo a tiempo el movimiento instintivo de alisarse el pelo hacia la nuca.

—Supongo que el señor Shaitana estará en la otra habitación —observó.

Y seguida por los otros tres, entró en el salón.

El dueño de la casa seguía sentado al lado del fuego y los jugadores estaban absortos en el curso de la partida.

—Doblo los cinco tréboles —decía en aquel momento la señora Lorrimer con su voz fresca e incisiva.

—Cinco sin triunfo.

—Doblo.

La señora Oliver se dirigió hacia la mesa. Por lo visto, aquella mano prometía ser interesante.

El superintendente Battle la acompañó.

Race fue hacia donde estaba Shaitana y Poirot lo siguió.

—Nos vamos, Shaitana —dijo el coronel.

El interpelado no contestó. Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho y parecía haberse dormido. Race dirigió una mirada de extrañeza a Poirot y se acercó un poco más. De pronto, lanzó una exclamación ahogada y se inclinó hacia delante. Poirot se colocó inmediatamente a su lado y miró lo que señalaba el coronel… algo que podía ser un botón de camisa… pero que no lo era…

El detective se inclinó a su vez, tomó una de las manos del señor Shaitana y la dejó caer. Hizo un signo afirmativo al ver la mirada interrogante de Race y éste levantó la voz y llamó:

—Superintendente Battle; un momento, acérquese, por favor.

El superintendente se acercó a ellos, mientras la señora Oliver quedaba viendo cómo se jugaban los cinco triunfos, doblados.

No obstante su aspecto estólido, Battle era un hombre ágil. Levantó las cejas y preguntó en voz baja, cuando llegó junto a los otros:

—¿Ocurre algo?

Con un ademán de cabeza el coronel Race señaló la silenciosa figura del sillón.

En tanto que Battle se inclinaba, Poirot contempló pensativamente la cara del señor Shaitana. Ahora parecía una cara inocente, con la barbilla caída… sin la expresión diabólica de antes…

Hércules Poirot sacudió la cabeza.

El superintendente se incorporó. Había examinado, sin tocarle el objeto que parecía un botón de la camisa del señor Shaitana… pero que no lo era. Battle levantó también la fláccida mano y la dejó caer.

Luego quedó rígido, insensible, capaz, marcial… dispuesto a hacerse cargo eficientemente de la situación.

—Un momento, por favor —dijo.

Su voz tenía un tono oficial, tan diferente al que había empleado durante la noche, que se volvieron hacia él todos los que estaban jugando. La mano de Anne Meredith quedó sobre el as de picas que iba a recoger del juego del «muerto».

—Siento comunicarles —dijo Battle— que nuestro anfitrión, el señor Shaitana, ha fallecido.

La señora Lorrimer y el doctor Roberts se levantaron. Despard frunció el entrecejo y la señorita Meredith dio un ligero respingo.

—¿Está usted seguro?

El doctor Roberts, dominado por su instinto profesional, cruzó el salón con paso rápido.

El superintendente Battle impidió que siguiera avanzando.

—Un momento, doctor Roberts. ¿Puede decirme, primero, quién entró y salió de la habitación desde que comenzó la velada?

Roberts lo miró fijamente.

—¿Entró y salió? No le entiendo. Nadie.

Battle dirigió la vista hacia el otro lado.

—¿Es cierto, señora Lorrimer?

—Desde luego.

—¿Ni el mayordomo ni alguno de los criados?

—No. El mayordomo trajo esa bandeja cuando nos sentamos a jugar y no ha vuelto desde entonces.

El superintendente miró a Despard y éste asintió sin proferir palabra.

Anne Meredith, casi sin aliento, aseguró:

—Sí…, sí, eso es.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Roberts con impaciencia—. Deje que le reconozca. Puede haber sido sencillamente un mareo.

—No ha sido ningún mareo y siento decirles… que nadie deberá tocarlo hasta que venga el médico forense. El señor Shaitana ha sido

asesinado.

—¿Asesinado? —un suspiro horrorizado e incrédulo lanzado por Anne.

Una mirada fija, desconcertada, de Despard.

Un agudo «¿Asesinado?» de la señora Lorrimer.

Un «¡Dios mío!» del doctor Roberts.

Battle hizo un lento signo afirmativo. Tenía en aquel momento el aspecto de un mandarín de porcelana china. Su expresión era desconcertante.

—Apuñalado —dijo—. Así ha ocurrido. Le han apuñalado.

Luego formuló una pregunta general.

—¿Alguno de ustedes se ha levantado de la mesa esta noche?

Vio cuatro expresiones vacilantes… confundidas. Miedo… indignación… congoja… horror; pero nada que le pudiera ayudar.

—¿Y bien? —dijo.

Siguió un momento de silencio, y luego el mayor Despard, que se había levantado y quedó firme como un soldado, con su cara de aspecto sensato vuelta hacia Battle, dijo tranquilamente:

—Creo que cada uno de nosotros abandonó la mesa en varias ocasiones durante la velada; bien para preparar unas copas o para añadir leña al fuego. Yo hice las dos cosas. Cuando me acerqué a la chimenea, Shaitana estaba durmiendo en el sillón.

—¿Durmiendo?

—Eso creí… sí.

—Pudo estarlo —dijo Battle—. O pudo estar ya muerto. Lo averiguaremos dentro de poco. Les ruego que pasen a la habitación contigua —se dirigió a la inmóvil figura que seguía a su lado—. ¿Tal vez querrá usted acompañarlos, coronel Race?

El coronel hizo seguidamente un rápido gesto de comprensión.

—De acuerdo, superintendente.

Los cuatro jugadores de *bridge* salieron lentamente por la puerta.

La señora Oliver se sentó en una silla al otro lado de la habitación y empezó a sollozar calladamente.

Battle descolgó el receptor del teléfono y habló durante unos minutos. Luego se dirigió a los demás:

—La policía vendrá en seguida. La Jefatura ordena que me haga cargo del asunto. El forense llegará dentro de un momento. ¿Qué tiempo diría usted que ha transcurrido desde que lo mataron,

monsieur Poirot? Yo opino que más de una hora.

—Eso me parece. Es una lástima que no puedo ser uno más exacto… que pudiera decir: «Este hombre murió hace una hora, veinticinco minutos y cuarenta segundos.»

Battle asintió con aspecto abstraído.

—Estaba sentado justamente frente al fuego. Eso influye un poco. Sobre una hora… no más de dos y media; es lo que dirá el forense, estoy seguro. Y nadie vio ni oyó nada. ¡Es asombroso! ¡Qué albur tan arriesgado ha corrido el asesino! La víctima pudo gritar.

—Pero no lo hizo. Al criminal no le falló la suerte. Como ha dicho usted, *mon ami*, fue un asunto muy arriesgado.

—¿Tiene usted alguna idea, *monsieur* Poirot, de cuál fue el motivo? ¿Alguna sospecha sobre ello?

Poirot contestó con lentitud:

—Sí; tengo algo que decir al respecto. ¿No le insinuó el señor Shaitana la índole de reunión a que íbamos a asistir esta noche?

El superintendente Battle lo miró con acentuada curiosidad.

—No, *monsieur* Poirot. No me insinuó nada. ¿Por qué lo dice?

Un timbre sonó distante y se oyó el aldabón de la puerta.

—Ahí están los nuestros —dijo Battle—. Iré a abrirles. Ya me contará eso más tarde. Empecemos ahora por el trabajo rutinario.

Poirot asintió.

El superintendente salió de la habitación.

La señora Oliver continuaba sollozando.

Poirot se acercó a la mesa de juego y, sin tocar nada, dio una ojeada a los carnets en que los jugadores anotaron los tantos. Sacudió la cabeza varias veces.

—¡Estúpido! —murmuró—. ¡Estúpido hombrecillo…! Disfrazarse de diablo y tratando de asustar a la gente… *Quel enfantillage!*

Se abrió la puerta y entró el forense llevando un maletín en la mano. Le seguía el inspector de la división, que venía hablando con Battle, y después entró el fotógrafo. En el vestíbulo montaba guardia un agente.

Había empezado la rutina para el esclarecimiento del crimen.

Capítulo IV

¿EL PRIMER ASESINO?

Hércules Poirot, la señora Oliver, el coronel Race y el superintendente Battle, estaban sentados alrededor de la mesa del comedor.

Había pasado una hora. Se habían llevado el cadáver, después de haber sido examinado y fotografiado. También llegó y se fue un perito en huellas digitales.

El superintendente miró a Poirot.

—Antes de que hagamos pasar a los cuatro sospechosos, necesito oír todo lo que me iba a decir antes. ¿Cree usted que la reunión de esta noche tenía un doble significado?

Con mucho cuidado y lujo de detalles, Poirot relató la conversación que sostuvo con Shaitana en la Wessex House.

Battle frunció los labios y casi lanzó un silbido.

—De modo que ejemplares de museo, ¿eh? ¡Asesinos vivos! ¿Cree usted que se lo dijo en serio? ¿No le estaría tomando el pelo?

Poirot sacudió la cabeza.

—No. Lo dijo en serio. Shaitana era un hombre que se preciaba de su actitud mefistofélica ante la vida Tenía una gran cantidad de vanidad. Era, además, un mentecato… por eso ha muerto.

—Ya lo entiendo —dijo el superintendente como si expusiera los pensamientos a medida que se le ocurrían—. Una reunión de ocho personas y él mismo. Cuatro «sabuesos», por decirlo así… ¡y cuatro asesinos!

—¡Es imposible! —exclamó la señora Oliver— Absolutamente imposible. Ninguno de los cuatro puede ser un criminal.

Battle hizo lentamente un gesto negativo.

—No estoy tan seguro de ello, señora Oliver. Los asesinos se parecen en conducta y aspecto a la mayoría de la gente. Amables, modestos y de conducta intachable muy a menudo.

—En ese caso, es el doctor Roberts —aseguró la novelista con firmeza—. Tan pronto como le vi presentí instintivamente que en él había algo malo. Mis instintos nunca me engañan.

Battle se dirigió al coronel Race.

—¿Qué opina usted, señor?

El coronel se encogió de hombros. Consideró la pregunta como referente a la declaración de Poirot y no a las sospechas de la señora Oliver.

—Puede ser —dijo—. Puede ser. Ello demuestra que Shaitana tenía razón, al menos por lo que se refiere a uno de ellos. Al fin y al cabo, pudo sospechar solamente que los cuatro eran asesinos, sin estar seguro de ello por completo. Tal vez acertó respecto a los cuatro casos, o a uno solo… En uno de ellos no se equivocó, y su muerte lo prueba.

—Uno de los cuatro perdió el dominio de sus nervios. ¿No cree usted, *monsieur* Poirot?

El detective asintió.

—El difunto señor Shaitana tenía cierta fama —comentó—. Poseía un peligroso sentido del humor y reputación de ser despiadado. La víctima creyó que Shaitana se estaba divirtiendo esta noche, en espera de que llegara el momento en que lo entregara a la policía… ¡a usted! Él, o ella, debió pensar que Shaitana tenía pruebas fehacientes.

—¿Y las tenía?

Poirot se encogió de hombros.

—Nunca lo sabremos.

—¡El doctor Roberts! —repitió la señora Oliver tenazmente—. Un hombre muy cordial. Los asesinos lo son a menudo… ¡para disfrazar su verdadera condición! Si estuviera en su lugar, superintendente, lo arrestaría en seguida.

—Es posible que lo hiciera, si una mujer estuviera al frente de Scotland Yard —dijo Battle, mientras un destello brillaba en sus ojos impasibles—. Pero ya comprenderá que, siendo hombres los que se ocupan de ello, debemos tener mucho cuidado. Deberemos ir despacio, sin precipitaciones.

—Hombres… hombres —suspiró la novelista, mientras en su pensamiento componía varios artículos periodísticos sobre el particular.

—Será mejor que los hagamos pasar ahora —dijo el superintendente—. No quiero tenerlos esperando demasiado tiempo.

El coronel Race hizo un movimiento como si fuera a incorporarse.

—Si quiere usted que salgamos…

Battle dudó un instante al ver la elocuente mirada que le dirigió la señora Oliver. Estaba perfectamente enterado de la posición oficial que ocupaba el coronel Race, y en cuanto a Poirot, había trabajado con la policía en diversas ocasiones. El único tanto dudoso era decidir si la novelista podía quedarse. Pero el superintendente era un hombre comprensivo. Recordó que la señora Oliver había perdido tres libras y siete chelines y que había soportado la pérdida sin enfadarse.

—Por mí, pueden quedarse todos —dijo—. Pero no quiero que me interrumpan —miró a la señora Oliver—. Y no quiero que se haga ninguna referencia a lo que *monsieur* Poirot nos acaba de contar. Era el secreto de Shaitana y, a todos los efectos, ha muerto con él. ¿Entendido?

—Perfectamente —dijo la señora Oliver.

Battle se dirigió hacia la puerta y llamó al agente que montaba la guardia en el vestíbulo.

—Vaya al saloncito. Encontrará a Anderson y a los cuatro invitados. Dígale al doctor Roberts que haga el favor de venir.

—Yo lo hubiera guardado para el final —dijo la señora Oliver—. Si hubiera sido en una novela, quiero decir —añadió como excusándose.

—La vida real es un poco diferente —comentó Battle.

—Ya lo sé —replicó la novelista—. En ella todo está muy mal dispuesto.

El doctor Roberts entró, amortiguando un tanto la viveza de sus movimientos.

—Oiga, Battle —dijo—. ¡Esto es un asunto endiablado! Perdone, señora Oliver, pero es así. Hablando profesionalmente, casi no lo puedo creer. Apuñalar a un hombre a pocos pasos de otras tres

personas… —sacudió la cabeza—. ¡Cáspita! ¡No me hubiera gustado hacerlo! —Una ligera sonrisa levantó las comisuras de sus labios—. ¿Qué es lo que debo hacer o decir para convencerle de que yo no fui?

—Bueno… podemos considerar el motivo, doctor Roberts.

El médico asintió enfáticamente.

—Esto está claro. No tenía ni el más ligero motivo para desembarazarme del pobre Shaitana. Lo que es más, no le conocía a fondo. Me divertía, era un tipo muy fantástico. Tenía cierto aire oriental. Como es lógico, investigarán detenidamente mis relaciones con él al menos, así lo espero. No soy tonto. Pero no encontrarán nada. No tenía ninguna razón para matar a Shaitana y no lo maté.

Battle asintió gravemente.

—Eso está muy bien, doctor Roberts. Investigaré ese aspecto, como supone. Usted es un hombre razonable. Y ahora, ¿qué puede decirme acerca de sus otros tres compañeros de juego?

—Temo que no sé muchas cosas de ellos. A Despard y a la señorita Meredith los he conocido esta noche por vez primera. Tenía referencias de Despard… leí su libro de viajes, que por cierto me pareció un bonito cuento chino.

—¿Sabía usted que él y Shaitana se conocían?

—No. Shaitana nunca me habló de él. Como le he dicho, había oído hablar de Despard, pero no le conocía personalmente. A la señorita Meredith no la había visto nunca. Sin embargo, conozco a la señora Lorrimer.

—¿Qué sabe de ella?

Roberts se encogió de hombros.

—Es viuda. De posición económica bastante desahogada. Una mujer inteligente y bien educada… una jugadora muy buena de *bridge*. Puede decirse que la conocí así… jugando al *bridge*.

—¿Y el señor Shaitana tampoco le habló de ella en ninguna ocasión?

—No.

—Hum… no parece que eso nos ayude mucho. Vamos a ver, doctor Roberts: tal vez tendrá usted la amabilidad de repasar cuidadosamente su memoria y decirme cuántas veces se levantó de la mesa y contarme, de paso, todo lo que pueda recordar acerca de lo que hicieron los demás compañeros de juego.

El doctor Roberts tardó unos instantes en contestar.

—Es difícil —dijo al fin con franqueza—. Poco más o menos, puedo recordar lo que yo hice. Me levanté tres veces… es decir, en las tres ocasiones en que hice de «muerto», dejé mi asiento y procuré ser útil. Una de las veces añadí leña al fuego. En otra, lleve bebidas a las dos damas. Y en la otra, me serví un whisky con soda.

—¿Puede usted acordarse de la hora exacta en que hizo eso?

—De una manera muy vaga. Creo que empezamos a jugar hacia las nueve y media. Yo diría que una hora después arreglé el fuego. Al cabo de un rato llevé las bebidas para las señoras; creo que fue al cabo de las dos manos siguientes. Y serían, quizá, las once y media cuando me serví el whisky… pero todo ello es aproximado. No lo puedo asegurar.

—La mesita en que estaban las bebidas se hallaba colocada al otro lado del sillón que ocupaba el señor Shaitana, ¿verdad?

—Sí. Ello quiere decir que pasé tres veces muy cerca de él.

—Y en esas tres ocasiones, ¿cree usted que estaba dormido?

—Eso creí la primera vez. La segunda no lo miré siquiera. Y en la tercera pensé: «¡Cómo duerme el muy bribón!» Pero no le miré detenidamente.

—Muy bien. Y ahora, dígame, ¿cuándo se levantaron de la mesa los demás jugadores?

El doctor Roberts frunció el ceño.

—Eso es muy difícil de asegurar… muy difícil. Despard se levantó, según creo, para traer un cenicero. Y luego trajo un vaso de whisky. Eso fue antes de que yo lo hiciera, porque recuerdo que me preguntó si había bebido y le dije que todavía no había tenido ocasión de ello.

—¿Y las señoras?

—La señora Lorrimer se acercó una vez al fuego para atizarlo. Creo que habló con Shaitana, pero no estoy seguro de ello. Me hallaba yo entonces muy entretenido jugando un «triunfo» verdaderamente arriesgado.

—¿Y la señorita Meredith?

—Se levantó una sola vez. Se puso a mi espalda y dio una ojeada a mis cartas… éramos compañeros en aquel *rubber*. Luego estuvo mirando las cartas de los demás y dando una vuelta por la habitación. No sé qué es lo que hizo exactamente, pues no presté

atención a ella.

—Tal como estaban ustedes sentados, ¿no había ninguna silla encarada directamente a la chimenea? —preguntó el superintendente.

—No. La mesa estaba colocada en posición oblicua respecto a ella y, además, entre nosotros y la chimenea había una vitrina china bastante grande… muy bonita. Desde luego, me doy perfecta cuenta de que pudo ser posible apuñalar a nuestro viejo amigo. Pero, al fin y al cabo, cuando uno está jugando al *bridge* no piensa en otra cosa. No mira a su alrededor ni se da cuenta de lo que pasa. La persona que lo hizo tuvo la posibilidad de actuar en una de las ocasiones en que no le correspondía jugar. Y entonces, en ese caso…

—En ese caso, sin lugar a dudas, el asesino no jugaba cuando cometió el crimen —dijo Battle.

—De todas formas —comentó el doctor Roberts—, se necesita tener sangre fría para ello. ¿Quién asegura que no mirara nadie precisamente en el momento crítico?

—Sí —convino el superintendente—. Corrió un gran riesgo. El motivo debió ser muy fuerte. Me gustaría saber cuál fue —añadió, mintiendo descaradamente.

—Supongo que ya lo averiguarán —aseguró Roberts—. Revisarán sus papeles y demás efectos. Seguramente entre ellos encontrarán una pista.

—Así lo esperamos —dijo Battle hoscamente.

Dirigió una aguda mirada a su interlocutor.

—Le quedaría muy reconocido, doctor Roberts, si me diera usted su opinión personal… de hombre a hombre.

—Claro que sí.

—¿Cuál de los tres cree usted que fue?

El médico se encogió de hombros.

—Eso es fácil. Así, de pronto, yo diría que Despard. Es un hombre de nervios bien templados y está acostumbrado a una vida llena de peligros en la que hay que estar dispuesto a obrar con presteza. No hubiera dudado en correr un riesgo. Estimo que las mujeres no tienen nada que ver con este asunto, pues, según creo, se necesita cierto vigor físico para ello.

—No tanto como se imagina. Dé un vistazo a esto.

Obrando con la ligereza de un prestidigitador, Battle sacó de

pronto un instrumento de metal reluciente, largo y afilado, de cabeza redonda cubierta de piedras preciosas.

El doctor Roberts se inclinó, cogió aquel objeto y lo examinó con el detenimiento de un profesional. Tocó la punta y silbó.

—¡Vaya herramienta!… ¡Vaya herramienta! Un juguete hecho ex profeso para matar. Puede penetrar en cualquier cuerpo con la misma facilidad con que atravesaría un trozo de mantequilla. Supongo que lo llevaría consigo el asesino.

Battle sacudió la cabeza.

—No —dijo—. Era propiedad del señor Shaitana. Estaba encima de la mesa situada cerca de la puerta, entre gran cantidad de cachivaches.

—Entonces, el criminal se aprovechó de las circunstancias. Tuvo suerte de encontrar por casualidad un utensilio como éste.

—Bueno… es una forma de considerar el asunto —comentó Battle con lentitud.

—Desde luego; no fue tanta suerte para el pobre Shaitana.

—No me refería a esto, doctor Roberts. Quería decir que existe otro punto de vista respecto a la cuestión. Me figuro que la vista de este puñal despertó la idea del asesinato en la mente del criminal.

—¿Opina usted que fue una inspiración momentánea… que el asesinato no fue premeditado? ¿Que concibió la idea una vez estuvo en la casa? Ejem… ¿hay algo que le sugiera esa suposición?

Miró a Battle escrutadoramente.

—Es solamente una idea —dijo el superintendente con aire impasible.

—Bien; pudo ser así, desde luego —asintió Roberts lentamente.

Battle tosió para aclararse la garganta.

—No quiero entretenerle más, doctor. Muchas gracias por su colaboración. ¿Hará el favor de facilitarme su dirección?

—Naturalmente. 200 Gloucester Terrace, W. 2. El número de mi teléfono es, Bayswater 23896.

—Muchas gracias. Seguramente tendré que verle dentro de poco.

—Me encantará hablar con usted cuando guste. Espero que la Prensa no dará mucha publicidad al asunto. No quiero que se preocupen mis enfermos nerviosos.

El superintendente se volvió hacia Poirot y dijo:

—Perdone, *monsieur* Poirot. Si desea hacer usted alguna

pregunta, estoy seguro de que el doctor no tendrá inconveniente en contestar.

—Claro que no. No faltaba más. Soy un gran admirador de usted, *monsieur* Poirot. Las pequeñas células grises… el orden y el método. Estoy enterado de todo ello. Presiento que habrá usted pensado en hacerme una pregunta verdaderamente intrigante:

Hércules Poirot extendió las manos con un ademán de pura raíz latina.

—No. No. Sólo necesito fijar con claridad en mi pensamiento todos los detalles. Por ejemplo, ¿cuántos *rubbers* jugaron?

—Tres —respondió Roberts rápidamente—. Íbamos a terminar el primer *game* del cuarto cuando llegaron ustedes.

—¿Y quién jugó contra quién?

—En el primero, Despard y yo contra las señoras. Nos dieron un buen vapuleo, por cierto. No pudimos hacer nada, pues no cogimos ninguna carta que valiera la pena. En el segundo, la señorita Meredith y yo, contra Despard y la señora Lorrimer —prosiguió—, y en el tercero, la señora Lorrimer y yo, contra la señorita Meredith y Despard. Sorteamos cada vez, pero salió la cosa de forma que en cada *rubber* cambiamos de compañero. En el cuarto volví a jugar con la señorita Meredith.

—¿Quiénes ganaron?

—La señora Lorrimer ganó en todos los *rubbers*. La señorita Meredith ganó en el primero y perdió en los dos siguientes. Yo gané un poco y la muchacha y Despard debieron perder algo.

Poirot dijo sonriendo:

—Nuestro buen amigo el superintendente le ha preguntado acerca de su opinión sobre sus compañeros de juego, como probables asesinos. Ahora le ruego que me diga cuál es la que ha formado de ellos como jugadores de *bridge*.

—La señora Lorrimer es una jugadora de primera categoría —replicó Roberts sin titubear—. Apuesto cualquier cosa a que obtiene unos buenos ingresos anuales jugando al *bridge*. Despard es también un buen jugador… lo que yo llamo un jugador cabal… un individuo que sabe emplear la cabeza. A la señorita Meredith se la puede describir como una jugadora muy segura. No comete equivocaciones, pero sus jugadas no revisten brillantez alguna.

—¿Y qué opina de usted mismo, doctor?

Los ojos de Roberts chispearon.

—Me gusta cargar la mano un poco, según dicen. Pero me he dado cuenta de que siempre da buenos resultados.

Poirot sonrió.

El doctor Roberts se levantó.

—¿Alguna cosa más? —preguntó.

El detective hizo un gesto negativo.

—Bien, entonces, buenas noches. Buenas noches, señora Oliver. Debiera tomar nota de lo que ha ocurrido. Es mucho mejor que esos venenos que no dejan traza, ¿no le parece?

El médico salió de la habitación, caminando otra vez con su habitual vivacidad.

Cuando la puerta se cerró tras él, la señora Oliver comentó con sorpresa:

—¡Tomar nota…! ¡Tomar nota! Hay que ver la poca inteligencia que tiene la gente. Si quiero, puedo inventarme cada día un asesinato mucho mejor que cualquier crimen real. Nunca me han faltado ideas. ¡Y mis lectores prefieren los venenos que no dejan huella!

Capítulo V

¿EL SEGUNDO ASESINO?

La señora Lorrimer entró en el comedor con el aire de una gran dama. Parecía un poco pálida, pero tranquila.

—Siento mucho tener que molestarla —le dijo el superintendente Battle.

—Debe usted cumplir con su deber —respondió ella tranquilamente—. Convengo en que es desagradable encontrarse en una situación como ésta, pero el querer eludirla no conduce a nada. Me doy perfecta cuenta de que uno de los cuatro que estábamos en aquella habitación tiene que ser el culpable. Supongo que no me creerá si le digo que yo no soy esa persona.

Aceptó la silla que le ofrecía el coronel Race y tomó asiento frente al superintendente.

Los inteligentes ojos grises de la mujer se fijaron en los del policía. Esperó atentamente a que él hablara.

—¿Conocía usted a fondo al señor Shaitana? —preguntó Battle.

—No mucho. Me lo presentaron hace algunos años, pero nunca lo traté íntimamente.

—¿Dónde le conoció?

—En un hotel, en Egipto, el Winter Palace, de Luxor, según creo recordar.

—¿Qué opinión tenía de él?

La señora Lorrimer se encogió ligeramente de hombros.

—Lo consideraba, puede decirse así, como una especie de embaucador.

—¿Tenía usted, y perdone la pregunta, algún motivo para desear su muerte?

La mujer pareció divertida.

—En realidad, superintendente Battle, ¿cree usted que lo admitiría si lo hubiera tenido?

—Debería hacerlo. Una persona inteligente debe estar persuadida de que estas cosas se saben tarde o temprano.

La señora Lorrimer inclinó pensativamente la cabeza.

—Así es, desde luego. No, superintendente Battle; no tenía ningún motivo para desear la muerte del señor Shaitana. Con franqueza, me es indiferente el que esté vivo o muerto. Lo consideraba como un *poseur* algo teatral y algunas veces me irritaba. Ésta es… o mejor dicho, fue… mi actitud hacia él.

—Está bien. Y ahora, señora Lorrimer, ¿puede usted decirme algo acerca de sus compañeros de juego?

—Temo que no. Esta noche conocí por primera vez al mayor Despard y a la señorita Meredith. Ambos parecen ser buenas personas. Al doctor Roberts lo conocía superficialmente. Según creo, goza de bastante popularidad.

—¿Le atiende a usted en el aspecto profesional?

—No.

—¿Podría decirme en cuántas ocasiones se levantó usted de la mesa y describir, asimismo, los movimientos de los otros tres?

La señora Lorrimer se detuvo a pensar.

—Supuse que me lo preguntaría y he estado recapacitando sobre ello. Me levanté una sola vez, cuando hacía de «muerto». Me acerqué al fuego. El señor Shaitana estaba vivo todavía y le hice observar unos instantes lo bonito que resultaba ver un buen fuego de leña.

—¿Le contestó?

—Sí. Me dijo que aborrecía los radiadores.

—¿Oyó alguien más su conversación?

—No lo creo. Bajé la voz para no molestar a los que estaban jugando.

Con tono seco añadió:

—Al fin y al cabo, tiene usted mi palabra, tan sólo, de que el señor Shaitana estaba vivo y habló conmigo.

El superintendente no opuso ninguna objeción y prosiguió con sus preguntas metódicas y sosegadas.

—¿A qué hora ocurrió eso?

—Hacía poco más de una hora que habíamos empezado a jugar.

—¿Y qué me dice de los demás?

—El doctor Roberts me trajo una copa. Se sirvió otra para él… pero eso fue más tarde. El mayor Despard también se levantó para beber… alrededor de las once y cuarto, poco más o menos.

—¿Sólo se levantó una vez?

—No… creo que dos. Los caballeros estuvieron yendo y viniendo por la habitación, pero no me di cuenta de lo que hicieron. La señorita Meredith se levantó una sola vez y dio la vuelta a la mesa para ver el juego de su compañero.

—¿Y no se alejó de allí?

—No puedo decírselo. Es posible que lo hiciera.

Battle asintió.

—Todo esto es muy vago —refunfuñó.

—Lo siento.

Una vez más, el superintendente actuó como un prestidigitador y sacó el largo y delgado estilete.

—¿Quiere usted verlo, señora Lorrimer? —preguntó.

La mujer lo tomó sin inmutarse.

—¿Lo había visto alguna vez?

—Nunca.

—Sin embargo, estaba sobre la mesa del salón.

—No me fijé en él.

—Tal vez se dará cuenta de que con una arma como ésta una mujer podría llevar a cabo un asesinato tan fácilmente como un hombre.

—Supongo que sí —dijo ella bajando la voz.

Se inclinó para devolver a Battle el delicado objeto.

—Pero, así y todo —agregó el policía—, esa mujer debía estar en un verdadero callejón sin salida. Era muy peligroso el riesgo que debía correr.

Aguardó un minuto, pero la señora Lorrimer no replicó.

—¿Sabe usted algo acerca de las relaciones entre los otros tres y el señor Shaitana?

Ella sacudió la cabeza.

—Nada absolutamente.

—¿Tendría inconveniente en darme su opinión sobre cuál de ellos podría ser el culpable?

La mujer se enderezó.

—Me parece muy inconveniente el hacer una cosa así. Y, además, considero altamente impropia esa tajante pregunta.

El superintendente pareció un chiquillo avergonzado, a quien su abuela acababa de reprender.

—¿Quiere darme su dirección, por favor? —murmuró, mientras cogía su libro de notas.

—Ciento once, Cheyne Lane, en Chelsea.

—¿Y el número de su teléfono?

—Chelsea, 45632.

La señora Lorrimer se levantó.

—¿Quiere hacer alguna pregunta, *monsieur* Poirot? —preguntó Battle precipitadamente.

La mujer se detuvo, inclinando ligeramente la cabeza.

—¿Sería «apropiado» el preguntarle, *madame*, su opinión sobre sus compañeros, no como asesinos en potencia, sino como jugadores de *bridge*?

La señora Lorrimer contestó con frialdad:

—No me opongo a contestar eso, si es que tiene algo que ver con el asunto que nos ocupa; cosa que no veo muy clara.

—Deje que sea yo quien juzgue tal extremo. Usted conteste, por favor, *madame*.

Con el tono de un adulto que trata de complacer a un niño cargante, la señora Lorrimer replicó:

—El mayor Despard es un jugador muy bueno. El doctor Roberts extrema mucho el juego, pero lo desarrolla brillantemente. La señorita Meredith es una jugadora muy concienzuda, aunque demasiado prudente. ¿Algo más?

Haciendo a su vez un juego de manos, Poirot sacó cuatro arrugadas hojas de carnet de *bridge*.

—¿Alguna de estas hojas es suya, *madame*?

Ella las examinó.

—Éstos son mis números. Es el tanteo del tercer *rubber*.

—¿Y ésta?

—Debe ser del mayor Despard. Va tachando a medida que anota el tanteo.

—¿Y esta hoja?

—De la señorita Meredith. Son del primer *rubber*.

—Entonces, ¿ésta que no se acabó es la del doctor Roberts?

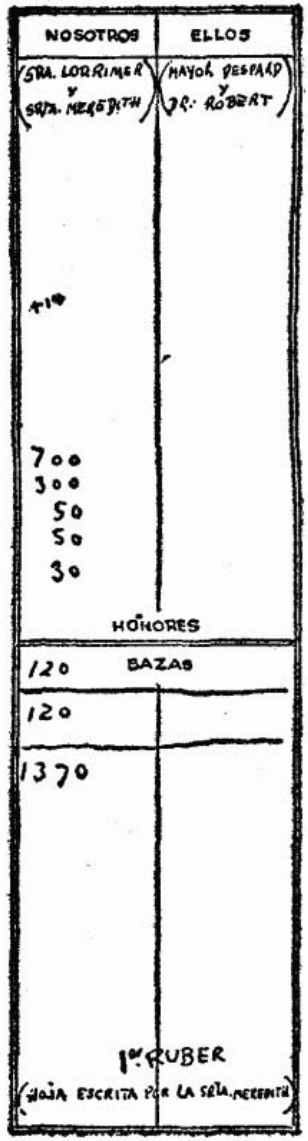
—Sí.

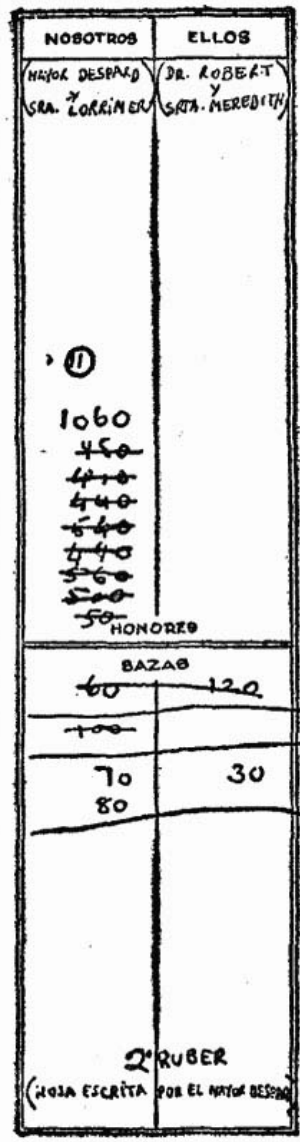
—Muchas gracias, *madame*. Creo que eso es todo.

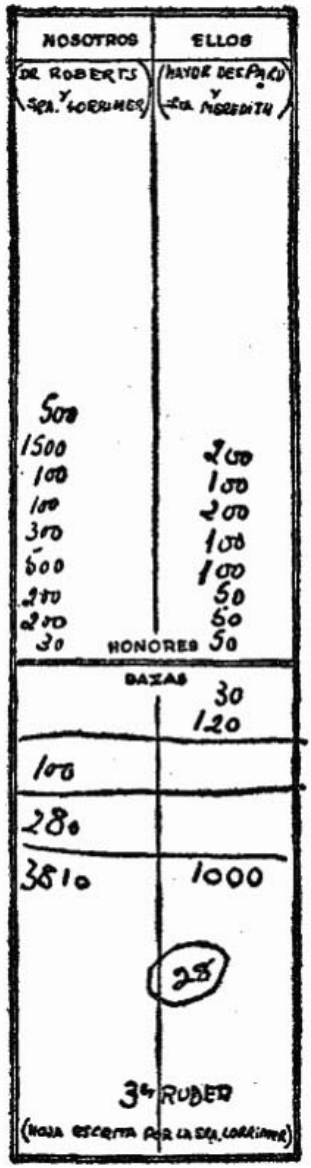
La mujer se volvió hacia la señora Oliver.

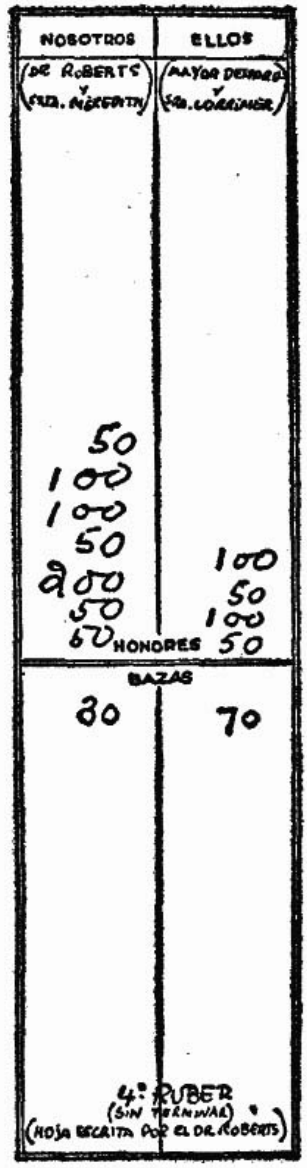
—Buenas noches, señora Oliver —dijo—. Buenas noches, coronel Race.

Después, una vez que estrechó la mano de los cuatro, salió de la habitación.


NOSOTROS
ELLOS
SRA. LORRIMER y SRTA. MEREDITH
MAYOR DESPARD y DR. ROBERT
700
300
50
50
30
HONORES
120
BAZAS
120
1370
1er RUBER
(HOJA ESCRITA POR LA SRTA. MEREDITH)


NOSOTROS
ELLOS
MAYOR DESPARD y SRA. LORRIMER
DR. ROBERT y SRTA. MEREDITH
11
1060
HONORES
BAZAS
60
120
70
30
80
2º RUBER
(HOJA ESCRITA POR EL MAYOR DESPARD)





NOSOTROS	ELLOS
(DR. ROBERTS Y SRA. CORRIMER)	(MAYOR DESPARD Y SRA. MEREDITH)
500	
1500	200
100	100
100	200
300	100
500	100
200	50
200	50
30 HONORES	50
BAZAS	
	30
	120
100	
280	
3810	1000

28

3er RUBER

(HOJA ESCRITA POR LA SRA. CORRIMER)

NOSOTROS	ELLOS
(DR. ROBERTS Y SRA. MEREDITH)	(MAYOR DESPARD Y SRA. CORRIMER)
50	
100	
100	
50	100
200	50
50	100
50 HONORES	50
BAZAS	
30	70

4º RUBER

(SIN TERMINAR)

(HOJA ESCRITA POR EL DR. ROBERTS)

Capítulo VI

¿EL TERCER ASESINO?

No he podido conseguir que se alterara —comentó Battle—. Y, además, hasta me he sorprendido. Está chapada a la antigua; con muchas consideraciones para los demás, ¡pero arrogante como el propio diablo! No puedo creer que ella lo hiciera, ¡quién sabe! Tiene mucha firmeza. ¿Qué es lo que pretende con esas hojas de carnet, Poirot?

El detective las extendió encima de la mesa.

—Aclaran mucho las cosas, ¿no cree? ¿Qué es lo que necesitamos en este caso? Conocer el carácter de una persona. Y no sólo de una, sino de cuatro. Aquí es donde podremos encontrarlo reflejado con más seguridad… en estos números garrapateados. Esta hoja corresponde al primer *rubber*… bastante insípido; pronto acabó. Los números son pequeños y bien hechos; las sumas y las restas realizadas con cuidado… es de la señorita Meredith. Jugaba con la señora Lorrimer. Tenía buenas cartas y ganaron.

»En ésta que sigue, no es tan fácil reconstruir las incidencias del juego, puesto que se ha ido tachando el tanteo. Pero algo nos dice, tal vez, sobre el mayor Despard… un hombre a quien le gusta saber de una ojeada, en un momento dado, la situación en que se encuentra. Los números son pequeños y con mucho carácter.

»La hoja siguiente es de la señora Lorrimer; ella y el doctor Roberts contra los otros dos. Fue un combate homérico. Hay números en ambos lados. Por parte del doctor se aprecia tendencia a sobrepujar, y fallaron algunas bazas; si bien, como los dos son jugadores de primera fila, no fallaron muchas. Si los faroles del doctor impulsaban a los otros a jugar fuerte, tenían ocasión de

atraparlos doblando. Vean… estas cifras corresponden a bazas falladas, dobles. Una escritura característica: airosa, legible y firme.

»Y aquí tenemos la última hoja… la correspondiente al *rubber* sin terminar. Como ven, hemos recogido una hoja escrita por cada uno de los jugadores. En ésta, los números son bastante extravagantes. Los tanteos no llegaron a la altura del *rubber* precedente. Ello fue debido, con seguridad, a que el doctor jugaba con la señorita Meredith y ésta es una jugadora bastante tímida. Si hubiera lanzado más faroles, corría el riesgo de que ella jugara con más timidez todavía.

»Tal vez creerán ustedes —terminó Poirot— que las preguntas que hago son tonterías. Pero no lo son. Necesito conocer el carácter de los cuatro jugadores y cuando ven que solamente les pregunto acerca del *bridge*, todos están dispuestos a contarme lo que saben.

—Nunca creí que sus preguntas fueran disparatadas, *monsieur* Poirot —dijo Battle—. Ya he tenido ocasión de ver cómo trabaja usted. Cada cual tiene sus métodos, lo sé. Tengo por costumbre que mis inspectores gocen de la libertad en este aspecto. De tal forma, cada uno de ellos tiene ocasión de saber qué método cuadra mejor a sus aptitudes. Pero será preferible que dejemos esto para otro rato. Haremos que pase la muchacha.

Anne Meredith parecía bastante trastornada. Se detuvo en el umbral de la puerta, respirando con dificultad.

Los instintos paternales del superintendente Battle se pusieron inmediatamente de manifiesto. Se levantó y dispuso una silla para la joven, en ángulo ligeramente diferente, para que no se sentara frente a él.

—Tome asiento, señorita Meredith, por favor. Vamos, no se alarme. Ya sé que todo esto parece algo terrible, pero en realidad no lo es tanto.

—No creo que haya cosas peores —dijo ella con un hilo de voz —. Es tan horroroso… tan horroroso… pensar que uno de nosotros… que uno de nosotros…

—Déjeme que sea yo quien haga esas reflexiones —dijo Battle con amabilidad—. Bien, señorita Meredith, ¿qué le parece si nos diera su dirección antes que nada?

—Wendon Cottage, en Wallingford.

—¿No vive en la ciudad?

—Paro en mi club durante un par de días.

—¿Y cuál es su club?

—El «Naval y Militar para señoras».

—Muy bien. Y ahora, señorita Meredith, ¿conocía mucho al señor Shaitana?

—No muy bien. Siempre creí que era un hombre temible.

—¿Por qué?

—Pues… ¡porque lo era! ¡Tenía una sonrisa espantosa! Y aquella forma de inclinarse sobre una como si fuera a comérsela…

—¿Hacía mucho tiempo que lo conocía?

—Cerca de nueve meses. Me lo presentaron en Suiza, mientras practicaba los deportes de invierno.

—Nunca hubiera creído que le gustaran tales deportes —dijo Battle sorprendido.

—Sólo patinaba. Era un patinador estupendo. Hacía gran cantidad de figuras y filigranas.

—Sí; eso cuadraba mejor con su carácter. ¿Y lo vio muchas veces después?

—Pues… bastantes. Me invitó a varias reuniones y fiestas que dio. Todas ellas fueron un tanto extravagantes.

—¿Pero a usted no le gustaba él?

—No. Lo consideraba como un hombre escalofriante.

Battle preguntó con suavidad:

—¿No tenía ninguna razón especial para temerle?

—¿Una razón especial? ¡Oh, no!

—Está muy bien. Y hablando de lo que pasó esta noche, ¿se levantó usted de la mesa en alguna ocasión?

—No lo creo… Oh, sí, una vez. Di la vuelta a la mesa para ver el juego de los otros tres.

¿No se alejó de ella durante toda la velada?

—No.

—¿Está usted segura, señorita Meredith?

Las mejillas de la muchacha enrojecieron de pronto.

—No… no. Creo que di una vuelta por la habitación.

—Bien. Perdone, señorita Meredith: trate de contarnos la verdad. Ya sé que está nerviosa y cuando uno se encuentra así, es capaz de… bueno, de contar lo sucedido como intentaba usted hacerlo. Pero eso no da ningún resultado. Quedamos, pues, en que

dio una vuelta por la habitación. ¿Se dirigió hacia donde estaba el señor Shaitana?

La joven guardó silencio durante un momento y luego dijo:

—De verdad… de verdad… no me acuerdo.

—Está bien; consideraremos que pudo hacerlo. ¿Sabe usted algo acerca de los otros tres?

Anne sacudió la cabeza.

—Nunca los había visto.

—¿Qué opina usted de ellos? ¿Le parece que alguno pudo ser el asesino?

—No lo puedo creer. No puedo. El mayor Despard no pudo sen Y no creo que fuera el médico… al fin y al cabo, un médico puede matar a cualquiera de una manera mucho más fácil. Una droga… o algo parecido.

—Entonces, de ser alguien, fue la señorita Lorrimer, ¿verdad?

—No. Estoy segura de que no lo hizo. Es tan encantadora… y tan amable cuando se juega al *bridge* con ella. Es una gran jugadora y, sin embargo, no hace que una se ponga nerviosa, ni le reprende por las equivocaciones que cometa.

—No obstante, dejó usted su nombre para el final —dijo Battle.

—Fue sólo porque el apuñalar a una persona no me parece cosa de mujer.

—Battle volvió a repetir el juego de manos y Anne Meredith inició un movimiento de retroceso.

—¡Oh, qué horrible! ¿Debo… cogerlo?

—Me gustaría que lo hiciera.

La observó mientras ella cogía el estilete con repugnancia. La cara de la muchacha se contrajo, demostrando la aversión que sentía.

—Con esta cosa tan pequeña… con esto…

—Penetra cualquier cosa como si fuera mantequilla —comentó Battle con tono de satisfacción—. Un niño lo puede hacer.

—¿Quiere usted decir… quiere decir… —la joven lo miró con ojos abiertos y aterrorizados—, que yo pude hacerlo? Pero yo no lo hice. ¿Por qué tenía que hacerlo?

—Eso es precisamente lo que deseamos saber —dijo el superintendente—. ¿Cuál fue el motivo? ¿Por qué alguien quería matar a Shaitana? Era un individuo bastante pintoresco, pero, por

lo que sé, no era peligroso.

Hubo una ligera interrupción en la respiración de la muchacha… una repentina elevación de todo su pecho.

—No era un chantajista, por ejemplo, ni cosa parecida —prosiguió Battle—. De todas formas, señorita Meredith, no parece ser usted el tipo de joven que esconde gran cantidad de secretos criminales.

Por primera vez sonrió ella, ganada por su afabilidad.

—No; desde luego, no los tengo. Ni de éstos, ni de otra especie.

—Entonces, no tiene usted por qué preocuparse. Tal vez tendremos que vernos de nuevo para hacerle unas cuantas preguntas, pero sólo será una cosa rutinaria.

Battle se levantó.

—Puede usted marcharse. El guarda le llamará un taxi. Y procure pasar la noche sin dar vueltas en la cama, preocupándose por esto. Tómese un par de aspirinas.

La acompañó hasta la puerta y cuando volvió, el coronel Race en voz baja y acento divertido dijo:

—¡Qué consumado embustero es usted, Battle! Ese aire paternal es insuperable.

—No podía perder el tiempo con ella, coronel Race. La pobre chica podía estar mortalmente asustada… en cuyo caso obrar de otra forma hubiera sido crueldad. Y no soy, ni nunca fui cruel. O podía ser una actriz consumada, con lo que no hubiéramos adelantado un paso, por más que la interrogáramos toda la noche.

La señora Oliver suspiró y se pasó la mano por el flequillo de manera que lo descompuso, dando a su cara un aspecto alegre, como si hubiera tomado una copa de anís.

—Sepa usted que estoy por creer que lo hizo ella. Suerte que esto no ocurre en una novela. La gente no quiere que la culpable sea una muchacha joven y bonita. De todos modos, creo que ella lo hizo. ¿Qué opina usted, *monsieur* Poirot?

—Acabo de hacer un descubrimiento.

—¿En las hojas del carnet otra vez?

—Sí. La señorita Meredith dio la vuelta a la suya, trazó unas líneas y utilizó el dorso.

—¿Y qué significa eso?

—Significa que está acostumbrada a la estrechez, o bien que

tiene instintivamente el sentido de la economía.

—Pues el vestido que lleva es de los caros —observó la señora Oliver.

—Que pase el mayor Despard —ordenó el superintendente Battle.

Capítulo VII

¿EL CUARTO ASESINO?

El mayor Despard entró en la habitación con paso rápido y elástico… un paso que hizo que Poirot se acordara de alguien o de algo.

—Siento mucho haberle hecho esperar todo este tiempo, mayor Despard —se excusó Battle—. Pero quería que las señoras pudieran marcharse cuanto antes.

—No hace falta que se excuse. Lo comprendo.

Tomó asiento y miró inquisitivamente al policía.

—¿Conocía usted bien al señor Shaitana? —preguntó Battle.

—Lo había visto en dos ocasiones —respondió Despard.

—¿Sólo en dos?

—Eso es.

—¿Y cuáles fueron esas ocasiones?

—Hace cosa de un mes estuvimos comiendo en la misma casa. Entonces me invitó a un combinado que daba una semana después.

—¿En este piso?

—Sí.

—¿Dónde se celebró? ¿En esta habitación o en el salón?

—En todas las habitaciones.

—¿Vio este pequeño objeto en algún sitio?

Battle sacó una vez más el estilete.

Los labios del mayor Despard se curvaron ligeramente.

—No —respondió—. No tomé nota de él para utilizarlo en otra ocasión.

—No hay necesidad de que se adelante a lo que diga yo, mayor Despard.

—Le ruego que me perdone. La deducción era lógica.

Hubo un momento de silencio y luego Battle reanudó sus preguntas.

—¿Tenía usted algún motivo para aborrecer al señor Shaitana?

—Muchos.

—¿Eh? —El superintendente pareció sobresaltarse.

—Para aborrecerlo… no para matarlo —dijo Despard—. No tenía el menor deseo de matarlo, pero creo que me hubiera gustado darle un buen puntapié.

—¿Por qué quería darle un puntapié, mayor Despard?

—Porque era uno de esos *dagos* que lo están pidiendo a gritos. Cada vez que lo veía sentía una comezón extraña en la punta de mi zapato.

—¿Sabe usted algo de él…? Que lo desacredite, quiero decir.

—Iba demasiado bien vestido… llevaba el pelo demasiado largo…, y olía a perfume.

—Y, sin embargo, aceptó su invitación para cenar —apuntó Battle.

—Si cenara solamente en las casas cuyo dueño es de mi completo agrado, temo que no saldría mucho de noche, superintendente —replicó Despard con sequedad.

—Le gusta a usted la vida de sociedad, pero no la aprueba, ¿verdad? —sugirió el otro.

—Me gusta, pero por períodos cortos. Sí; me gusta volver de la selva para encontrar habitaciones iluminadas, mujeres vestidas con ropas encantadoras; para comer bien, bailar y reír… pero sólo por poco tiempo. Luego, la insinceridad de todo me produce náuseas y quiero marcharme otra vez.

—Debe ser una vida muy peligrosa la que lleva usted, mayor Despard, recorriendo parajes tan apartados.

El joven se encogió de hombros y sonrió ligeramente.

—El señor Shaitana no llevaba una vida peligrosa… y, sin embargo, ha muerto, mientras yo estoy vivo.

—Puede ser que fuera más peligrosa de lo que usted cree —dijo Battle intencionadamente.

—¿Qué quiere decir?

—El difunto señor Shaitana era una especie de metomentodo.

Despard se inclinó hacia delante.

—¿Quiere dar a entender que se entrometía en la vida de los demás… que descubría…? ¿A qué se refiere?

—Quiero decir que, tal vez, era un hombre de los que gustan entrometerse en… ejem… bueno… en la vida de las mujeres.

Despard se reclinó en la silla y lanzó una risotada divertida aunque indiferente.

—No creo que las mujeres tomaron en serio a tal charlatán.

—¿Quién cree usted que lo mató, mayor Despard?

—Pues no lo sé. La señorita Meredith no fue. Y no puedo imaginarme a la señora Lorrimer haciendo tal cosa… me recuerda a una de mis tías más temerosas de Dios. Queda, por lo tanto, el caballero médico.

—¿Puede describirme lo que hicieron usted y sus compañeros durante la velada?

—Me levanté dos veces. Una de ellas para coger un cenicero y atizar el fuego. Y después para servirme una copa.

—¿Recuerda a qué hora fue eso?

—No puedo decírselo. La primera vez pudo haber sido alrededor de las diez y media y la segunda a las once, pero son meras suposiciones. La señora Lorrimer fue en una ocasión hacia la chimenea y habló con Shaitana. No sé si él le contestó, pues no presté mucha atención. No podría jurar si lo hizo o no. La señorita Meredith dio una vuelta por la habitación, pero no creo que se acercara a la chimenea. Roberts estuvo levantándose continuamente… tres o cuatro veces, por lo menos.

—Voy a preguntarle algo por cuenta de *monsieur* Poirot —dijo Battle sonriendo—. ¿Qué opina usted de los otros tres, como jugadores de *bridge*?

—La señorita Meredith es una buena jugadora. Roberts carga la mano ignominiosamente y merecía perder más de lo que pierde. La señora Lorrimer es una jugadora estupenda.

—¿Alguna cosa más, *monsieur* Poirot?

El detective hizo un gesto negativo.

Despard facilitó su dirección, en el Hotel Albany, deseó buenas noches a todos y salió de la habitación.

Cuando cerró la puerta, Poirot hizo un ligero movimiento.

—¿Qué ocurre? —preguntó Battle.

—Nada —contestó el detective—. Se me ha ocurrido que

Despard camina como un tigre… sí, eso es… elásticamente, con suavidad, como se mueve esa fiera.

—¡Hum! —refunfuñó Battle—. Bien… —miró a sus tres compañeros—. ¿Cuál de ellos lo hizo?

Capítulo VIII

¿CUÁL DE ELLOS?

Battle miró a la cara de cada uno de los circunstantes. Sólo uno de ellos contestó la pregunta. La señora Oliver, siempre dispuesta a dar su parecer, empezó a hablar.

—La muchacha o el médico.

El superintendente miró inquisitivamente a los otros dos. Pero ambos no parecían dispuestos a formalizar ninguna declaración. Race sacudió la cabeza y Poirot alisó cuidadosamente las hojas del carnet.

—Uno de ellos lo hizo —comenzó Battle con aspecto pensativo —. Uno de ellos está mintiendo descaradamente. Pero, ¿cuál? Éste no es un asunto fácil… no; no es fácil.

Calló durante unos momentos y después dijo:

—Si hemos de fiarnos de lo que nos han dicho, el médico cree que Despard es el culpable; Despard cree que lo hizo el médico; la muchacha piensa que fue la señora Lorrimer… y ésta no quiere decir nada. En resumen, ningún indicio que aclare la cuestión.

—Tal vez no —dijo Poirot.

Battle le dirigió una rápida mirada.

—¿Cree usted que hay algo en lo que nos han contado?

Poirot hizo un ademán con la mano.

—Es el matiz de las declaraciones… nada más. Nada sobre lo que se puedan sacar definitivas conclusiones.

El superintendente continuó:

—Por lo visto, ustedes dos, caballeros, no quieren decir lo que piensan de esto…

—No existen pruebas —dijo Race brevemente.

—¡Oh! ¡Hombre! —suspiró la señora Oliver, como si despreciara tal reserva en una opinión.

—Examinemos las posibilidades en términos generales —observó Battle.

Meditó un momento.

—Yo pondría al médico en primer lugar —dijo al fin—. Es un sospechoso bastante plausible. Sabe el punto exacto donde introducir un puñal. Pero aparte de ello, no tenemos nada más contra él. Después está Despard; un hombre de nervios bien templados. Acostumbrado a tomar decisiones rápidas y a dejar su hogar para acometer empresas peligrosas. ¿La señora Lorrimer? También posee buenos nervios y es una mujer de las que pueden tener un secreto en su vida. Da la impresión de saber lo que son las desgracias. Por una parte, yo diría que es lo que podríamos llamar una mujer de buenos principios… una mujer que podría ser directora de un colegio de señoritas. Es difícil imaginársela apuñalando a una persona. Realmente, no creo que lo haya hecho ella. Y, por fin, tenemos a la pequeña señorita Meredith. No conocemos sus antecedentes. Parece una muchacha corriente, de aspecto atractivo, aunque algo tímida. Pero, como ya he dicho, no sabemos nada más acerca de ella.

—Sabemos que Shaitana estaba enterado de que cometió un asesinato —observó Poirot.

—La máscara angelical ocultando el demonio —musitó la señora Oliver.

—¿Nos conduce esto a algún lado, Battle? —preguntó el coronel Race.

—¿Cree usted que son especulaciones sin ningún valor, señor? En un caso como éste, es natural que se hagan suposiciones.

—¿No sería mejor investigar todo lo que se relacione con esa gente?

Battle sonrió.

—No se preocupe. Dedicaremos a ello nuestro mejor interés. Creo que usted nos podría ayudar.

—Claro que sí. ¿Cómo?

—Respecto al mayor Despard. Ha pasado mucho tiempo en el extranjero. En Sudamérica, en el este y sur de África… tiene usted medios de reunir información acerca de ese joven.

Race asintió.

—¡Oh! —exclamó la señora Oliver—. Tengo un plan. Somos cuatro… cuatro «sabuesos», como ha dicho usted… y ellos también son cuatro. ¿Qué pasaría si cada uno de nosotros nos encargáramos de uno de ellos? ¡Sigamos nuestra inspiración! El coronel Race que se encargue del mayor Despard; el superintendente Battle del doctor Roberts; yo me ocuparé de Anne Meredith, y *monsieur* Poirot de la señora Lorrimer. ¡Que cada uno de nosotros siga su propia pista!

Battle movió negativamente la cabeza con decisión.

—No podemos hacer eso, señora Oliver. Tiene que darse cuenta de que esto es un asunto oficial y yo estoy encargado de él. Debo investigar todas las pistas. Me parece muy bien eso de seguir nuestra propia inspiración. Pero dos de nosotros pueden sentir la misma. El coronel Race no ha dicho que sospechaba del mayor Despard. Y *monsieur* Poirot tal vez no apueste por la señora Lorrimer.

La señora Oliver exhaló un suspiro.

—¡Era un plan tan estupendo! —dijo con pesadumbre—. ¡Tan claro!

Luego cobró un poco más de ánimo y preguntó:

—Pero usted no tendrá inconveniente en que yo efectúe unas cuantas investigaciones por mi cuenta, ¿verdad?

—No —respondió Battle—. No puedo oponerme a ello. Después de haber asistido usted a esta reunión, está en libertad de hacer lo que su curiosidad o interés le sugieran. Pero deseo advertirle, señora Oliver, que será preferible tenga cuidado.

—Seré la discreción en persona —dijo la mujer—. No se me escapará una palabra acerca de… de nada —terminó la frase como si le faltara decisión.

—No creo que el superintendente Battle se refiera a eso precisamente —observó Hércules Poirot—. Quiere decir que posiblemente trate usted con una persona que según suponemos, ha cometido ya dos asesinatos. Una persona, por lo tanto, que no dudará en matar por tercera vez… si lo considera necesario.

La señora Oliver lo miró con aspecto pensativo. Luego sonrió; con una sonrisa simpática parecida a la de un niño descarado.

—«QUEDA USTED ADVERTIDA» —citó—. Muchas gracias, *monsieur* Poirot. Tendré cuidado con lo que haga, pero no pienso abandonar

este caso.

Poirot hizo una ligera reverencia.

—Permítame que le diga que tiene usted un espíritu deportivo, *madame*.

—Supongo —dijo la señora Oliver irguiéndose y hablando con los ademanes que emplearía en la reunión de un comité feminista— que toda la información que consigamos se facilitará a los demás… es decir, que nadie guardará para sí lo que sepa. Nuestras propias deducciones e impresiones podremos retenerlas, desde luego.

El superintendente suspiró.

—Esto no es una intrigante novela de detectives, señora —observó.

Race intervino.

—Como es natural, todos los informes deben ser entregados a la policía.

Y después de haber dicho esto, con el tono que emplearía al dar una orden en la sala de banderas, añadió, mientras un ligero destello brillaba en sus ojos:

—Estoy seguro de que jugaré limpio, señora Oliver. El guante manchado; las huellas digitales en el vaso de los cepillos de dientes; el fragmento de papel quemado… todo esto lo entregaré a Battle.

—Ríase usted —dijo la mujer—. Pero la intuición de una mujer…

Hizo un vigoroso gesto afirmativo con la cabeza.

Race se levantó.

—Haré que investiguen todo lo referente a Despard. Se necesitará un poco de tiempo. ¿Puedo hacer algo más?

—No lo creo. Muchas gracias, señor. ¿No tiene usted alguna sugerencia qué hacer? Apreciaría cualquier cosa que me dijera en este aspecto.

—¡Hum! Bueno… yo prestaría una especial atención a los disparos, a los venenos y a los accidentes; pero me parece que ya habrá pensado usted en ello.

—Sí; ya lo tengo presente, señor.

—Muy bien, Battle. No necesita que yo le enseñe lo que debe hacer. Buenas noches, señora Oliver. Buenas noches, *monsieur* Poirot.

Y haciendo una final inclinación de cabeza a Battle, el coronel

Race salió del comedor.

—¿Quién es? —preguntó la señora Oliver.

—Tiene una excelente hoja de servicios en el ejército —contestó Battle—. Ha viajado mucho. Habrá pocos rincones del mundo que él no conozca.

—Del Servicio Secreto, supongo —contestó la mujer—. Ya sé que no puede usted decírmelo; pero si no fuera así, no le hubieran invitado esta noche. Los cuatro asesinos y los cuatro «sabuesos»… Scotland Yard, Servicio Secreto, Investigación Privada y Literatura Policíaca. Una idea genial.

Poirot sacudió la cabeza.

—Está usted en un error, *madame*. Fue una idea estúpida. El tigre se alarmó y… saltó.

—¿El tigre? ¿Qué tigre?

—Al decir tigre, me refiero al asesino —exclamó Poirot.

Battle preguntó bruscamente:

—¿Cuál es su opinión sobre la mejor línea de conducta a seguir, *monsieur* Poirot? Eso por una parte. También me gustaría saber qué es lo que piensa respecto a la psicología de esas cuatro personas. Está usted muy práctico en eso.

Poirot, que seguía alisando las hojas de carnet, replicó:

—Tiene usted razón…, la psicología es muy importante. Sabemos qué clase de asesinato se ha cometido y la forma en que se llevó a cabo. Si tenemos una persona que, desde el punto de vista psicológico, no pudo cometer este tipo particular de asesinato, podemos desecharla de nuestros cálculos. Tenemos unos pocos antecedentes sobre esas cuatro personas. Hemos sacado nuestra propia impresión sobre ellas y conocemos la línea de conducta que ha elegido cada cual. Sabemos algo acerca de sus mentalidades y sus caracteres por lo que nos han dicho respecto a sus cualidades como jugadores y por lo que hemos deducido al estudiar su escritura en estas hojas de carnet. Pero por desgracia, no es fácil dar una opinión definida. Este crimen requería audacia y sangre fría… una persona que no dudara en correr un riesgo. Bien; tenemos al doctor Roberts… un «farolero»… un hombre que confía por completo en sus facultades para salir con bien de cualquier riesgo. Su psicología encaja perfectamente en este asesinato. Puede decirse entonces que ello elimina automáticamente a la señorita Meredith.

Es tímida; se asusta de forzar la mano; es cuidadosa, económica, prudente y carece de seguridad en sí misma. La persona menos indicada para dar un golpe temerario y arriesgado. Pero una persona tímida puede matar si está asustada. Una persona nerviosa y asustada llega a la desesperación y puede revolverse como una rata acorralada. Si la señorita Meredith cometió un crimen en el pasado y creía que el señor Shaitana estaba enterado de ello y dispuesto a entregarla a la justicia, pudo enloquecer de terror… y decidirse a realizar cualquier cosa, sin ningún escrúpulo, con tal de salvarse. Tendríamos, pues, el mismo resultado, aunque producido por una reacción diferente… nada de sangre fría ni atrevimiento, sino pánico desesperado.

»Consideremos después al mayor Despard. Un hombre frío y de muchos recursos, que no dudaría en arriesgarse si lo creyera absolutamente necesario. Pudo pesar los pros y los contras y decidir que existía una posibilidad, aunque leve, a su favor. Es un tipo de hombre que prefiere la acción a la inactividad; que nunca desdeñará seguir un camino peligroso, si cree que hay una oportunidad razonable de éxito. Tenemos finalmente a la señora Lorrimer. Una mujer de cierta edad, pero en plena posesión de su juicio y facultades. Una mujer serena, de cerebro matemático. Posiblemente tiene el mejor cerebro de los cuatro. Confieso que si la señora Lorrimer cometiera un crimen, yo no dudaría de que se trataba de un crimen premeditado. Puedo verla en mi imaginación planeando un asesinato, despacio y con toda clase de cuidados, asegurándose de que no hay ningún fallo en su proyecto. Por dicho motivo, me parece ella menos sospechosa que los demás. Sin embargo, tiene una personalidad dominadora y cualquier cosa que emprenda la llevará a cabo sin una imperfección. Es una mujer eficiente en extremo, sin duda.

Hizo una pausa.

—Como ya ven ustedes, esto no sirve de gran ayuda. No… sólo hay un camino que seguir en este crimen. Debemos volver al pasado.

Battle suspiró.

—Usted lo ha dicho —convino.

—Según opinaba el señor Shaitana, cada uno de ellos había cometido un crimen. ¿Tenía pruebas? ¿O eran suposiciones? No

podemos decirlo. Me parece difícil que pudiera tener pruebas fehacientes de los cuatro casos…

—Estoy de acuerdo con usted en eso —dijo Battle asintiendo con la cabeza—. Sería demasiada coincidencia.

—Supongo que ocurriría así… Se mencionó un asesinato o cierta forma de asesinato y el señor Shaitana sorprendió un gesto extraño en la cara de alguien. Era muy rápido en interpretar la expresión de un rostro. Le divirtió hacer un experimento… sondear con mucho tiento en el curso de una conversación insustancial, al parecer… vigilar cualquier sobresalto, cualquier silencio, cualquier deseo de cambiar de tema… No es difícil hacer una cosa así. Si se sospecha un secreto, nada es tan fácil como confirmar los recelos que se puedan tener. Cada vez que una palabra da en el blanco, se recibe uno de ellos… si se está esperando que ocurra tal cosa.

—Sí; ésa es una clase de juego que hubiera gustado a nuestro difunto amigo —asintió Battle.

—Podemos conjeturar, por lo tanto, que tal fue el procedimiento utilizado en uno o más casos. Pudo encontrarse también con alguna prueba, e investigar lo sucedido. Pero en un supuesto u otro, dudo que tuviera en su poder los suficientes datos fehacientes como para acudir a la policía.

—O pudo no haber sido de ese modo —dijo Battle—. Muy a menudo nos encontramos con asuntos que no parecen claros… sospechamos que ha existido juego sucio, pero no podemos probarlo. De todos modos, el procedimiento a seguir no ofrece dudas. Debemos investigar los antecedentes de esa gente y tomar nota de cuantas muertes puedan tener alguna significación respecto a ellos. Supongo que se daría cuenta, como ha hecho el coronel, de lo que Shaitana dijo mientras cenábamos.

—El espíritu malo —murmuró entre dientes la señora Oliver.

—Se refirió ligeramente a los venenos, a los accidentes, a las oportunidades que puede tener un médico y a los disparos casuales. No me sorprendería que al pronunciar esas palabras firmara su propia sentencia de muerte.

—Hizo una pausa verdaderamente desagradable —comentó la señora Oliver.

—Sí —dijo Poirot—. Aquellas palabras dieron en el blanco; por lo menos, en una persona. Y esa persona creyó que Shaitana estaba

enterado de mucho más de lo que sabía en realidad. Creyó que tales palabras eran el principio del fin… que la reunión era una diversión dramática organizada por Shaitana, lo cual culminaría con un arresto por asesinato. Sí; como dijo usted, firmó su sentencia de muerte cuando hostigó a sus invitados con dichas insinuaciones.

Hubo un momento de silencio.

—Éste será un asunto largo —suspiró Battle—. No podemos encontrar en un instante lo que nos interesa… y debemos ser cuidadosos. Ninguno de los cuatro debe sospechar lo que estamos haciendo. Todas nuestras preguntas e investigaciones deben tener la apariencia de que están relacionadas con este asesinato en particular. No podemos dejar que sospechen que tenemos cierta idea sobre el motivo del crimen. Y lo malo del caso, es que nos vemos obligados a investigar el pasado de cuatro posible asesinos, en vez de uno solo.

Poirot objetó:

—Nuestro amigo el señor Shaitana no era infalible. Posiblemente pudo estar equivocado.

—¿Respecto a los cuatro?

—No. Era demasiado inteligente para ello.

—Entonces pongamos sólo en el cincuenta por ciento.

—Ni aún eso. Yo diría que estaba equivocado respecto a uno de los cuatro.

—¿Un inocente y tres culpables? Sigue sin gustarme. Lo malo de esto es que aunque lleguemos a saber la verdad, no nos servirá de nada. Aunque alguien tirara por la escalera a su tía en 1912, de poco nos valdrá saberlo ahora.

—Sí, sí. De algo nos aprovechará —animó Poirot—. Usted lo sabe tan bien como yo.

Battle asintió lentamente.

—Ya sé a qué se refiere —dijo—. La misma marca de fábrica.

—¿Quiere decir que la primera víctima fue apuñalada también por un estilete? —preguntó con tono de extrañeza la señora Oliver.

—No tanto como eso —contestó Battle, volviéndose hacia ella—. Pero no dudo que será un crimen del mismo tipo. Los detalles podrán ser diferentes, pero su parte esencial será idéntica. Es extraño, pero un criminal se delata siempre por ello.

—El hombre es un animal de costumbres —comentó Hércules

Poirot.

—Pues las mujeres son capaces de variar constantemente. Yo misma, no cometería dos veces seguidas el mismo crimen —dijo la señora Oliver.

—¿No escribió nunca, por dos veces consecutivas, el mismo argumento? —preguntó Battle.

—*El misterio del Loto* —murmuró Poirot—. *La pista de la gota de cera*.

—Es usted muy listo… sí; verdaderamente listo. Porque, desde luego, la trama de esas dos novelas es la misma… aunque nadie se ha dado cuenta de ello. En una se trata del robo de ciertos documentos, durante una reunión familiar del Gabinete; y la otra se refiere a un asesinato ocurrido en el *bungalow* de un cosechero de caucho, en Borneo.

—Pero el asunto esencial sobre el que giran ambas historias es el mismo —observó Poirot—. Uno de sus trucos más esmerados. El cosechero de caucho prepara su propio asesinato y el ministro organiza el robo de sus propios documentos. Aunque en el último instante aparece una tercera persona que convierte en realidad lo que iba a ser ficción.

—Me gustó mucho su última novela, señora Oliver —dijo el superintendente con amabilidad. Aquélla en que todos los comisarios de policía caen heridos simultáneamente por los disparos de los otros. Se equivocó usted sólo una o dos veces en ciertos detalles de carácter oficial. Ya sé que cuida usted mucho de los más mínimos detalles y por eso me pregunto si…

La señora Oliver le interrumpió:

—Pues se da el caso de que no me importa un comino la exactitud. ¿Quién es exacto en nuestros días? Nadie. Si un periodista escribe que una preciosa muchacha de veintidós años ha muerto porque abrió la llave del gas, después de contemplar el mar por la ventana y de dar un beso de despedida a su *setter* favorito, llamado «Bob», ¿cree usted que alguien organizará un alboroto porque la muchacha tuviera en realidad veintidós años; la habitación no diera vista al mar y el perro fuese un *terrier* que atendiera por «Bonnie»? Si un periodista puede hacer eso, no veo ninguna dificultad en que yo confunda la graduación de los policías y diga revólver cuando se trata de una automática; y dictógrafo

cuando quería decir fonógrafo y utilice un veneno que permite a la víctima decir tan sólo una frase antes de morir y nada más. ¡Lo que realmente importa es que haya muchos cadáveres! Si acaso decae la acción, un poco de sangre vuelve a reanimar. Sucede en todos mis libros, si bien bajo diferentes aspectos, como es natural. Y a la gente le gusta los venenos que no dejan huella; los inspectores de policía tontos y las chicas atadas y amordazadas en un sótano que va llenándose lentamente de gas o de agua, aunque esto último es un forma bastante complicada de matar a la gente. Y finalmente, un héroe que, sin ayuda de nadie, vence a todos los malvados, bien sean tres o siete. Llevo escritos treinta y dos libros… y, desde luego, todos son iguales, como parece haber comprendido *monsieur* Poirot… Pero nadie más se ha dado cuenta de ello. Sólo me pesa una cosa… haber hecho que mi detective sea finlandés. Porque, en realidad, no conozco nada de Finlandia y estoy recibiendo constantemente cartas desde allí, señalándome algunas cosas que mi héroe no pudo decir o hacer por ser imposibles. Parece que en Finlandia se leen muchas novelas policíacas y supongo que será debido a que los inviernos son muy largos y la luz del día dura poco. En Bulgaria y Rumanía, por el contrario, no leen nada, por lo que se ve. Debiera haber hecho que mi detective fuera búlgaro.

La mujer calló.

—Lo siento mucho —agregó tras una pausa—. Estoy hablando de mis asuntos y aquí se ha cometido un asesinato real —su cara se animó—. ¡Qué cosa tan estupenda sería si ninguno de ellos lo hubiera hecho! Si los hubiera invitado a todos y luego, calladamente, se hubiera suicidado, sólo por la diversión de organizar un buen jaleo…

Poirot movió la cabeza con gesto de aprobación.

—Una solución admirable. Tan clara… tan irónica… Por desgracia, el señor Shaitana no era un hombre de esa clase. Tenía muchos deseos de vivir.

—No creo que fuera muy escrupuloso —comentó la señora Oliver con lentitud.

—No; no lo era —respondió Poirot—. Pero estaba vivo… y ahora ha muerto. Y como le dije en cierta ocasión, tengo un concepto burgués del asesinato. Lo condeno, por completo.

Y luego añadió suavemente:

—Por lo tanto… estoy dispuesto a entrar en la jaula del tigre.

Capítulo IX

EL DOCTOR ROBERTS

—Buenos días, superintendente Battle.

El doctor Roberts se levantó del sillón y alargó una mano grande y sonrosada que olía a una mezcla de jabón y ácido fénico.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó.

Battle dio una ojeada a la confortable sala de consulta antes de contestar.

—Pues verá, doctor Roberts; hablando con propiedad, no van. Están paradas.

—Los periódicos no se han ocupado mucho del caso. Me alegro de que haya sido así.

—Sí; sólo aquello de: «Fallece repentinamente el conocido señor Shaitana, en una reunión que se celebraba en su propio domicilio.» Lo hemos dejado así, de momento. Se ha hecho la autopsia y he traído el informe… por si pudiera interesarle…

—Ha sido usted muy amable… me interesa… hum… hum… Sí, muy interesante.

Devolvió el papel.

—Nos hemos entrevistado con el abogado del señor Shaitana para enterarnos de las disposiciones de su testamento. No hay nada de particular en él. Por lo visto, tiene unos parientes en Siria. Después, como es lógico, hemos investigado todos sus documentos particulares.

Fue una ilusión o una realidad, aquella cara ancha y bien afeitada pareció estirarse un poco, endureciéndose sus rasgos.

—¿Y qué han encontrado? —preguntó el médico.

—Nada —replicó Battle sin apartar la vista de él.

No hubo ningún suspiro de alivio. Nada tan llamativo. Pero toda la persona de Roberts pareció descansar un poco más confortablemente en el sillón.

—Y por lo tanto, acude usted a mí.

—Ni más ni menos.

Las cejas del médico se levantaron ligeramente y sus astutos ojos se fijaron en los de Battle.

—Quiere dar un vistazo a mi documentación privada, ¿no es eso?

—Tal es mi idea.

—¿Trae una orden de registro?

—No.

—Bueno; de todas formas puede usted procurarse una fácilmente. No quiero crear dificultades. No es muy agradable ser sospechoso de asesinato, pero supongo que no puedo echarle las culpas a usted por llevar a cabo lo que indiscutiblemente es su deber.

—Muchas gracias, señor —replicó el policía verdaderamente agradecido—. Aprecio muchísimo su actitud y espero que los demás serán tan razonables como usted.

—Lo que no puede curarse debe sufrirse —dijo el médico con jovialidad.

—Ya terminé mi consulta aquí y estaba a punto de salir para empezar las visitas. Le dejaré las llaves y avisaré a mi secretario. Después puede usted revolver cuanto le plazca.

—Es usted muy amable —dijo Battle—. Pero antes de que se vaya, quisiera hacer algunas preguntas.

—¿Sobre lo de la otra noche? Creo que ya se lo dije todo.

—No. Referente a usted mismo.

—Muy bien; pregunte. ¿Qué desea saber?

—Sólo un ligero bosquejo de su vida. Dónde nació; cuándo se casó y cosas por el estilo.

—Eso servirá para que se refieran a mí en el «Quién es quién» —dijo el médico con sequedad—. Mi carrera ha sido perfectamente recta. Nací en Ludlow, en el Shropshire. Mi padre practicaba la medicina allí. Murió cuando yo tenía quince años. Me eduqué en Shrewsbury y estudié medicina, como hizo mi padre antes. Pertenezco a la Facultad de San Cristóbal… pero supongo que todos

estos detalles relativos a mi profesión los habrá recogido usted ya.

—Sí; ya me informé, señor. ¿Es usted hijo único, o tiene otros hermanos?

—Fui hijo único. Mis padres murieron y yo no me he casado. ¿Tiene esto algo que ver con lo que tratamos? Vine aquí y me asocié con el doctor Embery. Se retiró hace unos quince años y ahora vive en Irlanda. Le daré su dirección si lo desea. Vivo en esta casa con una cocinera, una doncella y una criada. Mi secretario viene a diario. Tengo buenos ingresos y solamente mato a un número razonable de mis pacientes. ¿Qué le parece?

El superintendente hizo un leve gesto.

—Un bosquejo bastante amplio, doctor Roberts. Me alegro de que no haya perdido el sentido del humor. Y ahora, voy a preguntarle sobre otra cosa.

—Soy un hombre de ética profesional muy rigurosa, superintendente.

—No quería referirme a eso, no; solamente quería preguntarle si puede usted darme los nombres de cuatro amigos que le conozcan íntimamente desde hace tiempo. Una especie de referencia, como comprenderá.

—Sí, ya sé. Déjeme recordar. ¿Prefiere usted gente que viva ahora en Londres?

—Eso facilitará las cosas; pero no importa que vivan en otros sitios.

El médico recapacitó durante unos momentos y luego escribió cuatro nombres y dirección en una hoja de papel que entregó a Battle.

—¿Valdrán éstos? Son los mejores en que he podido pensar de momento.

El superintendente leyó con atención la lista, hizo un gesto aprobatorio de satisfacción y se guardó el papel en un bolsillo interior de la americana.

—Como se habrá dado cuenta —dijo—, esto es solamente cuestión de ir eliminando sospechosos. Cuanto más pronto consiga eliminar a uno de ellos como tal, y empezar a investigar el siguiente, mucho mejor para todos los interesados. Ahora tengo que asegurarme definitivamente de que usted no estaba indispuesto con el señor Shaitana; que no tenía relaciones ni negocios privados con

él y que, con anterioridad, no le ocasionó ningún perjuicio por el cual pudiera usted guardarle rencor. Yo puedo creerle cuando me dice que sólo lo conocía ligeramente… pero no es cosa de que yo crea o no. Tengo que estar completamente seguro de ello.

—Le comprendo perfectamente. Tiene usted que pensar que todos son unos mentirosos, hasta que cada cual pruebe que está diciendo la verdad. Aquí tiene las llaves, superintendente. Éstas son de los cajones de la mesa; éstas del buró y… esta pequeña, es del armario donde guardo los venenos. Cuide de cerrarlo bien. Tal vez será preferible que avise a mi secretaria.

Apretó un botón que había sobre la mesa.

Casi inmediatamente se abrió una puerta y apareció una joven de aspecto eficiente.

—¿Llamó usted, doctor?

—Ésta es la señorita Burguess… El superintendente Battle, de Scotland Yard.

La señorita Burguess dirigió una fría mirada al policía. Pareció decir: «¡Dios mío! ¿Qué clase de bicho es éste?»

—Le agradeceré, señorita Burguess, que conteste a cualquier pregunta que le haga el superintendente Battle y le ayude en lo que necesite.

—Como usted ordene, doctor.

—Bueno —dijo Roberts levantándose—. Me marcho. ¿Ha puesto la morfina en el maletín? La necesitaré en el caso Lockaert.

Continuó hablando mientras salía de la habitación y la señorita Burguess lo siguió.

Al cabo de un rato volvió a entrar la joven y dijo:

—Cuando me necesite, apriete ese botón.

Battle le dio las gracias y le aseguró que así lo haría. Luego se puso a trabajar.

Su búsqueda fue cuidadosa y metódica, aunque no tenía grandes esperanzas de encontrar nada importante. La rápida aquiescencia de Roberts daba motivo para creerlo así. El médico no era tonto y podía haber previsto aquel registro y tomar las medidas oportunas. Existía, sin embargo, la ligera esperanza de que Battle pudiera dar con un indicio de la información que realmente buscaba, puesto que Roberts no conocía el objetivo verdadero del detenido registro.

El superintendente Battle abrió y cerró cajones; escudriñó

casilleros; repasó un libro de cheques; contó por encima el importe de las facturas pendientes de pago y anotó sus conceptos. Revisó el pasaporte de Roberts, revolvió sus historiales clínicos y, por fin, no dejó documento escrito sin revisar. El resultado fue pobre en extremo. Después echó una ojeada al armario de los venenos; tomó nota de las firmas que los vendían al médico y del sistema que seguía éste para controlarlos. Cerró el armario y dedicó su atención al buró. El contenido de este último era de una naturaleza más personal, pero Battle no encontró nada relacionado con su búsqueda.

Sacudió la cabeza, tomó asiento en el sillón de Roberts y apretó el botón de la mesa.

La señorita Burguess apareció con encomiable rapidez.

Battle le rogó cortésmente que se sentara y una vez que la muchacha lo hizo, la contempló durante un momento, antes de decidir la forma en que la abordaría. Se había dado cuenta inmediatamente de su hostilidad y no sabía si provocarla, para que hablara irreflexivamente, incrementando dicha hostilidad o utilizar un método más suave de aproximación.

—Supongo que estará enterada de la causa de todo esto, señorita Burguess —dijo al fin.

—Me lo ha dicho el doctor Roberts —contestó la joven con presteza.

—Es un asunto muy delicado —contestó Battle.

—¿De veras?

—Sí; algo desagradable. Cuatro personas son sospechosas y una de ellas debió cometer el crimen. Necesito saber si vio usted en alguna ocasión a ese señor Shaitana.

—Nunca.

—¿Y no oyó hablar de él al doctor Roberts?

—Tampoco… No, espere. Estoy equivocada. Hará cosa de una semana, el doctor Roberts me dijo que anotara una cita para comer en su libro de visitas. El señor Shaitana, a las ocho y cuarto del día dieciocho.

—¿Y ésa fue la primera vez que oyó hablar del señor Shaitana?

—Sí.

—¿Nunca vio su nombre en los periódicos? A menudo aparecía en las «Notas de Sociedad».

—Tengo otras cosas mejores que hacer, en lugar de perder el tiempo leyendo «Notas de Sociedad».

—No lo dudo, no lo dudo —dijo el superintendente dócilmente —. Bueno —prosiguió—. Eso es lo que hay. Cada una de esas cuatro personas admite que sólo conocía al señor Shaitana muy superficialmente. Pero una de ellas lo conocía lo bastante para matarlo. Y mi trabajo consiste en desenmascararlo.

Se produjo una pausa. La señorita Burguess parecía no tener ningún interés respecto a la forma en que el superintendente debía llevar a cabo su trabajo. El suyo se reducía a obedecer las órdenes de su jefe, oyendo lo que el policía tuviera que decirle y contestando cuantas preguntas le hiciera directamente.

—Compréndame usted, señorita Burguess —el superintendente se dio cuenta de que era una empresa ardua, pero perseveró—. Dudo que llegue a hacerse cargo ni de la mitad de las dificultades que encontramos en nuestro trabajo. Por ejemplo, la gente dice cosas. Pues bien; no podemos creer ni una palabra, pero debemos tomar nota de ello. Esto es más susceptible en un caso como el que nos ocupa. No quiero decir nada contra su sexo, pero no hay duda de que una mujer, cuando empieza a hablar, es capaz de dejar que su lengua se desmande un poco. Hace acusaciones infundadas, insinúa esto, aquello y lo de más allá; y saca a relucir toda clase de escándalos pretéritos que probablemente no tienen nada que ver con el caso.

—¿Quiere usted dar a entender que una de esas personas ha estado hablando mal del doctor? —preguntó la señorita Burguess.

—No ha hablado mal, precisamente —respondió Battle con precaución—. Pero de todas formas, estoy dispuesto a enterarme de lo que sea. Circunstancias sospechosas en la muerte de un paciente. Seguramente serán todo tonterías. Tengo reparos en molestar enojosamente al doctor con todo esto.

—Supongo que alguien se habrá hecho eco de esa historia acerca de la señora Graves —dijo la señorita Burguess coléricamente—. Es vergonzosa la forma con que la gente habla de cosas sobre las cuales no sabe nada. Muchas señoras ancianas se vuelven así… creen que todos tratan de envenenarlas… sus parientes, los criados y hasta su propio médico. La señora Graves tuvo tres médicos antes de que llamara al doctor Roberts y luego, cuando tomó las mismas

manías acerca de él, mi jefe le indicó espontáneamente que buscara al doctor Lee. Según dijo, es la única cosa que se puede hacer en estos casos. Y después del doctor Lee, llamó al doctor Steele, y después al doctor Farmes… hasta que murió, la pobre.

—Quedaría usted atónita si supiera de qué forma las cosas insignificantes dan pie a un rumor —dijo Battle—. Siempre que un médico sale beneficiado por la muerte de un paciente, alguien tiene que esparcir alguna calumnia. Y sin embargo, ¿por qué no puede un paciente agradecido dejar un recuerdo pequeño o grande, al que lo atendió en su enfermedad?

—Son los parientes —comentó la señorita Burguess—. Siempre he creído que no hay nada mejor que la muerte para sacar a relucir toda la bajeza de la naturaleza humana. Antes de que se enfríe el cadáver ya disputan sobre quién se llevará lo mejor. Afortunadamente, el doctor Roberts no se ha visto mezclado en ningún caso de ésos. Dice siempre que tiene la esperanza de que sus pacientes no le dejen nada. Creo que una vez heredó cincuenta libras, con las que se compró dos bastones y un reloj de oro. Pero aparte de ello, nada más.

—Es difícil la vida de un facultativo —suspiró Battle—. Está expuesto siempre al chantaje. Los hechos más inocentes dan lugar muchas veces a suposiciones escandalosas. Un médico debe evitar hasta la sensación de maldad, lo cual quiere decir que debe vigilar con sus cinco sentidos todo lo que hace.

—Tiene usted mucha razón —convino la señorita Burguess—. Una de las preocupaciones de los médicos son las mujeres histéricas.

—Mujeres histéricas. Eso es. Para mí, a eso se reduce todo.

—¿Supongo que se referirá a lo ocurrido a la señora Craddock?

Battle hizo como si recapacitara.

—Déjeme que recuerde. ¿Fue hace unos tres años? No; más.

—Cuatro o cinco, me parece. ¡Era una mujer chiflada por completo! Me alegré cuando se fue al extranjero y creo que el doctor Roberts también. Le contó a su marido una sarta de mentiras… siempre hacen lo mismo. El pobre hombre pareció que ya no era el mismo… enfermó. Como usted sabe, murió de un ántrax producido por una brocha de afeitar infectada.

—Me había olvidado de ese detalle —mintió tranquilamente

Battle.

—Luego ella se marchó al extranjero y murió poco después. Siempre la tuve por un mujer un tanto impúdica… se volvía loca por los hombres.

—Sí; conozco ese tipo —dijo el superintendente—. Son peligrosas. Un médico debe alejarse de ellas todo lo posible. ¿Dónde murió…? Creo que lo recuerdo…

—En Egipto. Contrajo una enfermedad de la sangre… una infección indígena.

—Otra cosa que puede ser un inconveniente para un médico —dijo Battle variando de tema—, es cuando sospecha que uno de sus pacientes está siendo envenenado por uno de sus parientes. ¿Qué hacer? Tiene que asegurarse de ello… o, en otro caso, cerrar la boca. Y si hace esto último, luego se sentirá embarazado si se habla de juego sucio. Me preguntaba si algún caso de esta índole se le había presentado al doctor Roberts.

—No creo que haya tenido ninguno —contestó la secretaria, como si estuviera recordando algo—. Nunca oí hablar de nada parecido.

—Desde un punto de vista estadístico, sería interesante saber cuántas defunciones ocurren anualmente entre la clientela de un médico. Por ejemplo, usted ha trabajado con el doctor Roberts durante algunos años…

—Siete.

—Siete. Bien. ¿Cuántas muertes imprevistas han ocurrido en ese período de tiempo?

—Es difícil de decir.

La señorita Burguess pareció abstraerse haciendo cálculos. Había desaparecido su hostilidad y no se veía que tuviera sospecha alguna.

—Siete, ocho… desde luego, no puedo recordar exactamente… diría que no han ocurrido más de treinta en ese tiempo.

—Entonces supongo que el doctor Roberts es mucho mejor que otros médicos —dijo Battle jovialmente—. Supongo también que la mayoría de sus pacientes pertenecerán a la alta sociedad. Tienen suficiente medios para cuidarse bien.

—Es un médico muy popular. Casi nunca se equivoca en sus diagnósticos.

Battle suspiró y se levantó.

—Temo que me he desviado de mi deber, el cual me obliga a encontrar una conexión entre el doctor y el señor Shaitana. ¿Está usted segura de que no era uno de los pacientes de su jefe?

—Completamente segura.

—¿Tal vez bajo otro nombre? —Battle le entregó una fotografía —. ¿Lo reconoce?

—¡Qué aspecto tan teatral! No; nunca lo vi por aquí.

—Bueno; eso es todo —volvió a suspirar Battle—. Le estoy muy agradecido al doctor por todas sus amabilidades. ¿Se lo dirá? Dígale también que ahora me voy a ocupar del número dos. Adiós, señorita Burguess, y muchas gracias por su ayuda.

Le estrechó la mano y se marchó. Mientras caminaba por la calle sacó del bolsillo una agenda e hizo dos anotaciones en la letra R.

> ¿La señora Graves? No parece probable.
> ¿La señora Craddock? No ha heredado.
> Es soltero. (Lástima.)
> Investigar la muerte de sus pacientes. (Difícil.)

Cerró el librito y entró en la sucursal urbana de Lancester Gate, del London & Wessex Bank.

La presentación de su tarjeta oficial le permitió celebrar inmediatamente una entrevista privada con el director.

—Buenos días, señor. Tengo entendido que un tal doctor Geoffrey Roberts es cliente suyo.

—Eso es, superintendente.

—Necesito ciertos datos de la cuenta de ese caballero, que abarquen un período de varios años.

—Veré lo que se puede hacer.

Siguió una complicada media hora, al final de la cual, Battle, dando un suspiro, se guardó una hoja de papel cubierta de números hechos a lápiz.

—¿Encontró lo que quería? —preguntó el director del Banco con curiosidad.

—No, no lo he encontrado. Ni un indicio. Pero de todas formas le quedo muy reconocido.

* * *

En aquel mismo momento, el doctor Roberts, que estaba lavándose las manos en su sala de consultas, preguntaba a la señorita Burguess:

—¿Qué ha pasado con nuestro estólido sabueso? ¿Lo ha mirado todo y la ha vuelto a usted del revés?

—Le aseguro que de mí no consiguió nada —contestó la muchacha apretando los labios.

—No tenía necesidad de ser una ostra. Le dije que le contara cuanto quisiera saber. Y a propósito, ¿de qué quería enterarse?

—Estuvo insistiendo sobre la cuestión de si conocía usted a Shaitana. Sugirió que pudo haber venido aquí como un paciente, bajo distinto nombre. Me mostró su fotografía. ¡Qué hombre tan teatral!

—¿Shaitana? Sí, desde luego. Le gustaba mucho parecer un Mefistófeles moderno. Y hasta creyó que lo era en realidad. ¿Y qué más le preguntó Battle?

—Pocas cosas más, en realidad. Excepto… sí, alguien le ha estado contando algunas tonterías sobre la señora Graves… ya sabe usted lo que ocurrió con ella.

—¿Graves? ¿Graves? ¡Oh, sí, la anciana señora Graves! ¡Es divertido! —el médico rió con evidente satisfacción—. Sí, es divertidísimo.

Y con un excelente humor entró en el comedor.

Capítulo X

EL DOCTOR ROBERTS
(Continuación)

El superintendente Battle estaba almorzando con *monsieur* Hércules Poirot.

El primero parecía alicaído y el detective daba la impresión de simpatizar con la depresión de que daba muestras su amigo.

—De modo que la mañana no ha sido totalmente fructífera —dijo Poirot con aspecto pensativo.

Battle sacudió la cabeza.

—Va a ser un trabajo arduo, *monsieur* Poirot.

—¿Qué opinión ha formado de él?

—¿Del doctor? Pues, francamente, creo que Shaitana tenía razón. Es un asesino. Me recuerda a Westaway y al abogado de Norfolk. Las mismas maneras cordiales y confianzudas. La misma popularidad. Ambos fueron unos diablos muy listos… igual que Roberts. Pero de todas formas, ello no quiere decir que matara a Shaitana… ni creo que lo hiciera. Conocía muy bien, mucho mejor que un profano, el riesgo de que Shaitana gritara. No, no creo que Roberts lo matara.

—¿Pero cree que ha matado a alguien?

—Posiblemente a gran cantidad de personas. Westaway lo hizo. Pero va a ser difícil demostrarlo. He estado revisando su cuenta corriente y no hay nada sospechoso; ningún ingreso de importancia. De cualquier forma, en los últimos siete años no ha recibido ningún legado de sus pacientes. Eso elimina la posibilidad de un asesinato por lucro. Es soltero, lo cual es una lástima, porque resulta

sencillísimo para un médico asesinar a su propia esposa. Está en buena posición económica, pero al fin y al cabo, tiene una clientela muy buena entre gente acomodada.

—En resumen, que al parecer lleva una vida impecable… y tal vez sea así.

—Puede ser. Pero prefiero creer lo peor.

Luego prosiguió:

—Existe cierto indicio relacionado con un escándalo en el que se vio envuelta una mujer; una de sus pacientes, llamada Craddock. Creo que valdrá la pena investigar ese asunto. Haré que se ocupen de ello en seguida. La mujer murió en Egipto a consecuencia de una enfermedad indígena, por lo que no creo que haya nada en esto… pero puede darnos algo de aprovechable luz acerca de su carácter y moralidad.

—¿Hubo un marido de por medio?

—Sí. Murió de un ántrax.

—¿Ántrax?

—Sí. Por entonces salieron al mercado gran cantidad de brochas de afeitar barbas y algunas de ellas estaban infectadas. Se organizó un regular revuelo sobre el caso.

—Muy oportuno —sugirió Poirot.

—Eso creo yo. Si el marido amenazaba con armar escándalo… Pero todo es pura conjetura. No tenemos ningún punto en que apoyamos.

—Ánimo, amigo mío. Ya conozco su paciencia. Al final tendrá usted tantos en que apoyarse, que parecerá un ciempiés.

—Y me caeré en la zanja, de tanto pensar en ellos —replicó Battle haciendo una mueca.

Después preguntó con curiosidad:

—¿Y qué me dice de usted, *monsieur* Poirot? ¿Nos va a echar una mano?

—Puedo visitar también al doctor Roberts.

—Dos de nosotros en el mismo día. ¿No cree que eso despertará sus sospechas?

—No se preocupe; seré muy discreto. No investigaré su vida pasada.

—Me gustaría saber qué tema va a tratar —dijo Battle—. Pero si hubiera algún inconveniente no me lo diga si no lo desea.

—*Du tout… du tout*. Con mucho gusto. Hablaré un poco sobre *bridge*; eso es todo.

—Otra vez el *bridge*. Sigue usted aferrado a ese tema, ¿verdad, *monsieur* Poirot?

—Opino que es muy provechoso.

—Bueno; de gustos no hay nada escrito. Particularmente, no acostumbro a efectuar estos contactos tan sutiles. No cuadran a mi estilo.

—¿Cuál es su estilo, superintendente?

Battle respondió con un parpadeo de sus ojos al que vio en los de Poirot.

—Un policía íntegro, honrado, celoso, cumpliendo con su deber lo más diligentemente posible… ése es mi estilo. Nada de fruslerías ni de caprichos. Sólo sudor honrado. Estólido y un poco estúpido… ése es mi lema.

Poirot levantó su vaso.

—Por nuestros métodos respectivos… y que el éxito corone nuestros esfuerzos.

—Espero que el coronel Race nos proporcionará algo que valga la pena sobre Despard —dijo Battle—. Tiene a su disposición buenas fuentes de información.

—¿Y la señora Oliver?

—Es una especie de cara o cruz. Me gusta en cierto modo esa mujer. Dice muchas tonterías, pero es una deportista. Una mujer puede enterarse de cosas acerca de otras mujeres, que los hombres no podrían conseguir. Puede facilitarnos algo provechoso.

Se separaron. Battle volvió a Scotland Yard con objeto de dar unas cuantas órdenes relativas a ciertos puntos del asunto que convenía investigar.

Poirot se dirigió al 200 de Gloucester Terrace.

El doctor Roberts levantó cómicamente las cejas cuando vio al visitante.

—Dos sabuesos en un solo día —comentó—. Supongo que esta noche me encontraré con unas esposas en las muñecas.

Poirot sonrió.

—Le puedo asegurar, doctor Roberts, que mis intenciones están repartidas equitativamente entre ustedes cuatro.

—Eso es algo que debo agradecer. ¿Fuma?

—Si lo permite, prefiero fumar mis cigarrillos.

Poirot encendió uno de sus delgados pitillos rusos.

—Bien, ¿en qué puedo servirle? —preguntó Roberts.

El detective fumó en silencio durante un momento y luego preguntó:

—¿Es usted un buen observador de la naturaleza humana, doctor?

—No lo sé. Supongo que debo serlo. Un médico está obligado a ello.

—Eso era precisamente lo que yo pensaba. Me dije: «Un médico tiene que estar vigilando constantemente a sus pacientes; sus rasgos, su color, la rapidez con que respiran, cualquier signo de desasosiego… un médico se da cuenta de estas cosas automáticamente, casi sin quererlo. El doctor Roberts es el hombre que puede ayudarme.»

—No deseo otra cosa. ¿En qué puedo serle útil?

Poirot sacó de una pequeña cartera tres hojas de carnet de bridge cuidadosamente dobladas.

—Corresponden a los tres primeros *rubbers* que se jugaron la otra noche —explicó—. Éste es del primero de ellos… los números son de la señorita Meredith. Con esto a la vista, para refrescar la memoria, ¿puede usted decirme exactamente cómo se subastó y de qué forma se jugaron los diferentes *games*?

Roberts le miró con estupefacción.

—Se está usted burlando, *monsieur* Poirot. ¿Cómo puedo acordarme de ello?

—¿No puede? Le agradecería mucho que hiciera un esfuerzo. Considere este primer *rubber*. El primer *game* pudo venir a parar en una subasta a corazones o picas, o de otro modo, uno u otro bando tuvo que perder Una baza.

—Déjeme ver… ésa fue la primera mano. Sí; creo que salieron las picas.

—¿Y la siguiente?

—Supongo que alguno de nosotros perdería una baza… pero no recuerdo quién ni cómo fue. En realidad, *monsieur* Poirot, no esperará que recuerde una cosa así.

—¿No puede acordarse de alguna de las subastas o de las manos?

—Hice un gran *slam*… recuerdo perfectamente. Además, lo habían doblado. También recuerdo que fallé ignominiosamente… jugando a tres «sin triunfo». Creo que… no hice casi ninguna baza. Pero eso sucedió después.

—¿Recuerda con quién estaba jugando?

—Con la señora Lorrimer. Pareció enfadarse un poco. Supongo que no le gustó mi manera de forzar el juego.

—¿Y no recuerda ninguna otra subasta o mano?

Roberts rió.

—Mi apreciado *monsieur* Poirot, ¿esperaba usted que me acordara? En primer lugar, ocurrió un crimen lo suficiente para hacer olvidar la más espectacular de las manos; y por añadidura, he jugado, por lo menos, una docena de *rubbers* desde entonces.

Poirot pareció algo desilusionado.

—Lo siento —dijo Roberts.

—No importa —comentó el detective—. Esperaba que se acordara al menos de una o dos manos, porque pensé que pudiera ser útil para recordar otras cosas.

—¿Qué otras cosas?

—Pudo darse cuenta, por ejemplo, de que su compañero se hacía un lío jugando un simple «sin triunfo»; o que un contrario le regalaba un par de inesperadas bazas, al dejar de jugar una carta sobre la que no había duda.

El doctor Roberts se puso repentinamente serio. Se inclinó hacia delante.

—¡Ah! —dijo—. Ya veo lo que se propone. Perdóneme. Al principio creía que decía tonterías. ¿Quiere usted dar a entender que el asesinato, la ejecución afortunada del crimen… pudo hacer cambiar de modo notable el juego del culpable?

Poirot asintió.

—Ha calibrado usted perfectamente la idea. Hubiera sido una pista de primera calidad el que ustedes cuatro hubieran conocido a fondo la manera de jugar de los demás. Una variación; una repentina falta de atención, una oportunidad perdida… hubieran sido rápidamente advertidas. Por desgracia, no se conocían unos a otros, y cualquier cambio en el juego no podía ser tan notado. Pero piense, *monsieur le docteur*, le ruego que recapacite. ¿Recuerda alguna desigualdad; algunas repentinas y notorias equivocaciones

en el juego de cualquiera de sus compañeros?

Hubo un silencio que duró un minuto o dos y, al fin, el doctor Roberts sacudió la cabeza.

—No puede ser. No puedo ayudarle —dijo con franqueza—. No me acuerdo. Todo lo que le puedo decir, ya se lo dije antes. La señora Lorrimer es una jugadora extraordinaria… y, según creo, no cometió ningún desliz. Jugó estupendamente de principio al final. El juego de Despard fue también uniformemente bueno. Es un jugador un tanto convencional… es decir, sus subastas son estrictamente convencionales. Nunca se sale de la regla ni corre ningún albur. La señorita Meredith… —Se detuvo indeciso.

—¿Sí? ¿La señorita Meredith? —afirmó Poirot.

—Se equivocó… una o dos veces, según recuerdo… hacia el final de la velada, pero pudo ser simplemente porque estaba cansada, ya que no es una jugadora experimentada. Le temblaba la mano…

Se detuvo.

—¿Cuándo fue eso?

—¿Cuándo fue…? No recuerdo… creo que estaba nerviosa. *Monsieur* Poirot, me está usted haciendo suponer cosas.

—Excúseme. Éste es otro punto sobre el cual necesito su ayuda.

—¿Sí?

Poirot habló lentamente.

—Es difícil. Como usted comprenderá, yo no deseo hacerle una pregunta directa. Si le dijera: «¿Se dio cuenta de esto o de aquello…?», bueno; le pondría la idea en la cabeza y su respuesta no tendría tanto valor. Déjeme que trate de llegar a la cuestión por otro camino. ¿Tendría la amabilidad, doctor Roberts, de describirme el aspecto de la habitación donde estuvieron jugando?

Roberts, al oír la petición de Poirot, pareció quedar completamente estupefacto.

—¿El aspecto de la habitación?

—Si me hace el favor.

—Pero, mi querido amigo; si no sé por dónde empezar…

—Empiece por donde le plazca.

—Bien: pues había muchos muebles.

—*Non, non, non*; sea más preciso, se lo ruego.

El doctor Roberts suspiró.

Empezó a hablar alegremente, imitando el tono de un subastador.

—Un gran canapé tapizado de brocado color marfil… otro en verde… cuatro o cinco sillones. Ocho o nueve alfombras de Persia… un juego de doce sillas doradas, estilo Imperio. Un buró… (parezco un subastador)… Una vitrina china muy bonita. Un gran piano. Había otros muebles, pero temo que no me fijé en ellos. Seis buenos grabados japoneses. Dos cuadros chinos sobre espejos. Seis o siete magníficas cajas de rapé. Algunas figuritas de marfil japonesas, sobre una mesa. Objetos de plata antigua… copas Carlos I, según creo. Uno o dos esmaltes de Batersea…

—¡Bravo, bravo! —aplaudió durante unos segundos Poirot.

—Un par de antiguos pájaros ingleses, de porcelana… y, si mal no recuerdo, una figura de Ralph Wood. También había algunas cosillas orientales… intrincados trabajos de plata. Unas cuantas joyas, si bien yo no conozco gran cosa sobre ello. También recuerdo unos pájaros de Chelsea. Y algunas miniaturas en una caja… preciosas. Esto no es, ni mucho menos, todo lo que había allí, pero, de momento, no recuerdo nada más.

—¡Es magnífico! —exclamó Poirot, tasando debidamente aquel alarde—. Es usted, doctor, un verdadero observador.

El médico preguntó con curiosidad:

—¿He mencionado el objeto que tenía usted en el pensamiento?

—Ahí está precisamente lo interesante del caso —continuó Poirot—. Si hubiera nombrado ese objeto me hubiera sorprendido muchísimo. Pero tal como me lo figuraba no se refirió a él.

—¿Por qué?

Poirot parpadeó.

—Tal vez porque no estuviera allí.

Roberts lo miró fijamente.

—Eso parece recordarme algo.

—Le recuerda a Sherlock Holmes, ¿verdad? El curioso incidente del perro. El perro no ladró durante la noche. ¡Eso es lo curioso del caso! Bueno; no quiero utilizar los trucos de los demás.

—Sepa usted, *monsieur* Poirot, que estoy completamente a oscuras respecto a lo que se propone.

—Me parece muy bien. Si he de decirle la verdad, así es como consigo mis golpes de efecto.

Después, como viera que Roberts parecía seguir confundido, dijo sonriendo mientras, con gran parsimonia, se levantaba:

—Por lo menos, comprenderá usted esto: Lo que ha contado me será de mucha utilidad en mi próxima entrevista.

El médico se levantó a su vez.

—No tengo ni idea de cómo, pero me fío de su palabra.

Se estrecharon la mano.

Poirot bajó los peldaños de la casa del doctor y detuvo un taxi libre que pasaba.

—Al ciento once de Cheyne Lane, en Chelsea —ordenó al conductor.

Capítulo XI

LA SEÑORA LORRIMER

El 111 de Cheyne Lane correspondía a una casita de aspecto limpio y acicalado, situada en una calle apacible. La puerta estaba pintada de negro; los peldaños que conducían a ella desde la acera estaban especialmente blanqueados y el bronce del llamador y del pomo relumbraban al sol de la tarde.

Una criada de bastante edad, vestida con impecables cofia y delantal, abrió la puerta.

Respondiendo a la pregunta de Poirot, dijo que la señora estaba en casa.

Le precedió por la estrecha escalera.

—¿A quién anuncio, señor?

—A *monsieur* Hércules Poirot.

Fue introducido en un salón que tenía la acostumbrada forma de L. El detective miró a su alrededor, tomando nota de los detalles. Buenos muebles; bien pulimentados, de viejo estilo. Lustrosos tapizados en los canapés y sillones. Unos cuantos marcos de plata para fotografías, también de estilo antiguo. Además, una agradable cantidad de espacio y luz y algunos hermosos crisantemos arreglados en un jarrón de cuello alto.

La señora Lorrimer avanzó hacia él.

Le estrechó la mano sin demostrar ninguna sorpresa por su visita; le indicó una silla, tomó asiento en otra e hizo una observación sobre el buen tiempo de que disfrutaban.

Luego hubo un momento de silencio.

—Espero, *madame* —dijo Hércules Poirot—, que me perdonará por esta visita.

Mirándole fijamente, la señora Lorrimer preguntó:

—¿Es una visita profesional?

—¿Debo confesarlo?

—Supongo, *monsieur* Poirot, que se habrá dado cuenta de que, no obstante estar dispuesta a facilitar al superintendente Battle y a la policía cualquier informe y ayuda que puedan necesitar, no tengo ni la más mínima intención de hacer lo mismo con un investigador privado.

—Estoy seguro de ello, *madame*. Si me indica usted la puerta, saldré por ella sin rechistar.

La señora Lorrimer sonrió ligeramente.

—Todavía no estoy dispuesta a llegar a esos extremos, *monsieur* Poirot. Le puedo conceder diez minutos, pues pasado ese tiempo tengo que salir para acudir a una partida de *bridge*..

—Con diez minutos tengo de sobra para mis propósitos. Necesito que me describa, *madame*, la habitación donde jugaron al *bridge* la otra noche, el aposento en el que fue asesinado el señor Shaitana.

La mujer levantó las cejas.

—¡Vaya una pregunta! No comprendo su objeto.

—*Madame*, si cuando está usted jugando, alguien le pregunta por qué ha jugado el as, o por qué jugó el *valet*, al que gana la reina, en lugar del rey, con el que hubiera hecho la baza… si la gente le preguntara estas cosas, las respuestas serían largas y aburridas, ¿no le parece?

La señora Lorrimer volvió a sonreír.

—Quiere decir con esto que en este juego usted es el experto y yo soy la novata. Muy bien —reflexionó un momento—. Era una habitación grande y en ella había gran cantidad de cosas.

—¿Puede describirme algunas de ellas?

—Unos cuantos floreros de cristal… modernos… bastante bonitos. Y también unos cuadros chinos o japoneses. Un pomo de tulipanes encarnados… muy primerizos para la estación en que estamos.

—¿Alguna cosa más?

—Temo que no me fijé detalladamente en nada.

—Los muebles… ¿recuerda el color de la tapicería?

—Era de tela sedosa, según creo. Es todo lo que puedo decir.

—¿Reparó usted en algunos de los objetos pequeños?

—Me parece que no. Había muchos. Recuerdo que me dio la impresión de ser el salón de un coleccionista.

Callaron durante un momento y la señora Lorrimer observó al fin, sonriendo:

—Creo que no le he proporcionado mucha ayuda.

—Hay otras cosas más —el detective sacó las hojas de carnet de *bridge*—. Corresponden a los tres primeros *rubbers*. Quisiera saber si, a la vista de estos tanteos, podría usted ayudarme a reconstruir la forma en que se jugaron las «manos».

—Déjeme ver. —La señora Lorrimer parecía interesada en aquello. Se inclinó sobre las hojas.

—Éste fue el primer *rubber*. La señorita Meredith y yo jugamos contra los dos caballeros. El primer *game* se hizo con una subasta de cuatro picas. Ganamos e hicimos una baza más. La mano siguiente se jugó con una subasta de dos diamantes y el doctor Roberts falló una baza. Recuerdo que se pujó mucho en la tercera mano. La señorita Meredith pasó. El mayor Despard cantó un corazón. Yo pasé. El doctor Roberts pujó hasta tres tréboles. La señorita Meredith subastó tres picas y el mayor Despard cuatro diamantes. Yo doblé. El doctor Roberts se quedó por fin con la subasta de cuatro corazones y falló una baza.

—*Epatant!* —exclamó Poirot—. ¡Qué memoria!

La señora Lorrimer prosiguió, sin hacer caso de la interrupción:

—En la siguiente mano el mayor Despard pasó y yo subasté un «sin triunfo». El doctor Roberts pujó a tres corazones. Mi compañera no dijo nada y Despard elevó la subasta a cuatro corazones. Yo doblé y ellos hicieron dos bazas de menos. Después fui yo mano y ganamos el *rubber* con una subasta de cuatro picas.

Cogió la hoja siguiente.

—Ésta es más difícil —advirtió Poirot—. El señor Despard acostumbra tachar los tantos a medida que se juega.

—Me parece que ambos bandos fallamos una baza al empezar… después, el doctor Roberts subastó cinco diamantes; nosotros doblamos e hizo tres bazas de menos. Luego ganamos una subasta de tres tréboles, pero inmediatamente después los otros ganaron el *game* cantando picas. Hicimos nuestro primer *game* ganando una subasta de cinco tréboles. Luego perdimos un par de bazas. Los otros jugaron un corazón y nosotros dos «sin triunfo». Ganamos

finalmente el *rubber* con una declaración de cuatro tréboles.

La mujer tomó otra hoja.

—Recuerdo que este *rubber* fue muy reñido. Empezó suavemente. El mayor Despard y la señorita Meredith ganaron una subasta de un corazón. Luego perdimos un par de bazas al tratar de hacer dos subastas, una de cuatro corazones y otra de cuatro picas. Los otros ganaron el *game* cantando picas… no pudimos hacer nada para evitarlo. Después de esto fallamos varias bazas durante tres manos consecutivas, pero sin que nos doblaran. Ganamos nuestro primer *game* con una declaración de «sin triunfo». Entonces empezó una verdadera batalla. Cada bando falló bazas a su vez. El doctor Roberts forzaba el juego, pero aunque falló de mala manera un par de veces, al fin salió ganando, porque en más de una ocasión la señorita Meredith se asustó de pujar su mano. Luego, Roberts subastó un original dos picas. Yo declaré tres diamantes y él subió a cuatro «sin triunfo». Hice una declaración de cinco picas y, de pronto, Roberts saltó a siete diamantes. Nos doblaron, desde luego. Mi compañero no tenía fundamento para hacer tal declaración. Puede decirse que ganaron por un milagro. Nunca creí que lo lográramos cuando extendió sus cartas. Si los otros llegan a salir de corazones, hubiéramos fallado tres bazas. Pero salieron del rey de trébol. Fue muy interesante.

—*Je crois bien*…; un gran *slam* vulnerable, doblado. ¡Es emocionante! Pero yo, lo reconozco, no tengo la suficiente presencia de ánimo para llegar al *slam*. Me contento con mi juego.

—Pues no debe hacerlo —dijo enérgicamente la señora Lorrimer —. Debe jugar sus cartas adecuadamente.

—¿Corriendo riesgos?

—No existe ningún riesgo si se ha subastado bien. Y ello puede hacerse con seguridad matemática. Por desgracia, muy poca gente subasta como es debido. Lo hacen bien al principio, pero luego pierden la cabeza. No saben distinguir entre un juego con cartas para ganar y uno sin cartas para perder… pero yo no soy quién para darle lecciones de *bridge*, o sobre cálculo de pérdidas, *monsieur* Poirot.

—Estoy seguro de que ello me aprovechará para mejorar mi juego, *madame*.

La señora Lorrimer prosiguió su estudio de la hoja de carnet.

—Después de esa mano tan interesante, las demás fueron algo sosas. ¿Tiene ahí el tanteo de la cuarta partida? ¡Ah, sí! Una lucha sonada… ninguno de los dos bandos se achicó.

—A menudo ocurre eso hacia el final de la velada.

—Sí; se empieza suavemente y luego las cartas se crecen.

Poirot recogió las hojas e hizo una ligera reverencia.

—La felicito, *madame*. Su memoria para las cartas es magnífica… ¡verdaderamente magnífica! Puede decirse que se acuerda perfectamente de cada una de las cartas que se jugaron.

—Creo que sí.

—La memoria es un don maravilloso. Con ella, el pasado no existe. Me figuro, *madame*, que para usted las cosas pretéritas tienen la claridad de un hecho ocurrido ayer mismo. ¿No es eso?

Ella le dirigió una rápida mirada. Sus ojos eran grandes y oscuros.

Aquella expresión duró sólo un momento. Luego volvió a tomar el aspecto de dama de gran mundo. Pero Hércules Poirot no dudó. El disparo había dado en el blanco.

La señora Lorrimer se levantó.

—Debo marcharme en seguida. Lo siento mucho, pero no puedo retrasarme.

—Desde luego… desde luego. Le ruego que me disculpe por haberla entretenido.

—Siento mucho también no haber sido capaz de ayudarle en mayor medida.

—De todas formas, me ha ayudado —dijo Hércules Poirot.

—No sé de qué manera —replicó ella con decisión.

—Pues sí. Me ha dicho usted algo que deseaba saber.

La mujer no preguntó a qué se refería.

Poirot tendió la mano.

—Muchas gracias, *madame*, por su amabilidad.

La señora Lorrimer observó al estrecharle la mano:

—Es usted un hombre extraordinario, *monsieur* Poirot.

—Soy como Dios me ha hecho, *madame*.

—Todos lo somos, supongo.

—No todos, *madame*. Alguno de nosotros trata de corregir su modelo. El señor Shaitana, por ejemplo.

—¿A qué aspecto se refiere usted?

—Tenía un gusto muy depurado en *objets de virtu* y antigüedades… Debía haberse conformado con esto. Pero en lugar de ellos, coleccionaba otras cosas.

—¿De qué clase?

—Bueno… digamos…, sensacionales.

—¿Y no cree que estaba *dans son caractère*?

Poirot sacudió la cabeza gravemente.

—Desempeñó el papel de diablo demasiado bien. Pero no era el propio diablo. *Au fond* era un estúpido. Y por esa razón… murió.

—¿Porque era estúpido?

—Es un pecado que no se perdona nunca y se castiga siempre, *madame*.

Callaron.

—Me marcho —dijo por fin Poirot—. Mil gracias por su bondad, *madame*. No volveré por aquí, a menos que usted me llame.

La mujer levantó las cejas.

—Por Dios, *monsieur* Poirot; ¿por qué tengo que llamarle?

—Puede ser. Es sólo una idea que se me ha ocurrido. Si lo hace, vendré. Recuérdelo.

Hizo una reverencia y salió de la habitación.

Cuando se encontró en la calle murmuró para su capote:

—Estoy en lo cierto, estoy seguro de ello… ¡Tiene que ser eso!

Capítulo XII

ANNE MEREDITH

La señora Oliver salió con alguna dificultad de detrás del volante de su automóvil de dos plazas. Es cosa sabida que los modernos constructores de automóviles suponen que sólo las rodillas de una sílfide podrán entrar bajo el volante. Además, está de moda el hacer los asientos de la menor estatura posible. Si se tiene esto en cuenta, es natural que una mujer madura de generosas proporciones, necesita hacer un esfuerzo sobrehumano para salir de un coche moderno. Por otra parte, el segundo asiento del coche de la señora Oliver estaba completamente ocupado por varios mapas, un bolso, tres novelas y un gran envoltorio que contenía manzanas. La novelista sentía una predilección extrema por esa fruta y era cosa notoria que se comió por lo menos cinco libras de un tirón, mientras planeaba la complicada trama de *Un muerto en el sumidero*… y que volvió en sí de sus elucubraciones, con un respingo y un incipiente dolor de estómago, una hora y diez minutos después de haber empezado una comida que se daba en su honor y a la que tenía que haber asistido.

Haciendo una contorsión final y después de dar un violento empujón con la rodilla a una puerta recalcitrante, la señora Oliver aterrizó, un tanto súbitamente, en la acera, frente a la cancela de Wendon Cottage, esparciendo a su alrededor gran cantidad de residuos de manzana.

Dio un profundo suspiro, se empujó el sombrero hasta colocarlo en una posición bastante estrambótica y miró con aprobación el traje de *tweed* que llevaba, pues se acordó a tiempo de que debía ponérselo para ir al campo. Pero frunció un poco el ceño al ver que

sin darse cuenta no se había cambiado los zapatos de charol y tacón alto que usaba en Londres. Abrió la cancela y recorrió el enlosado camino que conducía a la puerta principal. Apretó el botón del timbre y luego ejecutó un alegre repiqueteo con el llamador… un objeto caprichoso que representaba la cabeza de un sapo.

Como nada sucediera, repitió la ejecución.

Al cabo de un intervalo que duró minuto y medio, la señora Oliver tomó una decisión y empezó a dar la vuelta a la casa, con paso rápido, en viaje de exploración.

Detrás del edificio había un pequeño jardín, arreglado al viejo estilo, con margaritas y crisantemos esparcidos por los diversos arriates. Más allá se veía un prado y después un río. El sol calentaba bastante, a pesar de que corría el mes de octubre.

Dos muchachas cruzaban en aquel momento el prado en dirección a la casa. Cuando entraron en el jardín, la que iba delante se detuvo.

La señora Oliver dio unos pasos hacia ella.

—¿Cómo está usted, señorita Meredith? Se acuerda de mí, ¿verdad?

—¡Oh… desde luego! —Anne Meredith extendió rápidamente la mano. Sus ojos abiertos tenían un aspecto sobresaltado. Luego pareció sobreponerse de la primera impresión.

—Ésta es una amiga que vive conmigo… la señorita Dawes. Rhoda, te presento a la señora Oliver.

La otra muchacha era alta, morena y de aspecto vigoroso. Preguntó con interés:

—¿Es usted la señora Oliver? ¿Ariadne Oliver?

—La misma —dijo la mujer, y luego añadió, dirigiéndose a la señorita Meredith—. Sentémonos en algún sitio, pues tengo muchas cosas que contarle.

—Desde luego. Tomaremos el té…

—El té puede esperar —interrumpió la novelista.

Anne se dirigió hacia un grupito de sillas de mimbre, algo estropeadas. La visitante escogió la que parecía más sólida, pues había tenido ya varias desagradables experiencias con aquellos débiles muebles veraniegos.

—Bueno, querida —dijo con viveza—. No nos andemos por las ramas acerca del asesinato que ocurrió la otra noche. Debemos

ocuparnos de ello y hacer algo.

—¿Hacer algo? —preguntó Anne.

—Naturalmente —dijo la mujer—. No sé lo que pensará usted, pero yo no tengo ninguna duda acerca de quién lo hizo. Ese médico. ¿Cómo se llama? Roberts; esto es, Roberts. Un apellido galés. ¡Nunca me fié de los galeses! Tuve una niñera galesa que un día me llevó a Harrogate y volvió a casa sin acordarse de mí. Son muy inconscientes. Pero dejemos estar a mi niñera. Roberts lo hizo… ésa es la cuestión. Y quiero que aunemos nuestros esfuerzos para probarlo.

Rhoda Dawes… rió repentinamente… y luego enrojeció.

—Perdóneme. Pero es usted… es usted tan diferente a como me la había imaginado…

—Supongo que se habrá llevado una desilusión —dijo la señora Oliver serenamente—. Estoy acostumbrada. No se preocupe. ¡Lo que debemos hacer es probar que Roberts es el asesino!

—¿Y cómo podremos probarlo? —dijo Anne.

—¡Oh! No seas tan derrotista, Anne —exclamó Rhoda Dawes—. Yo creo que la señora Oliver es la persona apropiada. Sabe mucho de estas cosas y actuará tal como lo haría Sven Hjerson.

Ruborizándose un poco al oír el nombre de su famoso detective finlandés, la señora Oliver dijo:

—Tenemos que hacerlo, y le diré por qué, muchacha. ¿Querrá que la gente murmuradora crea que lo hizo usted?

—¿Y por qué tienen que creerlo? —preguntó Anne mientras se le coloreaban las mejillas.

—Ya sabe cómo es la gente —contestó la novelista—. Los tres inocentes serán tan sospechosos como el que lo hizo.

La señorita Meredith comentó lentamente:

—Todavía no comprendo por qué acude usted a mí, señora Oliver.

—Porque, en mi opinión, los otros dos no importan. La señora Lorrimer es una de esas mujeres que se pasan el día jugando al *bridge* en su club. Las mujeres de tal clase deben estar forradas de planchas blindadas… ¡pueden cuidar perfectamente de sí mismas! Además, ya es vieja. No importa que alguien piense que ella lo hizo. Pero una muchacha es diferente. Tiene por delante toda una vida.

—¿Y el mayor Despard? —inquirió Anne.

—¡Bah! —respondió la señora Oliver—. ¡Es un hombre! Nunca me preocupo por ellos. Los hombres saben cuidarse y lo hacen verdaderamente bien. Además, el mayor Despard disfruta de una vida bastante peligrosa. Se está divirtiendo en casa, en lugar de hacerlo en el Irawady… ¿o acaso en el Limpopo? Ya sabe a qué me refiero… a ese río africano de color amarillo que les gusta tanto a los hombres. No; no me preocupo por esos dos.

—Es usted muy amable —dijo Anne.

—Ha sido una cosa muy brutal —observó Rhoda—. Anne está desconcertada, señora Oliver. Es terriblemente sensitiva. Y creo que tiene usted razón. Será mucho mejor hacer algo, que no estar sentadas recordando lo que pasó.

—Desde luego —dijo la señora Oliver— Si he de decirles la verdad, nunca me había encontrado hasta ahora con un asesinato real. Y he de añadir que una cosa así no cuadra mucho con mis métodos. Estoy acostumbrada a cargar los dados… ya sabe a qué me refiero. Pero no estoy dispuesta a dejar el caso y permitir que esos hombres disfruten ellos solos. Siempre dije que si una mujer estuviera al frente de Scotland Yard…

—¿Sí? —la señorita Dawes se inclinó hacia delante con los labios entreabiertos—. Si estuviera al frente de Scotland Yard, ¿qué haría?

—Detendría en seguida al doctor Roberts…

—¿Sí?

—Pero no tengo nada que ver con la policía —comentó la señora Oliver, eludiendo un terreno tan peligroso—. Soy una persona desconocida…

—¡Oh, no lo es usted! —dijo Rhoda, lisonjeándola atropelladamente.

—Y aquí estamos —continuó la novelista— tres personas que no tienen nada que ver con los medios oficiales… tres mujeres. Vamos a ver qué es lo que podemos hacer juntando nuestro ingenio.

Anne Meredith asintió con aspecto pensativo y dijo:

—¿Por qué cree usted que lo hizo el doctor Roberts?

—Es el hombre apropiado —replicó la señora Oliver sin dudar.

—¿No cree usted, sin embargo…? —Anne titubeó—. ¿Un médico no podría…? Quiero decir, que un veneno le resultaría más fácil.

—No lo crea. Un veneno o droga de cualquier clase, señalaría directamente a él. Fíjese de qué forma se dejan siempre en el coche los maletines llenos de drogas peligrosas, con el riesgo de que se las roben. No; precisamente porque es médico, se cuidó mucho de no usar nada que se relacionara con su profesión.

—Ya comprendo —dijo Anne, aunque en su tono demostraba alguna duda—. ¿Pero por qué cree usted que quería matar al señor Shaitana? —añadió—. ¿Tiene alguna idea sobre ello?

—¿Idea? Tengo una gran cantidad de ellas. Realmente, ahí estriba la dificultad. Siempre tropiezo con lo mismo. No puedo pensar en una sola trama al mismo tiempo. Pienso por lo menos en cinco y luego sudo horrores para decidirme por una de ellas. Puedo imaginarme seis magníficas razones para el asesinato. Pero lo malo es que no hay medio de saber cuál de ellas es la verdadera. En primer lugar, tal vez Shaitana era un usurero. Tenía un aspecto bastante untuoso. Roberts estaba apurado y lo mató porque no pudo reunir el dinero suficiente para pagar el préstamo. O quizá Shaitana arruinó a un hermano o hermana del médico. O posiblemente Roberts es bígamo y Shaitana lo sabía. O tal vez Roberts se casó con una prima segunda de Shaitana que debía heredar de éste. O… ¿Cuántas lleva?

—Cuatro —dijo Rhoda.

—O… y ésta sí que es excelente… Supongamos que Shaitana conocía algún secreto del pasado de Roberts. Es posible que usted no se diera cuenta, pero Shaitana dijo algo muy peculiar durante la comida… justamente antes de hacer una pausa algo rara.

Anne se inclinó para apartar una oruga que vio en el suelo.

—No lo recuerdo —dijo.

—¿A qué se refirió? —preguntó Rhoda.

—Algo acerca de… ¿qué fue?… un accidente y veneno. ¿No se acuerda?

La mano izquierda de Anne se crispó sobre el brazo de mimbre de su sillón.

—No recuerdo en absoluto nada de eso —dijo reposadamente.

Rhoda observó de pronto:

—Debes ponerte una chaqueta. Ten presente que no estamos en verano. Ve y ponte una.

Anne sacudió la cabeza.

—No tengo frío.

Pero se estremeció ligeramente al decirlo.

—Oiga usted mi teoría —prosiguió la señora Oliver—. Me atrevería decir que uno de los pacientes del médico resultó envenenado accidentalmente; pero fue cosa del doctor, desde luego. Hasta diría que mató a gran cantidad de gente por ese procedimiento.

Un repentino rubor subió a las mejillas de Anne.

—¿Es que los médicos acostumbran a matar a sus pacientes al por mayor? —preguntó—. ¿No cree que causaría un pésimo efecto entre su clientela?

—No hay duda de que existiría una buena razón —respondió la señora Oliver vagamente.

—Creo que la idea es absurda —comentó Anne con sequedad—. Absoluta y absurdamente melodramática.

—¡Oh, Anne! —exclamó Rhoda como queriendo excusarla.

Miró a la señora Oliver. Sus ojos, como los de un inteligente *spaniel*, parecían querer decirle: «Compréndala. Compréndala.»

—Opino que es una magnífica idea, señora Oliver —convino Rhoda con acento de convicción—. Y un médico puede conseguir algo que no deje rastro, ¿verdad?

—¡Oh! —exclamo Anne.

Las otras dos se volvieron hacia ella.

—Recuerdo algo más —dijo la joven—. El señor Shaitana se refirió a las posibilidades que puede tener un médico en un laboratorio. Debió dar a entender alguna cosa con ello.

—No fue el señor Shaitana quien dijo eso. —La señora Oliver sacudió la cabeza—. Fue el mayor Despard.

El ruido de unos pasos en el sendero le hizo volver la cabeza.

—Bien —dijo—. Hablando del ruin de Roma…

El mayor Despard daba entonces la vuelta a la esquina de la casa.

Capítulo XIII

EL SEGUNDO VISITANTE

Al ver a la señora Oliver, el mayor Despard pareció quedar desconcertado. Bajo su cutis bronceado, su cara tomó un encendido color ladrillo. La turbación le hacía obrar espasmódicamente. Se dirigió hacia Anne, y le preguntó con amabilidad:

—Perdone, señorita Meredith. He hecho sonar el timbre, pero nadie ha contestado. Me he dirigido hacia aquí creyendo que la encontraría.

—Siento mucho que haya perdido el tiempo tocando el timbre —replicó Anne—. No tenemos criada… sólo una mujer que viene por la mañana.

Le presentó a Rhoda.

Esta última dijo vivamente:

—Tomemos el té. Está refrescando el tiempo. Será mejor que entremos en casa.

Pasaron al interior y Rhoda desapareció en la cocina.

—Qué coincidencia tan singular encontrarnos todos aquí —comentó la señora Oliver.

—Sí —respondió el mayor Despard.

Sus ojos se posaron en ella con aspecto pensativo y calculador.

—Le estaba diciendo a la señorita Meredith —observó la novelista, que estaba disfrutando grandemente— que debemos adoptar un plan de campaña. Acerca del asesinato, me refiero. Lo cometió ese médico, desde luego. ¿Está de acuerdo conmigo?

—No lo podría decir. Tenemos muy poco sobre que apoyarnos.

La expresión de la señora Oliver era la que acostumbraba a reflejarse en su cara cuando decía interiormente: «¡Cosas de

hombres!»

Cierto aire de reserva se había apoderado de los tres. La novelista se dio cuenta de ello en seguida. Cuando Rhoda sirvió el té, se levantó y dijo que debía emprender el regreso a Londres. No; eran muy amables, pero no quería tomar el té.

—Le dejaré mi tarjeta —añadió—. Aquí tiene; en ella está mi dirección. Pase a verme cuando venga a la ciudad. Hablaremos del asunto y veremos si podemos pensar en algo ingenioso para llegar al fondo del caso.

—La acompañaré hasta la cancela —anunció Rhoda.

Cuando caminaba por el sendero, Anne Meredith salió corriendo de la casa y se unió a ellas.

—He estado recapacitando —dijo.

En su pálida cara parecía reflejarse una resolución extraña en ella.

—¿De veras?

—Ha sido usted extraordinariamente amable, señora Oliver, al tomarse todas estas molestias. Pero en realidad, estimo que no debo hacer nada. Quiero decir… que fue todo muy horrible. Lo que necesito es olvidarlo.

—Pero, muchacha. Lo que hace falta saber es si le permitirán que lo olvide.

—Sí; ya sé que la policía no abandonará el caso. Probablemente vendrán aquí y me harán gran cantidad de preguntas. Estoy dispuesta a ello. Pero en privado, quiero decir. No quiero pensar en esto… o que me lo recuerden de alguna forma. Puede decir que soy una cobarde, pero así es como pienso.

—¡Oh, Anne! —exclamó Rhoda Dawes.

—Entiendo perfectamente lo que siente —dijo la escritora—, pero no estoy segura de que esté usted acertada. Si los dejan solos, posiblemente los de la policía no se enterarán nunca de la verdad.

Anne Meredith se encogió de hombros.

—¿Importa eso mucho?

—¿Que si importa? —dijo Rhoda—. Claro que importa. Importa mucho, ¿no le parece, señora Oliver?

—No me cabe la menor duda —asintió la mujer con sequedad.

—No estoy de acuerdo —se obstinó Anne—. Nadie de los que me conocen creerá nunca que yo lo hice. No veo ninguna razón

para intervenir en esto. A la policía le incumbe esclarecer lo ocurrido.

—¡Oh, Anne, eres insensible! —se lamentó Rhoda.

—De todas formas, eso es lo que pienso —repitió la muchacha. Luego tendió la mano—. Muchísimas gracias, señora Oliver. Ha sido usted muy buena por haberse molestado.

—Muy bien; si opina usted así, no hay más que hablar —replicó la novelista jovialmente—. Pero por mi parte no dejaré de ninguna manera que la hierba crezca bajo mis pies. Adiós. Venga a verme en Londres si cambia de pensamiento.

Subió al coche, lo puso en marcha y se alejó agitando una alegre mano hacia las dos jóvenes.

Rhoda corrió súbitamente tras el automóvil y saltó al estribo.

—Lo que ha dicho… acerca de verla en Londres —dijo casi sin aliento—, ¿se refería solamente a Anne, o iba por mí también?

La señora Oliver pisó el freno.

—Me refería a las dos, desde luego.

—Muchas gracias. No se detenga. Yo… quizá vaya un día. Hay algo… no, no se pare. Puedo saltar.

Lo hizo así y después de agitar una mano en señal de despedida volvió hacia la cancela, donde esperaba pacientemente Anne.

—¿Por qué has…? —empezó esta última.

—¿No es encantadora? —preguntó Rhoda entusiasmada—. Me gusta. Las medias que lleva no son del mismo par, ¿te has dado cuenta? Estoy segura de que es muy lista. Debe serlo… para escribir tantos libros. Qué divertido sería si descubriera la verdad, mientras la policía se quedaba con dos palmos de narices.

—¿Por qué habrá venido? —preguntó Anne.

Los ojos de Rhoda se abrieron de par en par.

—Pero, chica… ya te he dicho…

Anne hizo un gesto de impaciencia.

—Entremos en casa. Lo he dejado solo.

—¿Al mayor Despard? Anne, ¿verdad que tiene muy buena presencia?

—Supongo que sí.

Recorrieron juntas el sendero.

El mayor Despard estaba junto a la chimenea, con una taza de té en la mano.

Cortó en seco las excusas que le ofreció Anne por haberle dejado solo.

—Señorita Meredith, quiero explicarle la causa de mi visita.

—¡Oh!… Pero…

—Dije que pasaba casualmente por aquí… pero no es ésa la verdad estricta. Vine expresamente.

—¿Cómo se enteró usted de la dirección? —preguntó Anne.

—Me la facilitó el superintendente Battle.

Vio como ella se estremeció un poco al oír aquel nombre.

El joven prosiguió con rapidez:

—Battle se dirige ahora hacia aquí. Lo vi en Paddington. Cogí mi coche y vine directamente. Sabía que llegaría fácilmente antes que el tren.

—Pero, ¿por qué ha venido?

Despard titubeó un momento.

—Puede que sea un poco presuntuoso… pero tuve la impresión de que está usted lo que se dice «sola en el mundo».

—Me tiene a mí —intervino Rhoda.

Despard le dirigió una rápida mirada, apreciando su gentil y esbelta figura que se apoyaba contra la repisa de la chimenea, mientras seguía con inmenso interés la conversación. Ambas constituían una pareja muy atractiva.

—Estoy seguro de que ella no podría encontrar una amiga más amiga que usted, señorita Dawes —dijo Despard cortésmente—, pero se me ocurrió que en estas circunstancias tan peculiares no sería despreciable el consejo de alguien que tuviera buena experiencia de lo que es el mundo. Con franqueza, la situación es ésta: la señorita Meredith resulta sospechosa de haber cometido un asesinato. Lo mismo ocurre conmigo y con otras dos personas que se encontraban en aquella habitación la otra noche. Tal situación no es nada agradable… y ofrece dificultades y peligros que alguien tan joven y sin experiencia como usted, señorita Meredith, no puede conocer. En mi opinión, debiera confiarse por entero a un buen abogado. ¿Tal vez lo ha hecho ya?

Anne Meredith sacudió la cabeza.

—Nunca pensé en ello.

—Me lo figuraba. ¿Tiene usted ya abogado… un buen abogado de Londres, por ejemplo?

Ella volvió a sacudir la cabeza.

—Nunca lo necesité.

—Está el señor Bury —dijo Rhoda—. Pero es muy caro.

—Si me permite un consejo, señorita Meredith, le recomiendo que acuda al señor Myherne, mi propio abogado. El hombre de la firma es Jacobs, Peel & Jacobs. Son abogados de primera fila y conocen todos los hilos que hay que mover.

La palidez de Anne aumentó. La joven tomó asiento.

—¿Cree usted que es realmente necesario? —preguntó en voz baja.

—Yo diría que sí. Existe una gran cantidad de trucos legales.

—¿Y son muy… caros esos abogados?

—No importa —intervino Rhoda—. Me parece muy bien, mayor Despard. Creo que todo lo que ha dicho es acertado. Anne debe estar protegida.

—Estoy seguro de que sus honorarios serán razonables —dijo Despard, y añadió con tono serio—: Con toda sinceridad, estimo que resultaría una medida muy prudente, señorita Meredith.

—Muy bien —convino Anne lentamente—. Lo haré, si usted lo cree así.

—¡Estupendo!

—Creo que ha sido usted excesivamente amable, mayor Despard —dijo Rhoda con afecto—. Sí; se ha preocupado demasiado.

—Gracias —añadió Anne.

La muchacha titubeó un instante y luego preguntó:

—¿Dijo usted que el superintendente Battle venía hacia aquí?

—Sí. Pero no debe usted alarmarse. Es una cosa inevitable.

—Sí, ya lo sé. Por decirlo así, lo estaba esperando.

Rhoda intervino impulsivamente.

—Pobrecita… este asunto es capaz de acabar con ella. Es algo vergonzoso y… terriblemente injusto.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo Despard—. Resulta brutal en extremo el mezclar a una muchacha en un asunto de esta clase. Si alguien quería apuñalar a Shaitana, debió escoger otra ocasión.

Rhoda preguntó con acento de sinceridad:

—¿Quién cree usted que lo hizo? ¿El doctor Roberts o esa señora Lorrimer?

—Una ligera sonrisa distendió el bigote de Despard.

—Pude hacerlo yo mismo, como ya sabe.

—¡Oh, no! —exclamó Rhoda—. Anne y yo sabemos que usted no lo hizo.

El joven las miró con ojos de expresión afectuosa.

Eran un par de chicas muy agradables. Extraordinariamente imbuidas de fe y confianza. Anne era una pequeña llena de timidez. Pero no importaba: Myherne la comprendería a la perfección. La otra estaba animada por un espíritu luchador. Despard dudaba que ella se hubiera desanimado de encontrarse en la misma situación que su amiga. Buenas chicas. Le gustaría saber algo más de ellas.

Estos pensamientos pasaron por su imaginación. Luego dijo en voz alta:

—No asegure nunca una cosa así, señorita Dawes. Yo no concedo mucha importancia al valor de la vida humana, como hace la mayoría de la gente. Pongo por ejemplo todo ese revuelo histérico que se produce acerca de los accidentes callejeros. El hombre está siempre en peligro… por el tráfico, los microbios y otras mil cosas. Puede morir de una forma u otra. Opino que, en el momento en que uno empieza a cuidar de sí mismo, adoptando el lema de «La seguridad ante todo», puede encontrar la muerte por donde menos se lo figura.

—Pienso exactamente igual que usted —exclamó Rhoda—. Creo que es conveniente llevar una vida llena de peligros… si se tiene ocasión de ello, quiero decir. Pero de todas formas, la vida es terriblemente insípida.

—Hay momentos en que no lo es.

—Para usted sí, desde luego. Porque se va a los rincones más apartados del mundo donde le acechan los tigres; dispara contra las fieras; las sabandijas se le introducen entre los dedos de los pies y le pican los insectos. Cosas que resultan muy incómodas, pero que son emocionantes de verdad.

—Bueno. La señorita Meredith también ha tenido sus emociones. Supongo que no le habrá ocurrido muy a menudo eso de encontrarse en una habitación mientras se está cometiendo un asesinato…

—¡Oh, no! —exclamó Anne.

—Lo siento —dijo él rápidamente.

Pero Rhoda prosiguió, dando un suspiro:

—Fue terrible, desde luego… ¡pero también fue emocionante! No creo que Anne aprecie este punto de vista. Estoy segura de que la señora Oliver está vivamente emocionada por el hecho de haber estado allí la otra noche.

—¿La señora…? ¡Ah, sí! Su voluminosa amiga; la que escribe novelas acerca de ese finlandés de nombre impronunciable. ¿Trata ahora de dedicarse a la investigación de un crimen real?

—Eso parece.

—Bien; deseémosle suerte. Sería divertido que les diera una lección a Battle y compañía.

—¿Qué tal es el superintendente Battle? —preguntó Rhoda con curiosidad.

—Es un hombre muy astuto —dijo Despard—. Un hombre de facultades poco corrientes.

—¡Oh! —exclamó Rhoda—. Me dijo Anne que tenía un aspecto algo estúpido.

—Eso, según creo, forma parte de su juego. Pero no comete ninguna equivocación. Battle no es tonto.

El joven se levantó.

—Bueno; debo irme. Hay otra cosa que me gustaría decirle.

Anne se levantó también.

—¿Sí? —dijo extendiendo la mano.

Despard se detuvo un momento, como si estuviera escogiendo cuidadosamente las palabras. Tomó la mano de ella y no la soltó, mientras miraba con fijeza sus ojos grandes y grises.

—No se ofenda conmigo. Quería decirle esto: Es humanamente posible que existan algunas facetas de su amistad con Shaitana, las cuales no desee usted que salgan a la luz. Si es así… no se enfade, por favor… —sintió la instintiva sacudida de la mano de ella—, tiene usted perfecto derecho a negarse a contestar cualquier pregunta que le haga Battle, mientras no esté presente su abogado.

Anne retiró la mano. Sus ojos se abrieron aún más y su color gris se oscureció por efecto de la cólera.

—No hay nada… nada… Casi no conocía a ese hombre.

—Lo siento —dijo el mayor Despard—. Creí que debía recordárselo.

—Es verdad —intervino Rhoda—. Anne apenas le conocía. No le tenía muchas simpatías, pero daba unas fiestas verdaderamente

encantadoras.

—Al parecer, eso fue lo único que justificaba la existencia del difunto señor Shaitana —comentó Despard con aspereza.

—El superintendente Battle puede preguntarme lo que guste —dijo Anne fríamente—. No tengo nada que ocultar… nada.

—Le ruego que me perdone —solicitó el joven con suavidad.

—Está bien —la muchacha lo miró. Su cólera se desvaneció y sonrió con dulzura—. Ya sé que me lo advirtió con buena intención.

Extendió su mano otra vez y Despard la tomó mientras decía:

—Vamos los dos en la misma embarcación. Debemos alinearnos…

Anne lo acompañó hasta la cancela. Cuando volvió, Rhoda estaba mirando por la ventana y silbando. Dio la vuelta cuando su amigo entró en la habitación.

—Ese chico es muy interesante, Anne.

—Ha sido muy amable, ¿verdad?

—Mucho más que amable… me ha fascinado por completo. ¿Por qué no fui yo en tu lugar a esa maldita comida? Hubiera disfrutado de toda aquella excitación… La red cerrándose sobre mí… las sospechas envolviéndome… la sombra del patíbulo…

—Nada de eso. Estás diciendo tonterías, Rhoda.

Anne habló con voz aguda. Luego se suavizó y dijo:

—Fue muy amable al venir aquí… por una extraña… una chica a la que solamente había visto una vez.

—Se ha enamorado de ti. Está claro. Los hombres no prodigan atenciones puramente desinteresadas. No hubiera venido si fueras bizca o tuvieras la cara llena de granos.

—¿Lo crees así?

—Claro que sí, tonta. La señora Oliver es una parte mucho más interesada.

—No me agrada esa mujer —dijo Anne bruscamente—. No sé lo que siento hacia ella… ¿Para qué habrá venido en realidad?

—Las naturales sospechas hacia las personas del mismo sexo. Y respecto a esto, me atrevería a decir que el mayor Despard tiene un fin interesado.

—Estoy segura de que no —exclamó Anne vivamente.

Se sonrojó mientras Rhoda reía.

Capítulo XIV

EL TERCER VISITANTE

El superintendente Battle llegó a Wallingford hacia las siete de la tarde. Tenía la intención de enterarse de todo lo que pudiera por medio de las habladurías del pueblo antes de entrevistarse con la señorita Meredith. No fue difícil conseguir los informes que necesitaba. Sin comprometerse haciendo manifestaciones concretas, el superintendente dio diferentes impresiones acerca de su rango y ocupaciones de la vida social.

Dos de sus interlocutores, por lo menos, hubieran asegurado que era un contratista de Londres, venido expresamente para ver si se podía añadir una nueva ala al chalet en que vivía la muchacha. Otros decían que era un caballero que deseaba alquilar una finca amueblada para pasar los fines de semana, y dos más afirmaban categóricamente que representaba a la empresa de un frontón.

La información que recogió Battle era enteramente favorable.

—¿Wendon Cottage? Sí, eso es, en la carretera de Marlbury. No puede perderse. Sí, dos jóvenes. La señorita Dawes y la señorita Meredith. Dos muchachas muy amables. No son de las que gustan del bullicio.

—¿Si hace años que están aquí? No, no tanto. Un poco más de dos. Llegaron a principios de septiembre. Compraron la finca al señor Pickersgill. Después que murió su esposa yo no venía mucho por aquí.

El informador no había oído nunca decir que procedieran de Northumberland. Él personalmente creía que vinieron de Londres. Las chicas se habían hecho populares en la vecindad, aunque algunos anticuados creyeron que no estaba bien el que dos jóvenes

vivieran solas. Pero eran muy sensatas. Nada de gente acostumbrada a llenarse de combinados en los fines de semana. La señorita Rhoda era más decidida y la señorita Meredith la más callada. Sí, la señorita Dawes pagaba las facturas. Fue quien puso el dinero para comprar la casa.

Las averiguaciones del superintendente le llevaron por fin inevitablemente a la señora Astwell… que «cuidaba» de las señoras de Wendon Cottage.

La señora Astwell resultó ser una persona muy locuaz.

—Pues no, señor. No creo que quieran venderla. Al menos por ahora. La compraron hace dos años tan sólo. He trabajado para ellas desde que llegaron, sí, señor. De ocho a doce es mi jornada. Son unas señoritas muy amables y vivarachas, siempre dispuestas a gastar una broma y divertirse un poco. Nada engreídas.

—Desde luego, no puedo decir si es la misma señorita Meredith que usted conoce, señor… si pertenece a la misma familia, quiero decir. Tengo idea de que procede del Devonshire. Cuando le envían nata de vez en cuando, dice que le recuerda su hogar, por lo cual deduzco que debe ser de allí.

—Como dice usted, señor, es muy triste que tantas jóvenes tengan que ganarse la vida en estos días. Las chicas no son lo que pudiéramos llamar ricas, pero llevan una vida muy agradable. La señorita Dawes es la que tiene dinero, desde luego, y la señorita Meredith es una especie de acompañante. La finca pertenece a la primera de ellas.

—En realidad, no sé de qué parte vino la señorita Anne. Oí que mencionaba una vez la isla de Wright y sé que no le gusta el norte de Inglaterra. Ella y la señorita Rhoda estuvieron juntas en el Devonshire, porque las he oído bromear acerca de sus colinas y hablar de sus bonitas cavernas y bahías.

La corriente de información siguió fluyendo y el superintendente Battle iba tomando nota mental de todo. Más tarde anotó un par de palabras cabalísticas en su agenda.

Eran las ocho y media cuando recorrió el sendero que conducía a la puerta de Wendon Cottage.

Abrió una muchacha alta y morena, vestida con una bata de cretona color naranja.

—¿Vive aquí la señorita Meredith? —preguntó el

superintendente.

—Sí, aquí vive.

—Me gustaría hablar con ella, por favor. Soy el superintendente Battle.

Fue favorecido inmediatamente con una mirada penetrante.

—Pase —dijo Rhoda apartándose a un lado.

Anne Meredith estaba sentada junto al fuego, sorbiendo una taza de café. Llevaba un pijama de crespón de China bordado.

—Es el superintendente Battle —anunció Rhoda mientras hacía pasar al visitante.

Anne se levantó y avanzó unos pasos con las manos extendidas.

—Es un poco tarde para hacer una visita —se excusó Battle—. Pero quería encontrarla en casa y hoy ha hecho un día estupendo.

La joven sonrió.

—¿Quiere tomar un poco de café, superintendente? Trae otra taza, Rhoda.

—Es usted muy amable, señorita Meredith.

—Creemos que sabemos hacer un café bastante aceptable —dijo Anne.

Indicó una silla y Battle se sentó. Rhoda trajo una taza y Anne la llenó de café. El crujido del fuego y las flores arregladas en bonitos jarrones causaron una buena impresión en el policía.

Era un agradable ambiente hogareño. Anne no parecía estar turbada y la otra muchacha continuaba mirando a Battle con absorto interés.

—Le estábamos esperando —comentó Anne.

Su voz tenía cierto tono de reproche. «¿Por qué se ha olvidado de mí?», parecía decir.

—Lo siento, señorita Meredith. He tenido que hacer una gran cantidad de trabajo rutinario.

—¿Con resultado satisfactorio?

—No del todo. Pero debía hacerlo de todos modos. Puede decirse que he vuelto del revés al doctor Roberts. Y lo mismo ha sucedido con la señora Lorrimer. Ahora voy a hacer lo mismo con usted.

Anne sonrió.

—Estoy dispuesta.

—¿Y qué me dice del mayor Despard? —preguntó Rhoda.

—No lo dejaremos pasar por alto, se lo prometo —contestó Battle.

Dejó la taza de café y miró a Anne. La muchacha se había sentado un poco estiradamente.

—Estoy a su disposición, superintendente. ¿Qué quiere saber?

—Pues, en términos generales, todo lo que se refiere a usted, señorita Meredith.

—Soy una persona altamente respetable —dijo Anne sonriendo.

—Lleva una vida irreprochable —intervino Rhoda—. Se lo puedo asegurar.

—Bueno, eso está muy bien —dijo el policía jovialmente—. Entonces, ¿hace tiempo que conoce a la señorita Meredith?

—Fuimos juntas al colegio —contestó Rhoda—. Qué lejos parece eso, ¿verdad, Anne?

—Tan lejos que apenas podrá recordarlo, según supongo —dijo Battle lanzando una pequeña risita—. Bien, señorita Meredith, temo que voy a ser como uno de esos formularios que deben llenarse para solicitar el pasaporte.

—Nací… —empezó Anne.

—De padres pobres, pero honrados —comentó Rhoda.

El superintendente Battle levantó una mano con ligero aspecto de reproche.

—Vamos, vamos, joven —dijo.

—Rhoda, por favor —observó Anne con gravedad—. Esto va en serio.

—Lo siento —replicó la muchacha.

—Bien, señorita Meredith; nació usted… ¿dónde?

—En Quetta, en la India.

—¿Ah, sí? ¿Su familia pertenecía al ejército?

—Sí. Mi padre fue el mayor John Meredith. Mi madre murió cuando yo tenía once años y mi padre se retiró cuando cumplí los quince; nos fuimos a vivir en Cheltelham. Murió cuando yo tenía dieciocho años, y prácticamente no me dejó ni un penique.

Battle movió la cabeza con simpatía.

—Supongo que sería un rudo golpe para usted.

—Así fue. Sabía que no estábamos en muy buena posición económica, pero comprobar que no había absolutamente nada… bueno, era diferente.

—¿Y qué hizo usted, señorita Meredith?

—Tuve que buscar un empleo. Mi educación no había sido muy buena y, además, yo no destacaba por lista. No sabía escribir a máquina, taquigrafía o cosas parecidas. Una amiga de Cheltelham consiguió que me colocara con unos conocidos suyos… para cuidar de dos chiquillos cuando estaban en casa los días de fiesta.

—¿Cómo se llamaba su señora, por favor?

—Señora Eldon; vivía en la finca «Los Alerces», en Ventnor. Estuve con ella durante dos años y luego los Eldon se marcharon al extranjero. Después serví a una tal señora Deering.

—Mi tía —apuntó Rhoda.

—¿En calidad de qué estuvo allí… de señora de compañía?

—Sí… puede decirse que sí.

—Más bien de segundo jardinero —dijo Rhoda.

Luego explicó:

—Mi tía Emily estaba chiflada por la jardinería. Anne se pasaba la mayor parte del tiempo cruzando e injertando rosales.

—¿Y dejó usted a la señora Deering?

—Su estado de salud empeoró y tuvo que buscar a una enfermera fija.

—Tiene cáncer —observó Rhoda—. La pobrecita ha de tomar morfina y cosas por el estilo.

—Fue siempre muy amable conmigo y sentí mucho dejarla —prosiguió Anne.

—Yo buscaba entonces una finca como ésta —dijo Rhoda—, y necesitaba que alguien la compartiera conmigo. Papá se casó otra vez… no muy a mi gusto, y le rogué a Anne que viniera. Desde entonces está aquí.

—Bien. Parece realmente que es una vida intachable —comentó Battle—. Aclaremos bien las fechas. Dijo que estuvo con la señora Eldon durante dos años. A propósito ¿dónde vive ahora?

—Está en Palestina. Su marido tiene allí un cargo oficial… no estoy segura de cuál es.

—Perfectamente; pronto lo sabré. ¿Y después estuvo usted con la señora Deering?

—Sí, durante tres años —dijo rápidamente Anne—. Su dirección es Marsh Dene, Little Hemburry, en Devon.

—Comprendido —convino Battle—. Por lo tanto, tiene usted

ahora veinticinco años, señorita Meredith. Y ahora, sólo una cosa más… el nombre y la dirección de un par de personas de Cheltelham que la conozcan a usted y a su padre.

Anne se los proporcionó.

—Respecto al viaje que hizo a Suiza… donde conoció al señor Shaitana, ¿fue usted sola… o la acompañó la señorita Dawes?

—Fuimos las dos. Nos juntamos con más gente. Éramos ocho.

—Cuénteme algo sobre la forma en que conoció al señor Shaitana.

Anne frunció las cejas.

—No hay mucho que decir sobre ello. Estaba allí y le conocimos de la forma en que, por lo general, se traba amistad con la gente en un hotel. Le dieron el primer premio en un baile de disfraces. Se vistió de Mefistófeles.

El superintendente Battle suspiró.

—Sí; siempre fue su disfraz favorito.

—En realidad, era maravilloso —opinó Rhoda—. No tenía necesidad de maquillarse.

El policía miró a las dos muchachas alternativamente.

—¿Quién de ustedes dos lo conocía mejor?

Anne titubeó y Rhoda fue la que contestó:

—Al principio ambas lo tratábamos igual. Es decir, muy poco. Nuestra pandilla se dedicaba exclusivamente a esquiar y la mayoría de los días nos los pasábamos en las pistas. Por las noches bailábamos juntos. Entonces pareció que Shaitana se encaprichaba por Anne. Ya sabe usted; se desvivía por complacerla. La hicimos rabiar un poco con ello.

—Creía que lo estaba haciendo para molestarme —dijo Anne—. Porque a mí no me gustaba en absoluto. Supongo que le divertía verme turbada.

Rhoda comentó, riendo:

—Le dijimos a Anne que haría un buen casamiento. Se enfadó mucho con nosotros.

—Tal vez podría facilitarme los nombres de las personas que les acompañaban en aquella excursión —solicitó Battle.

—No es usted lo que yo llamaría un hombre confiado —observó Rhoda—. ¿Cree que cada palabra de las que le decimos son mentiras preconcebidas?

El superintendente Battle parpadeó.

—Quiero asegurarme de que no lo son —replicó.

—Sospecha usted, ¿no es eso? —dijo Rhoda.

Escribió varios nombres en una hoja de papel y se la entregó.

Battle se levantó.

—Bueno; muchísimas gracias, señorita Meredith —dijo—. Como opina la señorita Dawes, parece que ha llevado usted una vida irreprochable. No creo que deba preocuparse mucho. Es extraña la forma en que el señor Shaitana cambió su forma de tratarla. Perdóneme la pregunta, ¿le pidió que se casara con él… o… ejem… la molestó con atenciones de otra clase?

—No trató de seducirla —intervino Rhoda—, si es eso lo que quiere usted decir.

Anne se sonrojó.

—Nada de eso —replicó—. Siempre fue muy cortés… y… formal. Justamente fueron sus maneras rebuscadas lo que me hacía sentirme incómoda.

—¿Y algunas cositas que dijo o insinuó?

—Sí… pero… no. Nunca insinuó nada.

—Lo siento. Esos hombres fatales lo hacen algunas veces. Bien; buenas noches, señorita Meredith. Muchísimas gracias por todo. El café era excelente. Buenas noches, señorita Dawes.

—¡Vaya! —dijo Rhoda cuando Anne volvió a entrar en la habitación después de haber cerrado la puerta cuando salió el policía—. Ya ha pasado todo y no ha sido tan terrible. Es un hombre amable y paternal que, evidentemente, no sospecha de ti lo más mínimo. Todo fue más bien de lo que yo creía.

Anne se dejó caer lentamente en un sillón dando un suspiro.

—Realmente, fue muy fácil —dijo—. Fui una tonta por preocuparme tanto. Creí que trataría de intimidarme como un fiscal desde su estrado.

—Parece ser bastante razonable —opinó Rhoda—. Sabe demasiado bien que tú no eres una mujer capaz de asesinar a nadie.

Titubeó un poco y preguntó:

—Oye, Anne. No le has dicho que estuviste en Combreace. ¿Te olvidaste?

La joven contestó lentamente:

—No creo que eso importe mucho. Estuve allí sólo unas pocas

semanas. Y nadie me preguntará por ello. Le escribiré y se lo diré si crees que es necesario; pero estoy segura de que no lo es. Dejémoslo estar.

—Está bien; como quieras.

Rhoda se levantó y conectó la radio.

Una voz ronca dijo:

—Acaban ustedes de oír, interpretado por los «Black Nubans», el *fox*. *¿Por qué me cuentas mentiras, niña?*

Capítulo XV

EL MAYOR DESPARD

El mayor Despard salió del Albany, dio la vuelta hacia Regent Street y subió a un autobús.

Era el período más tranquilo del día. En el piso superior del coche muy pocos asientos estaban ocupados. Despard recorrió el pasillo y se sentó en una de las plazas delanteras.

Había tomado en marcha el autobús. Se detuvieron en la siguiente parada, donde subieron varios pasajeros, y luego continuaron recorriendo la Regent Street.

Uno de los viajeros recién llegados subió por la escalerilla, cruzó el pasillo y tomó asiento en el lado opuesto al que ocupaba Despard.

El mayor no se fijó en aquel hombre hasta que, después de unos minutos, una voz murmuró:

—Se consigue una buena vista de Londres desde el segundo piso de un autobús, ¿no le parece?

Despard volvió la cabeza. Pareció confundido por un momento, pero luego su cara se iluminó.

—Le ruego que me perdone, *monsieur* Poirot. No le había visto. En efecto, desde aquí se contempla estupendamente el mundo a vista de pájaro. Pero antes era mejor, cuando no había techos ni cristales.

Poirot suspiró.

—*Tout de même*, no siempre resultaba agradable cuando el tiempo era húmedo y el interior iba lleno. Y ya sabe usted que en este país predomina la humedad.

—¿La lluvia? La lluvia nunca perjudicó a nadie.

—Está usted en un error —dijo Poirot—. Produce a menudo una *fluxion de poitrine*.

Despard sonrió.

—Ya veo que pertenece usted a la escuela de los que prefieren ir bien arropados, *monsieur* Poirot.

En efecto, el detective iba bien equipado contra cualquier traición de aquel día de octubre. Llevaba gabán y bufanda.

—Es raro que nos hayamos ocultado aquí —dijo Despard.

No vio la sonrisa que ocultó la bufanda. No había nada de extraño en aquel encuentro. Una vez que se aseguró de la hora en que Despard salía de sus habitaciones, Poirot lo había esperado. Con mucha prudencia, no se arriesgó a tomar el autobús en marcha, pero corrió tras él hasta la próxima parada y subió allí.

—Es verdad. No nos habíamos visto desde la noche en que cenamos en casa del señor Shaitana —replicó.

—¿Se ocupa usted de este asunto? —preguntó el joven con interés.

Poirot se rascó delicadamente una oreja.

—Reflexiono —contestó—. Reflexiono mucho. Nada de correr de aquí para allá y hacer indagaciones. Eso no cuadra con mi edad, mi temperamento y mi tipo.

Despard dijo inesperadamente:

—Reflexiona, ¿verdad? Bueno; podía hacer algo peor. Se vive muy deprisa actualmente. Si la gente se sentara y pensara las cosas antes de hacerlas, no habría tantos líos.

—¿Procede así en su vida, mayor Despard?

—Por regla general —dijo el otro sencillamente—. Concentre sus sentidos; trácese el camino a seguir; pese los pros y los contras; tome una decisión… y persevere en ello.

Contrajo los labios tercamente.

—Y después de todo, nada le hará abandonar su camino, ¿verdad? —preguntó Poirot.

—No diría tanto. No conduce a nada el ser tozudo. Si se comete una equivocación hay que reconocerla.

—No obstante, creo que usted no incurre muchas veces en equivocaciones.

—Todos las cometemos, *monsieur* Poirot.

—Algunos —dijo Poirot con cierta frialdad, debido sin duda al

adjetivo que utilizó el otro— cometen menos que otros.

—Despard lo miró, sonrió ligeramente y dijo:

—¿No ha cometido usted nunca un error, *monsieur* Poirot?

—La última vez que me ocurrió eso fue hace veintiocho años —replicó el detective con dignidad—. Y aun entonces existían ciertas circunstancias… pero no importa.

—Parece ser un buen récord —comentó Despard, y añadió—: ¿Y qué me dice de la muerte de Shaitana? Supongo que eso no contará, puesto que oficialmente no se ocupará usted de ello.

—No es asunto mío… no. Pero, de todos modos, ofende mi *amour propre*. Considero que es una impertinencia el que se cometa un asesinato ante mis propias narices… por alguien que se burla de mi habilidad para descubrirlo.

—No sólo ante sus narices —dijo Despard con sequedad—, sino también ante las del Departamento de Investigación Criminal.

—Seguramente eso ha sido una equivocación fatal —comentó Poirot—. El honrado superintendente Battle puede parecer rudo, pero su cerebro no lo es… ni mucho menos.

—Convengo en ello —dijo Despard—. Su estolidez es una «pose». Battle es un policía muy listo y eficiente.

—Y, según creo, se ocupa de este caso con mucho interés.

—Con bastante actividad, desde luego. ¿Ve usted un individuo de aspecto marcial en uno de los asientos traseros?

Poirot miró por encima del hombro.

—No hay nadie más que nosotros.

—Estará abajo. Nunca me pierde de vista. Es un chico muy eficiente. También cambia de aspecto de vez en cuando. Tiene gusto artístico.

—Eso no debe desanimarlo. Tiene usted un ojo rápido y certero.

—Nunca se me olvida una cara… aunque sea la de un negro… y eso es mucho más de lo que cierta gente puede decir.

—Es usted justamente la persona que necesito —dijo Poirot—. ¡Qué suerte de haberle encontrado hoy! Necesito a alguien con un buen ojo y una excelente memoria. *Malheureusement*, ambas cualidades se reúnen pocas veces. He formulado una pregunta al doctor Roberts sin resultado alguno, y lo mismo me ha ocurrido con *madame* Lorrimer. Probaré ahora con usted, a ver si consigo lo que quiero. Haga retroceder su pensamiento a la habitación donde jugó

al *bridge* en casa del señor Shaitana y dígame lo que recuerde de ella.

Despard pareció quedar perplejo.

—No le acabo de comprender.

—Deme una descripción de la sala… los muebles… los objetos que había en ella.

—No creo que le pueda ayudar mucho en este aspecto —dijo Despard lentamente—. Era una habitación hedionda… para mi gusto. No era propia de un hombre. Gran cantidad de brocado, sedas y chismes. La clase de habitación apropiada para un individuo como Shaitana.

—Pero, particularizando…

El mayor sacudió la cabeza.

—Temo que no me fijé mucho. Tenía algunas alfombras excelentes. Dos de Bokhara y tres o cuatro muy buenas, de Persia, incluyendo una de Hamadan y una de Tabriz. Una cabeza de ciervo bastante aceptable… no, estaba en el vestíbulo. De Rowland Ward, supongo.

—¿No cree usted que el difunto señor Shaitana era de los que van ellos mismos a cazar animales salvajes?

—No era de ésos. No disparaba contra nada, si no era a caza parada; apostaría cualquier cosa. ¿Qué más había por allí? Siento mucho si le fallo, pero, en realidad, no puedo ayudarle en gran cosa. Cierta cantidad de cachivaches esparcidos por la habitación. Las mesas estaban llenas de ellos. La única cosa en que me fijé fue en un ídolo bastante raro. Diría que era de la isla de Pascua. De madera muy barnizada. No se ven mucho por ahí. También me llamaron la atención algunos objetos malayos. Me parece que no le podré ayudar mucho más.

—No importa —contestó Poirot con aspecto ligeramente abatido —. La señora Lorrimer tiene una memoria asombrosa para las cartas —agregó—. Me dijo las subastas y la forma en que se jugaron casi todas las manos. Algo pasmoso.

Despard se encogió de hombros.

—Algunas mujeres son así. Supongo que será debido a que pasan jugando todo el día.

—Usted no podría hacerlo, ¿verdad?

El otro sacudió la cabeza.

—Sólo recuerdo un par de manos. Una, cuando tenía juego de diamantes… y Roberts con sus faroles me lo estropeó. Falló la subasta, pero no la habíamos doblado; mala suerte. Recuerdo también un «sin triunfo». Un asunto algo trapacero… no jugamos una carta a derechas. Fallamos un par de bazas y tuvimos suerte de no fallar más.

—¿Juega usted mucho al *bridge*, mayor Despard?

—No, no soy un jugador habitual. No obstante, creo que es un juego interesante.

—¿Lo prefiere al póquer?

—Personalmente, sí. El póquer es demasiado azaroso.

Poirot comentó pensativamente:

—No creo que el señor Shaitana practicara ningún juego… de cartas, quiero decir.

—Sólo había un juego que Shaitana desarrollaba con firmeza —dijo Despard con el ceño fruncido.

—¿Cuál?

—Un juego rastrero.

Poirot guardó silencio y después preguntó:

—¿Acaso sabe usted de qué se trata… o solamente se lo figura?

Despard enrojeció violentamente.

—¿Se refiere a que no debe decirse nada, sin demostrarlo con pelos y señales? Supongo que tendrá razón. Bueno; es bastante exacto. Sé de qué se trata; pero, por otra parte, no estoy dispuesto a dar esos pelos y señales. La información que poseo llegó hasta mí de forma confidencial.

—¿Quiere usted decir que se trata de una mujer o varias?

—Sí. Shaitana, como perro asqueroso que era, prefería tratar con mujeres.

—¿Cree usted que era un chantajista? Eso es interesante.

Despard movió negativamente la cabeza.

—No. No me ha comprendido. En cierto aspecto, Shaitana era un chantajista, pero no de la clase vulgar y corriente. No perseguía el dinero. Era un chantajista espiritual, si es que puede existir una cosa así.

—¿Y qué es lo que consiguió con ello?

—Que le dieran un buen puntapié. Es la única forma en que puedo expresarlo. Consiguió cierta emoción al ver cómo la gente se

acobardaba y temblaba. Supongo que aquello le hacía sentirse menos garrapata y más hombre. Se limitaba a insinuar que lo sabía todo… y empezaba a contar cosas de las que, tal vez, no estaba enterado. Esto le halagaría el sentido del humor. Luego se pavoneaba por ahí con su mefistofélica actitud de «Lo sé todo. ¡Soy el gran Shaitana!» ¡Ese tipo es un simio!

—¡Por lo tanto, opina usted que asustó a la señorita Meredith en esa forma! —preguntó Poirot.

—¿A la señorita Meredith? —Despard lo miró con fijeza—. No estaba pensando en ella. No es de las que se asustaría de un hombre como Shaitana.

—*Pardon*. ¿Se refería a la señora Lorrimer?

—No, no, no. No me ha entendido. Estaba hablando en términos generales. No sería fácil asustar a la señora Lorrimer. Y no es de esas mujeres de las cuales puede uno pensar que tienen un secreto pecaminoso. No, no pensaba en nadie particularmente.

—¿Se refería, entonces, al método general que empleaba?

—Exactamente.

—No hay duda —comentó Poirot— que lo que ustedes llaman un *dago*, tiene a menudo una comprensión clara de lo que son las mujeres. Sabe cómo acercárseles; sonsacarles sus secretos…

Hizo una pausa.

Despard exclamó con impaciencia:

—Es absurdo. Ese individuo era un charlatán y no tenía nada de peligroso. Y, sin embargo, las mujeres le temían. ¡Ridículo!

Se levantó de pronto.

—¡Hola! Me he pasado de la raya. Ha sido muy interesante todo lo que hemos discutido. Adiós, *monsieur* Poirot. Mire hacia abajo y verá cómo mi fiel sombra se apea del autobús detrás de mí.

Corrió por el pasillo, bajó la escalerilla y se oyó el timbre de la cabina del conductor. Pero antes de que éste tuviera tiempo de parar el coche se sintieron dos sacudidas.

Poirot miró hacia la calle y vio cómo Despard se alejaba. No tuvo ninguna dificultad en localizar al que la seguía. Pero había algo más que le interesaba en aquel momento.

—Nadie en particular —murmuró para sí mismo—. Me extraña.

Capítulo XVI

EL TESTIMONIO DE ELSIE BATT

El sargento O'Connor era conocido por sus colegas del Yard con el irrespetuoso apodo de «El sueño de las sirvientas».

No había duda de que era un hombre apuesto en extremo. Alto, erguido, de anchos hombros. La regularidad de sus facciones, sin embargo, no lo hacían tan irresistible para el bello sexo, como el brillo picaresco y atrevido de sus ojos. Era bien patente que el sargento O'Connor conseguía magníficos resultados y, además, con rapidez.

Tan rápido era, que cuatro días después de que ocurriera el asesinato del señor Shaitana, estaba sentado en una localidad de tres chelines y seis peniques, en el *Willy Nilly Revue*, al lado de la señorita Elsie Batt, la única doncella que tuvo a su servicio la señora Craddock, de 117, North Audley Street.

Después de haber preparado cuidadosamente su aproximación, el sargento O'Connor estaba lanzando entonces la gran ofensiva.

—… me recuerda —decía— la forma en que acostumbraba a llevarlo un jefe que tuve. Se llamaba Craddock. Era un poco tunante.

—¿Craddock? —preguntó Elsie—. Serví en cierta ocasión a unos Craddock.

—Qué divertido. A lo mejor eran los mismos.

—Vivían en North Audley Street —indicó la muchacha.

—Los que yo digo vivían en Londres cuando los dejé —aclaró O'Connor con presteza—. Sí; creo que luego vivían en North Audley Street. La señora Craddock tenía un genio bastante raro.

Elsie sacudió la cabeza.

—Me hacía perder la paciencia. Siempre encontraba faltas y protestaba por todo. Nada estaba bien hecho.

—Su marido también era víctima de sus destemplanzas, ¿verdad?

—Siempre se quejaba de que no se preocupaba de ella… que no la comprendía. Decía constantemente que tenía muy poca salud, y aunque gemía, no estaba enferma, ni mucho menos.

—Eso es. ¿No hubo nada entre ella y cierto doctor? ¿Algo gordo?

—¿Se refiere al doctor Roberts? Era un caballero muy amable.

—Las chicas son todas iguales —dijo el sargento—. En cuanto tropiezan con un pájaro de cuidado, no hay ninguna que no lo defienda. Yo conozco esa clase de tipos.

—No, no lo conoce. Está equivocado respecto a él. No hubo nada de lo que supone. ¿Tenía él la culpa de que la señora Craddock le estuviera llamando constantemente? ¿Qué debe hacer un médico en esos casos? No pensaba en ella más que como una paciente. Todo lo demás lo hacía la señora. No lo dejaba ni a sol ni a sombra.

—Todo eso está muy bien Elsie. ¿No le importará que la llamase Elsie? Parece como si la hubiera conocido de toda la vida.

—¡Pues no es así!

La muchacha sacudió la cabeza.

—Muy bien, señorita Batt —dijo él lanzándole una rápida mirada—. Como le decía, todo esto está muy bien, pero el marido demostró su resentimiento, ¿verdad?

—Un día se puso bastante furioso —admitió Elsie—. Pero entonces ya estaba enfermo. Murió poco después.

—Sí, lo recuerdo, murió de una enfermedad algo rara, ¿verdad?

—De origen japonés fue… producida por una brocha de afeitar que compró. Parece mentira que no tengan más cuidado, ¿no le parece? Desde entonces no me he vuelto a encaprichar de ningún objeto japonés.

—«Compremos géneros ingleses», es mi lema —dijo O'Connor con tono sentencioso—. ¿Y dice que tuvo una agarrada con el médico?

Elsie asintió, gozando intensamente al revivir escándalos pretéritos.

—Se pusieron muy violentos —dijo—. El señor, por lo menos. El doctor Roberts se mantuvo siempre tranquilo. Sólo dijo: «Tonterías» y «Quién le ha puesto eso en la cabeza».

—Supongo que eso pasaría en casa.

—Sí. La señora llamó al médico. Luego ella y el señor tuvieron unas palabras. En esto llegó el doctor Roberts y el señor la emprendió con él.

—¿Qué le dijo exactamente?

—Bueno… como es natural, ellos no sabían que yo estaba escuchando. Todo pasó en la habitación de la señora. Pensé que ocurriría algo bueno y, por lo tanto, cogí la escoba y me puse a barrer la escalera. No quería perderme nada.

—Como le decía —prosiguió Elsie—, el doctor Roberts no se alteró… el señor fue quien dio todos los gritos.

—¿Qué dijo? —preguntó O'Connor, acercándose por segunda vez al punto vital.

—Le estaban engañando —comentó la joven con fruición.

—¿Qué quiere decir?

—Parecía que Elsie no iba a llegar nunca a lo que interesaba.

—No entendí algunas cosas de las que dijeron —admitió ella—. Gran cantidad de palabras largas, «conducta impropia de su profesión», «abuso de confianza» y cosas por el estilo. Oí decir al señor que iba a conseguir que expulsaran al doctor Roberts del Registro Médico; ¿se dice así? Dijo algo parecido.

—Eso es —observó O'Connor—. Se quejaría al Colegio Médico.

—Sí, una cosa así. Entonces la señora se puso nerviosa y dijo: «No te preocupas de mí, ni te importo nada. Me dejas sola.» Y añadió que el doctor Roberts había sido un ángel de bondad para ella. Luego el doctor entró en el tocador acompañado por el señor y cerró la puerta del dormitorio. Oí perfectamente como decía: «Pero mi querido amigo, ¿no se da cuenta de que su esposa es neurótica? No sabe lo que se dice. Si he de confesarle la verdad, este caso es muy difícil y ya hace tiempo que lo hubiera dejado si hubiera creído que ello era com… com… una palabra rara; ahí, sí; compatible… eso es… compatible con mi deber.» Tal vez fue lo que le dijo. También se refirió a no excederse de los límites… algo entre un médico y un paciente. Logró que el señor se apaciguara un poco y luego le advirtió:

—«Llegará usted tarde a su trabajo. Será mejor que se vaya. Piense las cosas con tranquilidad y creo que se dará cuenta de que el asunto en sí no tiene pies ni cabeza. Me lavaré las manos antes de marcharme. Recapacite sobre esto, amigo mío. Le puedo asegurar que todo es producto de la imaginación desordenada de su esposa.» Y el señor contestó: «No sé qué pensar.» Salió del tocador… entonces estaba yo barriendo con toda mi alma… pero ni se dio cuenta de mí. Según pensé después, tenía aspecto de enfermo. El doctor, entretanto, silbaba alegremente mientras se lavaba las manos. Poco después salió llevando su maletín y habló conmigo, muy amable y jovial, como siempre hacía. Bajó por la escalera tan contento como de costumbre. Por ello estoy segura de que no hizo nada que pudiera censurársele. Fue cosa solamente de ella.

—¿Y luego Craddock enfermó de ántrax?

—Sí. Yo creo que entonces ya estaba enfermo. La señora lo cuidó con mucho afecto, pero murió. En el entierro hubo unas coronas muy bonitas.

—¿Volvió después por casa del doctor Roberts?

—No, no volvió. Pareció como si le tuviera rencor por algo. Ya le he dicho que no hubo nada, pues de no ser así se hubiera casado después con la señora, ¿no le parece? Pero no lo hizo; no fue tan tonto. Sabía de qué pie cojeaba ella. La señora le telefoneaba a menudo, pero siempre daba la casualidad de que él no estaba en casa. Poco después, la señora vendió todo cuanto tenía, despidió a la servidumbre y se marchó a Egipto.

—¿Y no vio usted al doctor Roberts durante todo ese tiempo?

—No. La señora sí lo vio, porque fue a su consulta para que le pusiera la…, ¿cómo se llama…?, la vacuna contra el tifus. Cuando volvió a casa le dolía mucho el brazo. Si he de decirle la verdad, creo que él le expuso claramente que no había nada que hacer. Ella no le volvió a telefonear. Se compró un juego de vestidos muy bonitos… de colores claros, aunque estábamos a mitad del invierno, porque, según dijo, debía hacer mucho calor entonces en Egipto.

—Así es —comentó el sargento—. Dicen que algunas veces hace allí demasiado calor. Supongo que sabrá que su señora murió.

—No; de veras, no lo sabía. ¡Quién lo iba a pensar! La pobrecita debía estar más enferma de lo que yo creía.

Y añadió, dando un suspiro:

—Quisiera saber qué es lo que habrán hecho con aquellas ropas tan bonitas. Los negros no pueden ponérselas.

—Me refiero que hubiera estado usted estupenda con ellas —dijo O'Connor.

—Descarado.

—Está bien; no tendrá que soportar mis descaros por mucho tiempo. Tengo que marcharme en viaje de negocios, por cuenta de la casa donde trabajo.

—¿Por mucho tiempo?

—Tal vez tenga que ir al extranjero.

La cara de Elsie se alargó.

Aunque la muchacha no conocía el famoso poema de lord Byron, «Nunca amé a una preciosa gacela, etc.», estos sentimientos eran entonces los de ella.

La joven pensó:

«Hay que ver de qué forma todos los chicos verdaderamente atractivos no llegan nunca a cuajar. Bueno; todavía me queda Fred.»

Lo cual era consolador, porque demostraba que la repentina incursión del sargento O'Connor en la vida de Elsie, no la había afectado profundamente. ¡Fred podía ganar todavía!

Capítulo XVII

EL TESTIMONIO DE RHODA DAWES

Rhoda Dawes salió del Debenham y se detuvo pensativamente en la acera. La indecisión se reflejaba en su cara. Cualquier fugaz emoción se hacía patente en su faz con un rápido cambio de expresión. En aquel momento, el rostro de Rhoda Dawes parecía decir: «¿Debo hacerlo o no? Me gustaría… pero tal vez será mejor que no…»

El galoneado portero se dirigió hacia ella:

—¿Taxi, señorita?

Rhoda hizo un gesto negativo.

Una voluminosa señora cargada de paquetes, con el aspecto de quien quiere apresurarse a efectuar las compras para Navidad, tropezó fuertemente con la muchacha, pero ésta no se movió, tratando todavía de tomar una determinación.

Una revuelta confusión de ideas pasaba por su pensamiento.

—Después de todo, ¿por qué no he de hacerlo? Ella me dijo que fuera, aunque, tal vez, eso lo diga a todo el mundo… creyendo que no lo tomarán en serio… Bueno; al fin y al cabo, Anne no me necesita. Demostró bien a las claras que querían ir a ver a ese abogado sin que la acompañara más que el mayor Despard… ¿Y por qué no? Tres personas son demasiada gente… Y, además, en realidad no es asunto que me incumba… No es igual que si yo deseara ver al mayor Despard… Es muy amable… aunque creo que debe haberse enamorado de Anne. Los hombres no se toman tantas molestias, a no ser que… siempre hay algo más que amabilidad.

Un botones, que pasaba dio un empujón a Rhoda.

—Perdone, señorita —dijo con tono de reproche.

«Dios mío —pensó la joven—. No puedo estar aquí parada todo el día. Sólo porque soy una tonta que no puede tomar una determinación… Creo que esta chaqueta y esta falda me sientan muy bien. ¿No hubiera estado mejor el castaño que el verde? No, no lo creo. Bueno, vamos, ¿debo ir o no? Las tres y media… es una buena hora… no es como si quisiera que me invitaran a comer. Iré a dar un vistazo, de todos modos.»

Cruzó la calle, torció a la derecha, luego a la izquierda y entró en el Harley Street. Finalmente se detuvo ante el edificio que describía alegremente la señora Oliver como «rodeado completamente de sanatorios».

«Bueno; no me comerá», pensó Rhoda y entró valientemente en la casa.

El piso de la señora Oliver era el último. Un empleado uniformado la hizo pasar al ascensor y la dejó sobre un elegante felpudo, ante la puerta pintada de brillante color verde.

«Esto es horrible —pensó la muchacha—. Peor que el dentista. Pero debo hacerme el ánimo y acabar.»

Con la cara sonrosada por la turbación apretó el botón del timbre.

Abrió la puerta una criada de bastante edad.

—¿Está… podría… está la señora Oliver en casa? —preguntó Rhoda.

—La criada se apartó para que pasara la joven y la condujo hasta un salón bastante destartalado.

—¿A quién debo anunciar, por favor? —dijo la criada.

—Oh… ejem… a la señorita Dawes… a la señorita Rhoda Dawes.

La mujer salió y al cabo de lo que a Rhoda se le antojaron cien años, pero que en realidad fue exactamente un minuto y cuarenta y cinco segundos, volvió a entrar.

—¿Quiere pasar por aquí, señorita?

Más sonrojada todavía, Rhoda la siguió. Recorrieron un pasillo, dieron la vuelta a un recodo y se abrió una puerta. Con paso nervioso, la joven entró en lo que, a primera vista, le pareció una selva africana.

Pájaros… gran cantidad de pájaros… paraguayos, guacamayos, pájaros desconocidos por la ornitología, desparramados por lo que

parecía ser un bosque en primavera. En medio de aquel tumulto de pájaros y plantas, Rhoda vio una estropeada mesa de cocina y sobre ella una máquina de escribir. El suelo estaba cubierto por gran profusión de papeles escritos. La señora Oliver, con el pelo revuelto, se levantó de una desvencijada silla.

—¡Querida amiga! ¡Qué alegría volverla a ver! —dijo la escritora extendiendo una mano manchada de papel carbón, mientras que con la otra trataba de alisarse el pelo.

Dio con el codo a una bolsa de papel que cayó al suelo y esparció por él todo su cargamento de manzanas.

—No se preocupe. Ya las recogeré luego.

Casi sin aliento, Rhoda se levantó de la posición inclinada que había adoptado. Llevaba en la mano cinco manzanas.

—Muchas gracias… no; no las volveré a poner en la bolsa de papel, porque creo que se ha roto. Póngalas en la repisa de la chimenea. Eso es. Y ahora, sentémonos y hablemos.

Rhoda aceptó otra silla, bastante estropeada, y fijó sus ojos en los de la novelista.

—Lo siento de veras. ¿He venido a interrumpirla? —preguntó respirando todavía con precipitación.

—Pues sí y no —contestó la señora Oliver—. Estoy trabajando, como puede ver. Pero mi temible finlandés se ha metido en un lío tremendo. Hizo una deducción agudísima sobre un plato de judías tiernas y ahora acababa de descubrir un veneno activísimo en el relleno de salvia y cebolla del ganso que se come por San Miguel. Pero entonces he recordado que las judías no se dan por estas fechas.

Entusiasmada por este atisbo de las interioridades del mundo de la novela policíaca, Rhoda observó con interés:

—Podían ser judías en conserva.

—Desde luego —dijo la señora Oliver con aspecto dubitativo—. Pero se estropearía el afecto. Siempre me confundo con la horticultura y cosas similares. La gente me escribe para decirme que he puesto juntas diversas clases de flores que se dan en distintas épocas del año. Como si ello importara mucho… y, además, se ven todas juntas en cualquier tienda de flores de Londres.

—Claro que no importa —comentó Rhoda con toda buena fe—. Oh, señora Oliver, escribir novelas debe ser maravilloso.

La mujer se rascó la frente con un dedo manchado de papel carbón y preguntó:

—¿Por qué?

—Porque así debe ser —Rhoda pareció desconcertarse—. Debe ser estupendo el sentarse y escribir un libro entero.

—La cosa no ocurre exactamente así —objetó la novelista—. Ya sabe usted que antes hay que pensar el asunto. Y el pensar siempre resulta aburrido. Además, se tiene que plantear la trama y luego se atasca unas repetidas veces y piensa que jamás podría salir de tal enredo… ¡pero sale! El escribir no es muy divertido que digamos. Resulta un trabajo tan pesado como cualquier otro.

—Pues no parece que lo sea —replicó Rhoda.

—A usted no, puesto que no lo tiene que hacer. Pero a mí, sí me lo parece. Algunos días no puedo hacer otra cosa más que repetirme una y otra vez la cantidad de dinero que deberé sacar por los derechos de mi próxima obra. Esto le espolea a una. Y lo mismo ocurre con la cuenta del Banco, cuando se ve que el importe de los cheques firmados excede del saldo disponible.

—Nunca creí que mecanografiara usted misma sus novelas —dijo la joven—. Pensé que tendría una secretaria.

—Tuve una, a la que acostumbraba dictar; pero era tan competente que me deprimía. Me dio la impresión de que sabía mucho más que yo acerca del idioma, de la gramática, del punto y coma. Aquello me hizo sentir una especie de complejo de inferioridad. Después empleé a otra que era una calamidad; pero, como era de esperar, tampoco dio resultado.

—Debe ser estupendo el sentirse capaz de imaginar cosas —observó Rhoda.

—Eso para mí resulta fácil —dijo la señora Oliver alegremente —. Lo pesado es escribirlas. Cuando pienso que ya he terminado, cuento lo que he hecho y entonces me doy cuenta de que sólo he escrito treinta mil palabras en lugar de sesenta mil. Por lo tanto, no me queda más remedio que introducir un nuevo asesinato a la obra y hacer que rapten a la heroína por segunda vez. Resulta muy aburrido.

Rhoda no replicó. Estaba mirando fijamente a su interlocutora con la reverencia de que siente la juventud hacia las celebridades… ligeramente matizada esta vez por la desilusión.

—¿Le gusta el papel de las paredes? —preguntó la escritora haciendo un amplio ademán con la mano—. Estoy chiflada por los pájaros. El follaje se supone que es tropical. Me hace sentir como si el día fuera caluroso, aunque en el exterior esté helando. No puedo hacer nada a menos que me sienta bien caliente. Pero el pobre Sven Hjerson tiene que romper el hielo de su baño cada mañana…

—Yo creo que todo está muy bien —contestó Rhoda—. Y ha sido usted muy amable al decir que no la he interrumpido.

—Tomaremos un poco de café y unas tostadas —dijo la señora Oliver—. Café muy cargado y tostadas bien calientes. Las como a cualquier hora.

Fue hacia la puerta, la abrió y dio unas voces. Luego volvió y dijo:

—¿Qué le ha traído a la ciudad…? ¿Ha estado de compras acaso?

—Sí. He comprado algunas rasillas.

—¿Ha venido también la señorita Meredith?

—Sí; ha ido con el mayor Despard a visitar a un abogado.

—¿Un abogado?

Las cejas de la señora Oliver se levantaron interrogantes.

—Sí. El mayor Despard le dijo que debía contratar uno. Ha sido amabilísimo de veras.

—Yo también fui amable —comentó la escritora—, pero no parece que le hiciera mucho efecto, ¿verdad? Realmente, creo que su amiga se enfadó algo por mi visita.

—No se enfadó… se lo aseguro —Rhoda se movió en la silla, en el colmo de la turbación—. Ésa es precisamente la razón de que yo haya venido hoy… para darle una explicación. Me di cuenta de que no comprendía usted lo que pasó. Anne pareció poco amable, pero no fue por aquello… por su llegada, quiero decir. Fue por algo que usted dijo.

—¿Algo que yo dije?

—Sí. Usted no se fijó, fue una lástima.

—¿Y qué dije?

—Supongo que no se acordará. Fue la forma en que lo dijo. Se refirió usted a la cuestión de un accidente a un veneno.

—¿De veras?

—Estaba segura de que no se acordaría. Sí, Anne tuvo un

incidente muy desagradable en cierta ocasión. Estaba sirviendo en una casa cuando su señora tomó un veneno… creo que fue tinte para los sombreros… lo tomó por equivocación. Murió y aquello fue un rudo golpe para mi amiga. No puede soportar su recuerdo ni quiere que le hablen de ello. Al decir usted aquello, se lo recordó y, como es natural, se volvió áspera, rígida y extraña. Yo vi que usted se daba cuenta de ello, pero no podía decir nada delante de Anne, aunque deseaba que usted supiera que no era aquello lo que suponía. No fue ingrata.

La señora Oliver miró la cara sonrojada y anhelante de Rhoda.

—Comprendo —dijo.

—Anne es terriblemente sensitiva —prosiguió la muchacha—. Y no sirve para… bueno, para hacer frente a las cosas. Si algo le trastorna, puede estar segura de que no querrá hablar de ello, aunque esto no conduce a nada bueno en realidad… por lo menos, así lo creo yo. Las cosas siguen siendo las mismas… tanto si se habla de ellas como si no. Y relegarlas, pretendiendo creer que no existen, es una tontería. Yo prefiero tenerlas siempre presentes, por doloroso que ello pueda ser.

—¡Ah! —replicó la señora Oliver sosegadamente—. Es que usted tiene un espíritu luchador y Anne no.

—Anne es una buena chica.

La escritora sonrió.

—No he dicho que no lo fuera. Me refería a que ella no tiene el mismo coraje que usted.

Dio un suspiro y luego, inesperadamente, preguntó:

—¿Cree usted en el valor de la verdad, o no cree en él?

—¡Claro que creo en la verdad! —contestó Rhoda, mirándole fijamente.

—Sí; dice usted eso… pero tal vez no lo ha pensado bien. La verdad ofende muchas veces… y destruye las ilusiones.

—Lo he pensado, pero no me importa —replicó Rhoda.

—Igual me pasa a mí. Pero no creo que estemos acertadas con ello.

La joven rogó encarecidamente:

—No le diga a Anne lo que acabo de contar. ¿Lo hará? A ella no le gustaría.

—No pensé ni por un momento hacer una cosa así. ¿Y hace

mucho tiempo que ocurrió ese incidente?

—Cerca de cuatro años. Es raro, ¿verdad?, la forma con que las mismas cosas le pasan a una persona repetidamente. Yo tenía una tía que se halló en varios naufragios. Y la pobre Anne se ha visto ya mezclada en dos muertes repentinas… aunque, desde luego, la segunda ha sido mucho peor. El asesinato es algo horrible, ¿no le parece?

—Sí; lo es.

El café y las tostadas calientes recubiertas de mantequilla, llegaron en aquel momento.

Rhoda comió y bebió con infantil satisfacción. Le resultaba muy emocionante el estar compartiendo una comida íntima con una celebridad.

Cuando terminaron, la joven se levantó y dijo:

—Espero que no la habré molestado mucho. ¿Tendrá inconveniente… quiero decir, si no le molestará mucho… el que le enviara uno de sus libros para que me lo dedicara?

La señora Oliver rió.

—Puedo hacer una cosa mucho mejor —abrió un armario que había al extremo de la habitación—. ¿Cuál le gusta más? Yo prefiero *El caso de la segunda carpa dorada*. No es tan malo como el resto de ellos.

Un tanto sorprendida al oír cómo hablaba una autora de los hijos de su ingenio, Rhoda aceptó ávidamente. La señora Oliver cogió el libro, escribió su nombre con grandes y floridos arabescos y lo entregó a la joven.

—Aquí lo tiene.

—Muchísimas gracias. Lo he pasado muy bien. ¿De veras no le ha molestado mi visita?

—Estaba deseando que viniera.

Y añadió después de una pausa:

—Es usted una buena chica. Adiós. Cuídese mucho.

«¡Vaya! ¿Por qué le habré dicho eso?», se preguntó cuando cerró la puerta una vez que salió la joven de la habitación.

Sacudió la cabeza, se revolvió el pelo todavía más y volvió a las magistrales especulaciones de Sven Hjerson ante el relleno de salvia y cebolla.

Capítulo XVIII

TÉ EN EL ENTREACTO

La señora Lorrimer salió de una de las casas de Harley Street. Se detuvo un momento en lo alto de los peldaños que conducían a la acera y luego bajó por ellos lentamente. Había una expresión rara en su cara… una mezcla de resolución e indecisión. Frunció un poco las cejas, como si se concentrara en un profundo problema.

Fue justamente entonces cuando vio a Anne Meredith en la acera opuesta.

La muchacha estaba contemplando un gran edificio que hacía esquina.

La señora Lorrimer titubeó un instante y luego cruzó la calzada.

—¿Cómo está usted, señorita Meredith?

Anne hizo un movimiento de sorpresa.

—Oh. ¿Cómo está usted?

—¿Todavía en Londres? —preguntó la mujer.

—No. Sólo he venido para pasar el día. Tenía que despachar un asunto con mi abogado.

Sus ojos se desviaban todavía hacia el edificio que había estado mirando antes.

—¿Le ocurre algo? —preguntó de nuevo la señora Lorrimer.

Anne se estremeció.

—¿Algo? No. ¿Qué podía pasarme?

—Estaba mirando como si pensara en algo.

—Pues no pensaba en nada. Bueno, en realidad, sí estaba pensando, pero en algo sin importancia; algo completamente tonto.

La muchacha rió.

—Era tan sólo, que pensé haber visto a mi amiga… la que vive

conmigo… entrar en esa casa, y me preguntaba si habría venido a visitar a la señora Oliver.

—¿Aquí vive la señora Oliver? No lo sabía.

—Sí. Vino a vernos el otro día; nos dio su dirección y nos dijo que viniéramos a visitarla. Quisiera saber si era Rhoda la que vi entrar.

—¿Quiere subir y comprobarlo?

—No. No hace falta.

—Venga a tomar el té conmigo —invitó la señora Lorrimer—. Conozco un buen establecimiento aquí cerca.

—Es usted muy amable —dijo Anne titubeando.

Caminaron juntas por la calle y entraron en una adyacente. Les sirvieron té con pastas en una pequeña pastelería.

No hablaron mucho. Cada una de ellas parecía encontrar un alivio en el silencio de la otra.

Anne preguntó de pronto:

—¿Ha ido a verla la señora Oliver?

—Nadie me ha visitado excepto *monsieur* Poirot.

—No quería referirme a… —empezó Anne.

—¿De veras? Creí que quería saber eso.

La muchacha le dirigió una rápida y asustada mirada. Vio algo en la cara de la señora Lorrimer que pareció tranquilizarla.

Hubo un momento de silencio.

—Pues a mí no ha venido a verme ese señor —dijo lentamente.

—¿Y no la ha visitado el superintendente Battle? —preguntó a la joven.

—Sí. Desde luego.

Anne indagó con acento titubeante:

—¿Qué cosas le preguntó?

La señora Lorrimer suspiró con cansancio.

—Supongo que me hizo las preguntas corrientes en estos casos. Pura rutina. Estuvo muy agradable.

—Eso creo yo también.

Se produjo otra pausa.

—Señora Lorrimer —dijo Anne—, ¿cree usted… que llegarán a encontrar al culpable?

Tenía los ojos fijos en su platillo. No pudo ver la expresión extraña que apareció en los ojos de la mujer al mirar su cabeza

inclinada.

—No lo sé… —murmuró la señora Lorrimer.

—No es… muy agradable, ¿verdad? —dijo lamentándose la joven.

La cara de la señora Lorrimer volvió a reflejar la misma expresión curiosa y a la vez comprensiva, cuando preguntó:

—¿Cuántos años tiene usted, Anne Meredith?

—Yo… yo… —la muchacha tartamudeó—. Tengo veinticinco.

—Yo tengo sesenta y tres.

Prosiguió jadeante:

—Tiene usted ante sí la mayor parte de su vida…

Anne se estremeció.

—Puede atropellarme un autobús al volver a casa —dijo.

—Sí, es verdad. Y a mí… puede que no.

Dijo aquello con un tono extraño. Anne la miró estupefacta.

—La vida es un negocio muy difícil —agregó la señora Lorrimer —. Lo sabrá cuando llegue a mi edad. Requiere una gran cantidad de coraje y otra tanta de resistencia. Y al final, una se pregunta: «¿Valía la pena?»

—¡Oh, no! —exclamó Anne.

La señora Lorrimer rió con su acostumbrada suficiencia y aplomo.

—Resulta vulgar el decir cosas tristes de la vida —comentó.

Llamó a la camarera y pagó la cuenta.

Cuando salían de la pastelería cruzaba un taxi libre ante la puerta y la señora Lorrimer lo detuvo.

—¿Puedo llevarla a algún sitio? —preguntó—. Voy a la parte sur del parque.

La cara de Anne se iluminó.

—No, muchas gracias. Mi amiga acaba de doblar la esquina. Muchísimas gracias, señora Lorrimer, Adiós.

—Adiós y buena suerte.

Arrancó el coche y Anne marchó precipitadamente hacia el otro lado.

Rhoda pareció alegrarse cuando vio a su amiga, pero luego adoptó una ligera expresión de culpabilidad.

—Rhoda, ¿has ido a ver a la señora Oliver? —preguntó Anne.

—Sí. He estado en su casa.

—Y yo te he cogido.

—No sé a qué te refieres con eso de que me has cogido. Vamos a tomar un autobús. Por lo visto, has acabado mal con tu amigo. Creí que, por lo menos, te hubiera invitado a té.

Anne guardó silencio durante un rato… una voz sonaba en sus oídos:

«¿Podríamos recoger a su amiga para tomar el té juntos?»

Y su propia contestación… rápida, sin tiempo para pensarla:

«Muchas gracias, pero tenemos que ir a tomarlo con unos amigos.»

Una mentira… una mentira tonta. La estúpida manera en que una decía la primera cosa que le venía a la cabeza, sin pararse ni un instante a reflexionar. Hubiera sido muy fácil decir: «Gracias, pero mi amiga debe haberlo tomado ya.» Eso, en el caso de que no quisiera, como así era, que Rhoda fuera con ellos.

A ella misma le extrañaba la forma en que detestaba la presencia de Rhoda. Había deseado, en definitiva, tener a Despard para ella sola. Había sentido celos. Celos de Rhoda. De Rhoda; tan ingeniosa, tan dispuesta la conversación, tan llena de entusiasmo y de vida… La otra noche parecía que el mayor Despard se había fijado mucho en Rhoda. Y sin embargo era a ella, Anne Meredith, a quien el muchacho había ido a visitar. Rhoda era así. Sin proponérselo la dejaba a una en segundo término. No; definitivamente, no había querido que Rhoda les acompañara.

Pero había obrado como una estúpida, embarullándose de aquella forma. Si se hubiera conducido mejor, a estas horas estaría tomando el té con Despard, en su club o en cualquier otro sitio.

Se sentía molesta con Rhoda. Era un estorbo. ¿Y por qué había ido a visitar a la señora Oliver?

En voz alta preguntó:

—¿Por qué has ido a ver a la señora Oliver?

—Nos dijo que viniéramos.

—Sí; pero no creí que dijera en serio. Supongo que siempre lo dice.

—Pues hablaba en serio. Ha sido muy amable… no podía haberlo sido más. Me regaló una de sus novelas. Mira.

Rhoda sacó a la luz su trofeo.

Anne preguntó suspicazmente:

—¿De qué habéis hablado? ¿No sería de mí?

—¡Miren qué presunción tiene la chica!

—Nada de eso. ¿Hablasteis de mí? ¿Hablasteis del… asesinato?

—Hablamos acerca de los asesinatos. Está escribiendo sobre uno, en que el veneno está disimulado en un relleno de salvia y cebolla. Es asombrosamente humana… dice que el escribir es un trabajo pesadísimo y me contó de qué forma se encuentra muchas veces en unos embrollos terribles al planear la trama de sus novelas. Tomamos café y tostadas calientes con mantequilla —terminó Rhoda con acento triunfal.

Y luego añadió:

—Anne. Querrás tomar el té, ¿verdad?

—No. Ya lo he tomado. Me invitó la señora Lorrimer.

—¿La señora Lorrimer? ¿No es la que… la que estaba allí?

Anne asintió.

—¿Dónde la has encontrado? ¿Fuiste a verla?

—No. La encontré en Harley Street.

—¿Qué aspecto tenía?

Anne contestó con lentitud:

—No sé cómo decirte. Estuvo… algo rara. No parecía la de la otra noche.

—¿Sigues creyendo que lo hizo ella? —preguntó Rhoda.

Su amiga permaneció silenciosa y al cabo dijo:

—No lo sé. ¡No hablemos más de esto, Rhoda! Ya sabes de qué forma aborrezco el hablar de estas cosas.

—Está bien. ¿Qué tal es el abogado? ¿Muy seco y legalista?

—Es de aspecto altivo y algo judío.

—Eso parece ser lo indicado —esperó un momento y después preguntó—: ¿Cómo se portó el mayor Despard?

—Estuvo muy amable.

—Se ha enamorado de ti, Anne; estoy segura.

—No digas tonterías, Rhoda.

—Bueno; ya lo verás.

Rhoda empezó a canturrear por lo bajo mientras pensaba:

«Está enamorado de ella, desde luego. Anne es muy bonita. Pero un poco sosa… Nunca lo acompañará en sus viajes. ¿Y cómo tenía que hacerlo si estoy segura de que chillará a la vista de una serpiente?… Los hombres siempre se vuelven locos por mujeres que

no sirven para nada.»

Luego dijo en voz alta:

—Ese autobús nos llevará a Paddington. Tenemos el tiempo justo para tomar el tren de las cuatro cuarenta y ocho.

Capítulo XIX

DELIBERACIÓN

Sonó el timbre del teléfono en la habitación de Poirot y una voz respetuosa sonó en el auricular.

—Habla el sargento O'Connor. El superintendente Battle le saluda y desea saber si el señor Hércules Poirot tendría inconveniente en pasar por Scotland Yard a las once y media.

Poirot contestó afirmativamente y el sargento colgó.

Faltaba un minuto para las once y media cuando el detective descendió de un taxi frente a la puerta de New Scotland Yard… y se dio de bruces con la señora Oliver.

—*Monsieur* Poirot. ¡Qué estupendo! ¿Quiere ayudarme?

—*Enchanté, madame*. ¿En qué puedo servirla?

—Págueme el taxi. No sé lo que me ha pasado, pues he cogido el bolso donde llevo el dinero cuando viajo por el extranjero y el taxista se ha empeñado en no admitir francos, liras o marcos.

Poirot sacó galantemente unas monedas y luego, junto con la escritora, entró en el edificio.

Los condujeron al despacho del superintendente. El policía estaba sentado ante una mesa y su aspecto era más rudo que nunca. «Igual que una obra de escultura moderna», murmuró la señora Oliver al oído de Poirot.

Battle se levantó, estrechó la mano de sus visitantes y les invitó a sentarse.

—Creí que ya era hora de que tuviéramos un cambio de impresiones —dijo—. Les gustará saber lo que he averiguado y a mí me encantará enterarme de los progresos que han hecho ustedes. Esperaremos que llegue el coronel Race y luego…

En aquel momento se abrió la puerta y entró el coronel.

—Siento haberme retrasado, Battle. ¿Cómo está usted, señora Oliver? Hola, *monsieur* Poirot. Me sabe mal haberlos hecho esperar, pero me marcho mañana y tengo un sinfín de cosas que hacer.

—¿Hacia dónde va? —preguntó la señora Oliver.

—Una pequeña expedición de caza… al Beluchistán.

Poirot comentó, mientras sonreía irónicamente:

—Hay un poco de inquietud por esta parte del mundo, ¿verdad? Tenga cuidado.

—No se preocupe —replicó Race gravemente, aunque sus ojos parpadearon.

—¿Ha conseguido algo? —preguntó Battle.

—He reunido la información relativa a Despard. Aquí la tiene…

Sacó un fajo de papeles.

—Hay un revoltijo de fechas y lugares. Muchos de esos datos no tienen ninguna importancia, según creo. No hay nada contra él. Es un chico intrépido. Sus antecedentes no tienen ni una mancha. Le gusta la disciplina a rajatabla. Los nativos le aprecian y le respetan en todos los sitios. Uno de los nombres que le dan en África, adonde Despard va con mucha frecuencia, es: «El hombre que calla y juzga imparcialmente.» Los de raza blanca opinan, por lo general, que es un «Pukka Shaib». Buen tirador, con nervio y sangre fría. Sagaz y digno de confianza.

Sin conmoverse por estos elogios, Battle preguntó:

—¿No hay muertes violentas relacionadas con él?

—Dediqué especial atención a este punto. Existe una buena circunstancia a su favor. Uno de sus compañeros fue atacado por un león…

—Las circunstancias favorables no me interesan.

—Es usted un hombre perseverante, Battle, Sólo he podido enterarme de un incidente que tal vez cuadre con lo que busca. En un viaje al interior de Sudamérica, acompañaron a Despard el profesor Luxmore, célebre botánico, y su esposa. El profesor murió de fiebres y fue enterrado en la zona del alto Amazonas.

—Fiebres… ¿seguro?

—Fiebres. Pero voy a jugar limpio con usted. Uno de los porteadores nativos (que por cierto fue despedido por ladrón) propaló la historia de que el profesor no murió de fiebres, sino de

un tiro. Este rumor no se tomó nunca en serio.

—Tal vez sea ahora la ocasión de hacerlo.

Race sacudió la cabeza.

—Le he proporcionado los hechos. Quería usted saberlos y de ello tendrá que ocuparse, pero por mi parte tengo la impresión de que Despard no fue el autor del trabajito de la otra noche. Es un hombre blanco, Battle.

—¿Quiere decir que por ello es incapaz de cometer un asesinato?

—Incapaz de realizar lo que yo llamo un asesinato… sí… desde luego.

—Pero no de matar a un hombre, basándose en lo que para él pudieran ser buenas y suficientes razones, ¿verdad?

—De ser así, tenían que ser muy buenos dichos motivos.

Battle hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No se puede permitir que un ser humano juzgue a un semejante y se tome la justicia por su mano.

—Pero eso ocurre, Battle… ocurre a veces.

—Pues no debe ocurrir… ése es mi criterio. ¿Qué dice usted, *monsieur* Poirot?

—Estoy de acuerdo con usted, Battle. Siempre reprobé el asesinato.

—¡Qué forma más divertida de tratar el asunto! —exclamó la señora Oliver—. Como si se hablase de cazar zorras o matar pájaros. ¿No cree usted que hay personas a las que debiera asesinarse?

—Posiblemente.

—Y entonces, ¿qué?

—No me ha comprendido. No es la víctima lo que tanto me interesa. Es el efecto sobre el carácter del homicida.

—¿Y qué me dice de la guerra?

—En la guerra no ejerce uno el derecho de juzgar privadamente. Ahí está precisamente el peligro. Desde el momento en que un hombre está imbuido por la idea de que sabe a quién debe permitírsele vivir y a quién no… tiene la mitad del camino recorrido para convertirse en el peor de los asesinos; es decir, el criminal arrogante que no mata en provecho propio, sino por una idea. Usurpa las funciones de *le bon Dieu*.

El coronel Race se levantó.

—Siento no poder quedarme con ustedes, pues tengo mucho que hacer. Me gustaría ver en qué para todo esto, pero no me sorprendería que no se llegue nunca a la solución. Aunque descubran quién lo hizo, les va a ser muy difícil probarlo. Le he proporcionado lo que necesitaba, superintendente, pero en mi opinión, Despard no es el culpable. No creo que haya cometido jamás un asesinato. Shaitana pudo haber oído algún rumor sobre la muerte del profesor Luxmore, pero no estimo que supiera mucho más. Despard es un hombre blanco y estoy seguro de que nunca fue un asesino. Tal es mi parecer y que conste que conozco bien a los hombres.

—¿Qué tal es la señora Luxmore? —preguntó Battle.

—Vive en Londres y, por lo tanto, puede verla usted mismo. Encontrará su dirección entre esos papeles. Vive por South Kensington. Pero les repito que Despard no es el culpable.

El coronel Race salió del despacho con el paso elástico y silencioso del cazador.

Battle hizo un gesto afirmativo cuando se cerró la puerta.

—Probablemente tiene razón —dijo—. El coronel Race conoce bien a los hombres. Pero, de todas formas, no puede darse nada por sentado.

Empezó a ojear el fajo de documentos que Race dejara sobre la mesa y, de vez en cuando, hizo unas anotaciones en un bloc que tenía a su lado.

—Bueno, superintendente Battle —dijo la señora Oliver—. ¿Va a decirnos de una vez qué es lo que ha descubierto?

Battle levantó la mirada y sonrió. Una sonrisa lenta que arrugó su cara.

—Esto que estamos haciendo es muy irregular, señora Oliver. Espero que se dará cuenta de ello.

—Tonterías —dijo la escritora—. No pensé jamás que nos fuera a contar algo que no quisiera usted que supiéramos.

Battle sacudió la cabeza.

—No —dijo con decisión—. Las cartas sobre la mesa. Tal debe ser el lema de este asunto. Quiero decir que se ha de jugar limpio.

La señora Oliver acercó la silla en que estaba sentada.

—Cuéntenos —rogó.

El superintendente empezó a hablar despacio.

—Antes que nada, he de reconocer una cosa. No tengo ni la más mínima idea de quién pueda ser el asesino del señor Shaitana. No existe ni un indicio, ni una pista de cualquier clase entre los papeles de la víctima. Y respecto a los cuatro sospechosos, he hecho que los siguieran, como es natural, pero sin ningún resultado positivo. Era cosa de esperar. Como dice *monsieur* Poirot, sólo hay una esperanza… el pasado. Descubramos cuál fue exactamente el crimen… (si es que hubo alguno, pues, al fin y al cabo, el señor Shaitana pudo estar fanfarroneando para impresionar a *monsieur* Poirot), cuál fue el crimen, como digo, que cometió cada uno de esos cuatro… y les podré decir quién fue el autor del asesinato.

—¿Ha descubierto usted algo?

—Estoy sobre la pista de uno de ellos.

—¿Cuál?

—El doctor Roberts.

La señora Oliver le miró con emoción.

—Como sabe *monsieur* Poirot, he ensayado toda la clase de teorías y establecí de forma clara que ninguno de sus familiares inmediatos murió repentinamente. Exploré lo mejor que pude a una sola posibilidad… más bien, a una posibilidad ajena a la cuestión. Hace unos pocos años, el doctor Roberts pudo haber sido culpable de imprudencia, por lo menos respecto a una de sus pacientes. Tal vez no hubo nada en el fondo… y posiblemente así fue. Pero la señora tenía uno de esos temperamentos emotivos y nerviosos que gustan de organizar escenas. Por otra parte, el marido se enteró de lo que pasaba a su mujer, «confesó». De todas formas, y por lo que se refiere al doctor, podía considerarse que el asunto se ponía feo. El encolerizado marido lo amenazó con denunciarle al Colegio Médico…

—¿Y qué paso? —preguntó la señora Oliver casi sin aliento.

—Al parecer, Roberts procuró calmar al enfurecido caballero, al menos temporalmente… y murió de ántrax casi inmediatamente después.

—¿Ántrax? ¿Pero no es una enfermedad del ganado?

El superintendente hizo un ligero gesto.

—Eso es, señora Oliver. No fue uno de esos venenos sutiles que emplean los indios de la América del Sur para emponzoñar sus flechas. Recordará usted que por entonces se habló mucho sobre

unas brochas de afeitar baratas, que estaban infectadas con el virus de esa enfermedad. Se comprobó que la brocha de Craddock fue la causa de la infección.

—¿Y lo atendió el doctor Roberts durante su enfermedad?

—No. Era demasiado prudente para hacerlo. Pero es indudable que Craddock tampoco hubiera querido que lo hiciera. La única prueba que tengo, bastante insignificante, por cierto, es que entre los pacientes del doctor Roberts hubo un caso de ántrax por aquellos días.

—¿Quiere usted decir que el médico infectó la brocha de afeitar?

—Ahí es precisamente donde voy a parar. Pero, por desgracia, es sólo una idea. Nada definitivo. Pura conjetura, aunque no hay pruebas a ese respecto, pudo haber sido así.

—¿Y no se casó con la señora Craddock después?

—No. Me imagino que la pasión sólo existió por parte de ella. Pareció demostrar algún resentimiento según me he enterado, pero de repente se fue a Egipto para pasar alegremente el invierno. Murió allí. Un caso de envenenamiento de la sangre. Tiene un nombre largo y enrevesado que no creo que les dé mucha luz sobre la cuestión. Algo raro en este país, pero muy común en Egipto.

—Entonces, ¿el doctor no la envenenó?

—No lo sé —contestó Battle—. He hablado con un bacteriólogo amigo mío… Es terriblemente difícil conseguir respuestas concretas de esa gente. Nunca dicen sí o no. Siempre aquello de: «Eso puede ser bajo ciertas condiciones»… «depende de las condiciones patológicas de quien lo recibe»… «se han visto casos así»… y cosas por el estilo. Pero, por lo que pude sacar de lo que me dijo mi amigo, el germen o gérmenes, según supongo, pudieron ser introducidos en la sangre de la señora Craddock antes de que saliera de Inglaterra. Los síntomas no hubieran aparecido hasta pasado cierto tiempo.

Poirot preguntó:

—¿Se vacunó la señora Craddock contra el tifus antes de salir para Egipto? Tengo entendido que mucha gente lo hace.

—Bravo, *monsieur* Poirot.

—¿La vacunó el doctor Roberts?

—Así es. Pero ya estamos en lo de antes… no podemos probar

nada. La mujer se inoculó la vacuna en dos veces, como de costumbre. Pudieron ser dos inyecciones antitíficas. O pudo serlo una de ellas y la otra… cualquier cosa. No lo sabemos, ni nunca lo sabremos. Todo es mera hipótesis. Sólo podemos decir: «Pudo ser».

Poirot asintió pensativamente.

—Ello coincide perfectamente con ciertas observaciones que me hizo el señor Shaitana. Exaltó al asesino afortunado… al hombre a quien nunca podrá imputársele el crimen que cometió.

—¿Y cómo pudo enterarse el señor Shaitana? —preguntó la señora Oliver.

Poirot se encogió de hombros.

—Nunca lo sabremos. Shaitana estuvo en Egipto en cierta ocasión. Lo sé porque conoció a la señora Lorrimer allí. Pudo haber oído comentar a cualquier médico local las notables características que presentó el caso de la señora Craddock… la extrañeza sobre la forma en que se declaró la infección. Cierto tiempo después, tal vez llegaron a sus oídos algunas murmuraciones sobre el doctor Roberts y la señora Craddock. Posiblemente se divirtió haciendo una observación cabalística al doctor y notó una expresión alerta en sus ojos… algo raro. Algunas personas tienen un misterioso poder para descubrir los secretos de los demás. El señor Shaitana era una de ellas. Pero todo esto no nos importa. Sólo podemos decir… que él suponía algo. ¿Era correcta su suposición?

—Yo creo que sí —dijo Battle—. Tengo el presentimiento de que nuestro jovial doctor no es demasiado escrupuloso. He conocido a uno o dos como él. Hay que ver cómo se parecen muchos tipos. En mi opinión, es un homicida. Mató a Craddock y pudo matar a la esposa de éste, que empezaba a ser un estorbo y la causa de un escándalo. ¿Pero mató a Shaitana? Ésa es la cuestión. Comparando los crímenes me inclino a dudarlo. En el caso de los Craddock utilizó métodos científicos. Las defunciones parecieron debidas a causas naturales. Si mató a Shaitana, estimo que lo hubiera hecho también científicamente. Hubiera utilizado los microbios y no el puñal.

—Nunca creí que fuera él —observó la señora Oliver—. Ni por un instante. Es demasiado notorio.

—Descartado Roberts —murmuró Poirot—. ¿Y qué me dicen de los demás?

Battle hizo un gesto de impaciencia.

—Estoy completamente a oscuras. La señora Lorrimer es viuda desde hace veinte años. La mayor parte del tiempo ha vivido en Londres, haciendo viajes al extranjero durante el invierno, en ocasiones. Sitios civilizados… la Riviera, Egipto y lugares semejantes. No he podido asociar con ella ninguna muerte misteriosa. Parece que ha llevado una vida perfectamente normal y respetable… la vida de una mujer de mundo. Todos parecen apreciarla y tienen formada una alta opinión de su carácter. Lo peor que se dice de ella es que no soporta a los tontos. No niego que en este aspecto he fracasado en todo la línea. Y, sin embargo, debe haber algo. Shaitana creyó que lo había.

Lanzó un suspiro de desesperación.

—Después tenemos a la señorita Meredith. He investigado concienzudamente sus antecedentes. La historia de costumbre. Hija de un oficial del Ejército. Su padre le dejó muy poco dinero y tuvo que ganarse la vida. No estaba preparada para ningún oficio. He comprobado todo lo que hizo cuando quedó sola en Cheltenham y no hay nada sospechoso. La gente se compadeció mucho de la pobrecilla. Primero fue a vivir con unas personas de la isla de Wright… era una especie de niñera y asistente. La señora con quien estuvo vive ahora en Palestina, pero he hablado con su hermana y me ha dicho que la señora Eldon estaba encantada con la muchacha. Y nada de muertes violentas ni cosas parecidas. Cuando la señora Eldon se fue al extranjero, la señorita Meredith fue al Devonshire y entró a servir de acompañante a la tía de una de sus amigas del colegio. Esta amiga es la que vive ahora con ella… la señorita Rhoda Dawes. Estuvo allí durante dos años, hasta que su señora se puso muy enferma y tuvo que emplear a una enfermera fija. Creo que tiene cáncer. Todavía vive, pero su conversación es muy vaga, pues casi siempre está bajo los efectos de la morfina. Tuve una entrevista con ella. Se acordaba de Anne y dijo que era una chica muy agradable. Hablé también con una vecina que fuera más capaz de recordar lo sucedido en los últimos años. Ninguna defunción en la parroquia, excepto la de uno o dos de los más viejos del lugar, con los cuales, según pude deducir, nunca tuvo contacto Anne Meredith. Después de aquello estuvo en Suiza. Pensé que allí encontraría la pista de algún accidente mortal, pero no tuve ningún

éxito. Ni tampoco hay nada en Wallingford.

—¿Queda absuelta, pues, Anne Meredith? —preguntó Poirot.

Battle titubeó.

—No diría yo eso. Hay algo… Tiene un aspecto asustado, que no puede atribuirse por completo al pánico que le infundía Shaitana. Es demasiado precavida. Está demasiado sobre aviso. Aseguraría que hay algo. Pero, al fin y al cabo… ha llevado hasta ahora una vida intachable.

La señora Oliver aspiró profundamente el aire… con aspecto de completa satisfacción.

—Y sin embargo —dijo—, Anne Meredith estuvo en cierta casa cuando una mujer tomó un veneno por equivocación y murió.

No tuvo queja del efecto que causaron sus palabras.

El superintendente Battle dio la vuelta completa en su sillón y se quedó mirando a la novelista con asombro.

—¿Es verdad eso, señora Oliver? ¿Cómo lo sabe?

—He estado husmeando por ahí —dijo ella—. Me ocupé de las muchachas. Fui a verlas y les conté un cuento chino acerca de mis sospechas sobre el doctor Roberts. Piensan que yo era una celebridad. A la pequeña Meredith no le hizo gracia mi visita y lo demostró bien a las claras. Sospechaba. ¿Por qué debía sospechar, si no tenía nada que ocultar? Les dije a las dos que vinieran a verme en Londres. Rhoda lo hizo y me lo contó todo sin rodeos. Me dijo que Anne había estado algo desconsiderada conmigo porque algo de lo que yo dije le recordó un doloroso incidente. Luego me lo describió con pelos y señales.

—¿Le dijo cuándo y dónde ocurrió?

—Hace tres años, en Devonshire.

El superintendente Battle murmuró algo para su capote y escribió unas palabras en el bloc. Su pétrea calma había sido sacudida.

La señora Oliver saboreaba su triunfo. Fue un momento de gran satisfacción para ella.

—Me descubro ante usted, señora Oliver —dijo Battle—. Esta vez nos ha dado una lección. Es una información de mucho valor. Y demuestra cuán fácilmente puede uno omitir una cosa.

Frunció un poco las cejas.

—No pudo estar mucho tiempo allí… donde quiera que fuese —

agregó—. Un par de meses a lo sumo. Debió ser entre su salida de la isla de Wright y su llegada a la casa de la señorita Dawes. Sí así debió ocurrir. La hermana se la señora Eldon recordaba que se fue a vivir a un lugar del Devonshire… pero no sabía exactamente dónde.

—Dígame —rogó Poirot—. La señora Eldon es una mujer bastante desordenada, ¿verdad?

Battle lo miró con curiosidad.

—Me sorprende que pregunte usted eso, *monsieur* Poirot. No sé cómo pudo llegar a saberlo. La hermana de la señora Eldon me la describió muy gráficamente. «Es una atolondrada y nunca sabe dónde deja las cosas.» ¿Cómo se enteró usted?

—Porque necesitaba una asistenta —indicó la señora Oliver.

—No, no; no es eso. No importa de momento; sólo era curiosidad. Continúe, superintendente.

—Como decía —prosiguió Battle—, di como cierto que estuvo con la señorita Dawes cuando se fue de la isla de Wright. Esa chica es una mentirosa consumada y me engañó como a un chino.

—Mentir no es siempre señal de culpabilidad —observó Poirot.

—Ya lo sé, *monsieur* Poirot. Aunque existen mentirosos natos, y esa joven lo es. Siempre dice las cosas que mejor suenan. De todas formas, se corre un grave peligro callando hechos como el que nos ocupa.

—Tal vez creerá que no le interesan a usted los crímenes pasados —comentó la señora Oliver.

—Ésa sería una razón de más para no suprimir semejante información. Pudo haberse aceptado como un caso de muerte accidental, ocasionada de buena fe y, por lo tanto, la muchacha no tenía nada que temer… a no ser que fuera culpable.

—Sí; de no ser culpable de la muerte ocurrida en el Devonshire —repitió Poirot.

Battle se volvió a él.

—Ya sé a qué se refiere. Aun en el caso de que aquella muerte no hubiera sido accidental… no se puede asegurar por ello que la chica matara a Shaitana. Pero todas esas muertes ocurridas hace años no dejan de ser asesinatos, y yo necesito colocarme en situación de poder achacar cada crimen a la persona responsable de él.

—Si hemos de atenernos a la opinión de Shaitana, eso resultará

imposible —dijo Poirot.

—En el caso del doctor Roberts, puede ser. Pero todavía me queda por ver si ocurrirá lo mismo en el de la señorita Meredith. Mañana iré a Devon.

—¿Ya sabe usted adónde tiene que dirigirse? —preguntó la señora Oliver—. No me gustó pedirle más detalles a Rhoda.

—Hizo usted muy bien. Pero no me costará mucho averiguarlo. Como tuvo que celebrarse una encuesta, localizaré los antecedentes en el registro del médico forense. Es un trabajo rutinario. Mañana a primera hora ya me tendrán preparados todos los detalles.

—¿Y qué me dice del mayor Despard? —preguntó la novelista—. ¿Ha investigado acerca de él?

—Estaba esperando el informe del coronel Race. Como es lógico, ordené que le vigilaran y me enteré de que hizo una cosa bastante significativa: fue a Wellinford y visitó a la señorita Meredith. Como recordarán, el muchacho aseguró que nunca la había visto antes de que se la presentaran en casa de Shaitana.

—Es una chica muy bonita —murmuró Poirot.

—Sí. Espero que a eso se reducirá todo. Y a propósito. Despard no ha dejado nada al azar. Consultó con un abogado. Eso parece significar que no está seguro de que las cosas marchen bien.

—Es un hombre precavido —dijo Poirot—. Recuerde que puede actuar con gran celeridad.

Battle lo miró fijamente.

—Y bien, *monsieur* Poirot, ¿qué cartas tiene usted en la mano? Todavía no las ha puesto sobre la mesa.

El detective sonrió.

—Tengo muy poca cosa. ¿Cree usted que me reservo algo? Pues no es así. No me he enterado de mucho. Hablé con el doctor Roberts, la señora Lorrimer y el mayor Despard; todavía tengo que ver a la señorita Meredith. ¿Y de qué me enteré? ¡De esto, simplemente! De que el doctor Roberts es un observador muy sutil; de que la señora Lorrimer tiene un considerable poder de concentración, pero que, precisamente por ello, casi no se da cuenta de lo que le rodea. Le gustan las flores. Despard solamente se da cuenta de las cosas que le atañen… alfombras, trofeos de caza, etc. No tiene lo que yo llamo visión externa, observación de los detalles que rodean a uno, ni visión interna… concentración, enfoque del

pensamiento sobre un objeto. Su visión se limita a un solo intento. Sólo ve lo que se combina y armoniza con la tendencia de sus pensamientos.

—Y a eso llama usted hechos… ¿no es así? —preguntó Battle con curiosidad.

—Son hechos. Un pequeño enjambre de ellos… tal vez.

—¿Y la señorita Meredith?

—La he dejado para lo último. Pero le preguntaré también si recuerda los objetos que había en aquella habitación.

—Es un método muy raro de investigar —comentó Battle—. Puramente psicológico. ¿Y si lo llevaran por el camino equivocado?

Poirot sacudió la cabeza mientras sonreía.

—No; eso es imposible. Tanto si tratan de ocultar algo o de ayudarme, revelan necesariamente su tipo de mentalidad.

—No hay duda de que existe algo positivo en ello —dijo el superintendente—. Aunque yo no sé actuar de esa forma.

Poirot comentó, sin dejar de sonreír:

—Me parece que he adelantado muy poco, comparándolo con lo que han hecho usted y la señora Oliver… y el coronel Race. Las cartas que he puesto sobre la mesa son muy bajas.

Battle le miró.

—Ya sabe usted, *monsieur* Poirot, que el dos de triunfo es una carta baja, pero gana a cualquiera de los ases de los tres palos restantes. De todas maneras voy a rogarle que lleve a cabo un trabajo práctico.

—¿Cuál es?

—Quisiera que se entrevistara con la viuda del profesor Luxmore.

—¿Y por qué no lo hace usted mismo?

—Porque, como le dije antes, tengo que ir a Devonshire.

—¿Por qué no lo hace usted mismo? —repitió Hércules Poirot.

—No le convence, ¿verdad? Bueno; se lo diré. Porque pienso que usted conseguirá más cosas de ella que yo.

—¿A pesar de que mis métodos no son tan directos?

—Dígalo usted como quiera —Battle hizo una mueca—. Oí comentar al inspector Japp que tenía usted una mente tortuosa.

—¿Como la del difunto Shaitana?

—¿Cree usted que él hubiera sido capaz de hacer hablar a esa

señora?

Poirot respondió lentamente:

—Creo que eso fue lo que sucedió.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Battle vivamente.

—Por una observación casual que me hizo el señor Despard.

—Se fue de la lengua, ¿verdad? No me parece cosa de él.

—Mi querido amigo; es imposible no irse de la lengua… a menos que nunca se abra la boca. La palabra es el revelador más seguro.

—¿Aunque la gente mienta? —preguntó la señora Oliver.

—Sí, *madame*; porque puede verse en seguida que está usted diciendo una clase determinada de mentira.

—Me hace usted sentirme terriblemente incómoda —dijo la novelista levantándose.

El superintendente Battle la acompañó hasta la puerta y le estrechó efusivamente la mano.

—Se ha llevado usted el premio, señora Oliver —dijo—. Es usted mejor detective que su larguirucho héroe lapón.

—Finlandés —corrigió la mujer—. Desde luego, es imbécil, pero a la gente le gusta. Adiós.

—Debo irme también —dijo Poirot.

Battle escribió unas señas en un trozo de papel y se lo entregó al detective.

—Ahí tiene. Vaya y entiéndase con ella.

Poirot asintió.

—¿Qué quiere usted que averigüe?

—La verdad acerca de la muerte del profesor Luxmore.

—*Mon cheri* Battle. ¿Conoce alguien la verdad de las cosas?

—Pues yo voy a saberla respecto a este asunto del Devonshire —dijo el superintendente con decisión.

Poirot murmuró:

—Me extraña.

Capítulo XX

EL TESTIMONIO DE LA SEÑORA LUXMORE

La criada que abrió la puerta de la casa donde vivía la señora Luxmore, en South Kensington, miró a Poirot con franca reprobación. No mostró ninguna disposición a dejarlo pasar al interior. Poirot le entregó su tarjeta sin inmutarse.

—Dele esto a su señora. Creo que querrá hablar conmigo.

Era una de sus más ostentosas tarjetas. Las palabras «Detective Privado» estaban impresas en una de las esquinas. Las había encargado expresamente, con el fin de conseguir entrevistas con el llamado sexo débil. Toda mujer, se considerara inocente o no, deseaba con ansiedad ver cómo era un detective privado y enterarse de lo que quería.

Como la criada cerraba ignominiosamente la puerta ante sus narices, Poirot se dedicó a estudiar con evidente disgusto el llamador de latón que estaba falto, a todas luces, de un buen pulido.

—Necesita un poco de limpiametales y una bayeta —murmuró para sí mismo.

La criada volvió, respirando con excitación, y dejó pasar a Poirot.

Le condujo hasta una habitación del primer piso. Un salón algo oscuro que olía a flores mustias y a ceniceros sin vaciar. Había gran cantidad de cojines de seda, de calores exóticos. Las paredes estaban recubiertas de papel verde esmeralda y el alto techo pintado de color cobrizo.

Una mujer alta y de aspecto distinguido estaba de pie junto a la chimenea. Avanzó unos pasos y habló con voz profunda y ronca.

—*¿Monsieur* Hércules Poirot?

Poirot hizo una reverencia. Sus modales no eran los que empleaba generalmente. No sólo tenía aspecto extranjero en aquella ocasión, sino que lo exageró cuanto pudo. Los gestos eran barrocos a más no poder. Muy ligeramente, recordaba las maneras del difunto señor Shaitana.

Poirot volvió a doblar el espinazo.

—¿Para qué desea verme?

—¿Podría sentarme? Nos llevará un poco de tiempo…

La mujer le indicó un sillón con gesto impaciente y se sentó al borde de un sofá.

—¿Y bien?

—Pues sucede, *madame*, que estoy haciendo unas investigaciones… investigaciones privadas, ¿comprende?

Cuanto más deliberada hacía su exposición, más avidez mostraba ella.

—Sí… Sí.

—Estoy haciendo investigaciones acerca de la muerte del profesor Luxmore.

Ella dio un respingo. Su consternación era evidente.

—¿Por qué? ¿Qué quiere usted decir? ¿Qué tiene usted que ver con ello?

Poirot la observó atentamente antes de proseguir.

—Sepa usted que se está escribiendo un libro. La vida de su esposo. El escritor, como es natural, tiene mucho interés en conocer exactamente todo lo que se relacione con él. Cómo murió, por ejemplo…

La mujer no le dejó continuar.

—Mi marido murió de fiebres… en el Amazonas.

Poirot se recostó en su asiento. Lenta, muy lentamente, movió la cabeza de un lado a otro, en enloquecedor y monótono gesto.

—*Madame*… *Madame*… —reconvino.

—¡No me lo han contado! Estaba yo presente.

—Ah, sí. Estaba usted allí. Eso dicen los informes que me han dado.

—¿Qué informes? —exclamó ella.

Mirándola con fijeza, declaró:

—Los informes que me proporcionó el difunto señor Shaitana.

La mujer hizo un movimiento de retroceso, como si la hubiera

golpeado con un látigo.

—¿Shaitana? —musitó.

—Un hombre que sabía muchas cosas —dijo Poirot—. Un hombre extraordinario, que estaba enterado de muchos secretos.

—Supongo que así sería —murmuró ella pasándose la lengua por los resecos labios.

Poirot se inclinó hacia delante y se dio un golpecito en la rodilla.

—Sabía, por ejemplo, que su marido de usted no murió de fiebres.

Ella lo miró fijamente. Sus ojos tenían una expresión fiera y desesperada.

El detective volvió a recostarse en el sillón y aguardó el efecto de sus palabras.

La mujer se recobró haciendo un esfuerzo.

—No sé… no sé a qué se refiere.

Pero lo dijo con un tono que notoriamente sonaba a falso.

—*Madame* —observó Poirot—. Voy a hablarle con franqueza —sonrió—. Voy a poner mis cartas sobre la mesa. A su marido no lo mataron las fiebres. ¡Lo mató una bala!

—¡Oh! —exclamó ella. Se cubrió la cara con las manos y empezó a oscilar de un lado a otro. La sobrecogía una angustia terrible, pero era evidente que en lo más íntimo de su ser estaba saboreando las emociones que sentía en aquel instante. Poirot estaba completamente seguro de ello.

—Y, por lo tanto —continuó el detective con tono positivo—, hará usted muy bien si me cuenta todo lo que sucedió.

Ella apartó las manos de su cara y dijo:

—No fue, ni mucho menos, como usted se figura.

Poirot volvió a inclinarse hacia delante y de nuevo se dio un golpecito en la rodilla.

—No me ha entendido bien… no ha acabado de entenderme —dijo—. Yo sé muy bien que no fue usted quien disparó. Fue el mayor Despard, pero usted fue la causa de ello.

—No lo sé. No lo sé. Supongo que fui yo. Aquello fue horrible. Parece que me persigue la fatalidad.

—Eso sí que es verdad —exclamó Poirot—. Cuántas veces se ven estas cosas. Hay algunas mujeres a las que persigue la tragedia donde quiera que vayan. Ellas no tienen la culpa, pues las cosas

suceden a su pesar.

La señora Luxmore dio un profundo suspiro.

—Usted lo comprende. Ya veo que lo comprende. Todo ocurrió de la manera más natural.

—Viajaron ustedes juntos hacia el interior, ¿verdad?

—Sí. Mi marido estaba escribiendo un libro sobre unas plantas raras. Nos presentaron al mayor Despard y nos dijeron que era un hombre que conocía el terreno y se ocuparía de preparar la expedición. A mi esposo le agradó mucho y partimos.

Hubo una pausa. Poirot murmuró, como si hablara consigo mismo:

—Sí; puede uno figurarse lo que pasó. El sinuoso río… la noche tropical… el zumbido de los insectos… un hombre fuerte y apuesto… una mujer hermosa…

La señora Luxmore suspiró.

—Mi marido tenía muchos más años que yo. Me casé siendo una niña; sin saber lo que estaba haciendo…

—Ya sé, ya sé. Eso pasa muchas veces.

—Ninguno de nosotros quería reconocer lo que estaba ocurriendo —prosiguió ella—. John Despard nunca dijo una palabra sobre ello. Era la personificación del honor.

—Una mujer se da cuenta en seguida de esas cosas —insinuó Poirot.

—Tiene usted mucha razón… Sí; una mujer lo sabe… Pero yo jamás le demostré que lo sabía… Para mí fue siempre el mayor Despard, y yo para él, la señora Luxmore. Estábamos dispuestos a jugar la partida hasta el final.

Guardó silencio, como si admirara tan noble actitud.

—Es cierto —murmuró Poirot—. Debe uno jugar al cricquet. Como tan primorosamente dijo uno de sus poetas: «No puedo amarte, vida mía, más de lo que quiero al cricquet»[3].

—Al honor —corrigió la señora Luxmore frunciendo ligeramente el ceño.

—Eso es… eso es… al honor. «Más de lo que quiero al honor.»

—Tales palabras podían haber sido escritas para nosotros —comentó ella—. No importaba lo que nos costara, estábamos ambos determinados a no pronunciar la palabra fatal.

—Y entonces… —incitó Poirot.

—Aquella noche espantosa… —la señora Luxmore se estremeció.

—¿Sí?

—Supongo que se pelearían, me refiero a John y Timothy. Salí de mi tienda… salí de mi tienda…

—¿Sí… sí?

La mujer, con los ojos muy abiertos, parecía estar viendo la escena, como si se repitiera ante ella.

—Salí de mi tienda —continuó—. John y Timothy estaban… ¡Oh! —se estremeció de nuevo—. No puedo recordarlo con claridad. Me interpuse entre los dos… y dije: «No… no; no es verdad.» Timothy no quiso escucharme. Se abalanzó sobre John y éste tuvo que disparar… en defensa propia. ¡Ah! —dio un grito y se cubrió la cara con las manos—. Estaba muerto… murió en seguida… la bala le traspasó el corazón.

—Un momento verdaderamente terrible para usted, *madame*.

—Nunca lo olvidaré. John era noble. Estaba dispuesto a entregarse a las autoridades. Yo me opuse. Estuvimos discutiendo toda la noche «Hágalo por mí», le dije. Por fin se convenció. Como es natural, no quería que yo padeciera. Pensó en la publicidad que se daría al asunto. Puede figurarse lo que hubieran dicho las cabeceras de los periódicos: «Dos hombres y una mujer en la selva. Pasiones primitivas.» Le dije a John lo que debíamos hacer y al final accedió. Los indígenas que nos acompañaron no habían oído nada. Como Timothy había tenido accesos de fiebre, dijimos que murió de ella y lo enterramos al lado del Amazonas.

Un profundo y afligido suspiro sacudió toda su persona.

—Y luego… la vuelta a la civilización… y la separación definitiva.

—¿Era necesaria, *madame*?

—Sí, sí. La muerte de Timothy nos separaba tanto como si mi marido hubiera estado vivo… o más. Nos dijimos adiós… para siempre. Encontré a John varias veces… por ahí. Sonreímos… cruzamos algunas palabras corteses, pues nadie debe sospechar que hubo algo entre nosotros dos. Pero yo veo en sus ojos… y él en los míos… que nunca olvidaremos…

Se produjo un largo silencio. Poirot calló, como si rindiera tributo al final de aquel drama.

La señora Luxmore sacó una polvera y se dio unos toques en la nariz… el encanto estaba roto.

—¡Qué tragedia! —comentó Poirot en tono corriente.

—Se habrá dado usted cuenta, *monsieur* Poirot —dijo la mujer apresuradamente—, de que no debe saberse nunca lo que en realidad ocurrió.

—Sería doloroso.

—No puede ser. Su amigo, ese escritor… no querrá, seguramente, arruinar la vida de una mujer, ¿verdad?

—O llevar a la horca a un hombre inocente por completo —añadió Poirot.

—¿Opina usted así? ¡Cuánto me alegro! John era inocente. Un *crimen pasional* no es, en realidad, un crimen. Y, de todas formas, fue en defensa propia. Tuvo que disparar. Por lo tanto, ya ve usted, *monsieur* Poirot, que el mundo debe continuar creyendo que Timothy murió de fiebre.

Poirot murmuró:

—Los escritores son a veces particularmente insensibles a esas cosas.

—¿Su amigo aborrece a las mujeres? ¿Quiere que suframos? Pero usted no debe permitirlo. Yo no lo permitiré. Si es necesario cargaré con toda la culpa. Diré que fui yo quien disparó.

Se levantó y echó la cabeza hacia atrás.

Poirot también se levantó.

—*Madame* —dijo, tomando la mano que ella le ofrecía—, tan espléndido sacrificio es innecesario. Haré todo lo que pueda con el fin de que nunca lleguen a saberse los verdaderos hechos.

Una sonrisa muy femenina distendió la cara de la señora Luxmore. Levantó lentamente la mano de forma que Poirot se vio obligado a besarla.

—Una infeliz mujer le da las gracias, *monsieur* Poirot —dijo ella.

Eran las últimas palabras de una reina perseguida a uno de sus cortesanos favoritos… Con ellas le indicaba claramente que podía retirarse, y Poirot siguió al pie de la letra la indicación.

Una vez en la calle, aspiró profundamente el aire fresco.

Capítulo XXI

EL MAYOR DESPARD

—*Quelle femme!* —murmuró Hércules Poirot—. *Ce pauvre Despard! Ce qu'il a du souffrir! Quel voyage épouvantable!*

De pronto empezó a reír.

Pasaba entonces por la Brompton Road. Se detuvo, sacó el reloj e hizo un cálculo.

—Sí, tengo tiempo. De todas formas, el esperar no me hará ningún daño. Me ocuparé ahora del otro asunto. ¿Qué era aquello que cantaba mi amigo, el policía inglés hace… cuántos años… cuarenta por lo menos? Ah, sí: «Un terroncito de azúcar para el canario.»

Canturreando aquella tonadilla pasada de moda. Hércules Poirot entró en una tienda de suntuosa apariencia, dedicada casi exclusivamente a géneros de señora y productos de belleza. Se dirigió hacia la sección donde vendían medias.

Seleccionó a una damisela de aspecto simpático y nada altivo, a quien expuso sus deseos.

—¿Medias de seda? Sí; tenemos un magnífico surtido. De seda natural garantizada.

Poirot las desechó con un gesto y pidió algo mejor con gran elocuencia.

—¿Medias de seda francesa? Ya sabe usted que son muy caras, debido a los derechos de Aduanas.

La muchacha sacó una nueva pila de cajas.

—Muy bonita, *mademoiselle*; pero quisiera otras que fueran de tejido más fino.

—Éstas son del número cien. Tenemos también extrafinas, pero

valen cerca de treinta y cinco chelines el par. Y no duran nada. Son como telas de araña.

—*C'est ça. C'est ça*, exactamente.

Esta vez la joven tardó más en regresar.

Por fin volvió y dijo:

—Valen treinta y siete chelines y seis peniques cada par. Pero son magníficas, ¿verdad?

—*En fin*… esto es exactamente.

—Estupendas, ¿no le parece? ¿Cuántos pares, señor?

—Necesito… vamos a ver… diecinueve pares.

La joven casi se desplomó detrás del mostrador, pero su larga práctica en recibir desplantes de la clientela, la hizo mantenerse firme en su puesto.

—Le haremos una rebaja si se queda con dos docenas —dijo débilmente.

—No. Sólo necesito diecinueve pares. De colores que no se diferencien mucho, por favor.

La muchacha las escogió obedientemente, las envolvió y extendió la factura.

Cuando Poirot se marchó con su compra, la vecina de mostrador dijo:

—Me gustaría saber quién es la afortunada. Parece un viejo intratable, pero, por lo que se ve, su amiguita le sabe llevar bien. ¡Nada menos que medias de treinta y siete chelines y seis peniques!

Ajeno a la baja opinión que de su carácter estaban formando las dependientas de la casa Harvey Robinson, Poirot se dirigió hacia su domicilio.

Media hora después, poco más o menos, sonó el timbre de la puerta y, al cabo de un momento, el mayor Despard entró en la habitación donde estaba Poirot.

Era evidente que el joven trataba de contener su cólera.

—¿Por qué diablos ha ido a visitar a la señora Luxmore? —preguntó.

El detective sonrió.

—Deseaba saber la verdad respecto a la muerte del profesor Luxmore.

—¿La verdad? ¿Cree usted que esa mujer es capaz de decir alguna? —exclamó Despard furiosamente.

—*Eh bien*, eso me pregunté varias veces —admitió Hércules Poirot.

—Me lo figuraba. Está loca.

—No del todo —objetó el detective—. No es más que una romántica.

—Nada de romanticismo. Es una mentirosa empedernida. Muchas veces pienso que ella misma cree las mentiras que cuenta.

—Es posible.

—Es una mujer terrible. Me hizo pasar una temporada de perros en aquella expedición.

—Eso también lo creo.

Despard tomó asiento bruscamente.

—Oiga, *monsieur* Poirot; voy a contarle la verdad.

—Querrá usted decir que me va a exponer su versión de lo ocurrido.

—La mía será la verdadera.

Poirot no replicó y Despard prosiguió en tono seco:

—Me doy perfecta cuenta de que no puedo alegar ningún mérito por venir ahora a contárselo. Estoy diciendo la verdad, porque es la única cosa que se puede hacer en esta situación. Si me cree o no, es cosa suya. No tengo ninguna prueba para demostrarle que mi relato es verídico.

Calló durante un momento.

—Preparé el viaje de los Luxmore —prosiguió—. El marido era un tipo agradable; chiflado completamente por las plantas, musgos y cosas parecidas. Ella era… bueno… era tal y como usted mismo habrá podido ver. El viaje fue una pesadilla. A mí no me importaba la mujer en absoluto… y si he de decirle la verdad, no me acababa de gustar. Es de esas mujeres vehementes y espirituales que me causan desazón cuando tropiezo con ellas. Todo fue bien durante la primera quincena, pero luego los tres tuvimos unos accesos de fiebre. Tanto ella como yo los sufrimos sólo ligeramente, pero el viejo Luxmore se puso muy malo. Una noche… fíjese bien en lo que voy a decirle… estaba yo sentado a la puerta de mi tienda. De pronto vi que Luxmore se dirigía tambaleándose hacia los matorrales que bordeaban el río. Estaba delirando y, por lo tanto, inconsciente de sus actos. Si avanzaba unos pasos más caería al agua… lo cual, en aquel sitio, hubiera significado su muerte cierta,

pues no había posibilidad de salvarle. No tenía tiempo de correr tras él. Sólo podía hacer una cosa. Tenía el rifle a mi lado, como costumbre. Lo cogí. Soy un buen tirador y estaba seguro de que lograría detener a Luxmore dándole en una pierna. Pero en el preciso instante en que apretaba el gatillo, se me vino encima esa mujer gritando: «No dispare; por el amor de Dios, no dispare.» Me cogió del brazo y lo desvió ligeramente al propio tiempo que salía el tiro… con el resultado de que la bala le dio en la espalda a Luxmore y lo dejó muerto en el acto.

»Le aseguro que fue un momento desagradable. Y la muy tonta de ella seguía sin comprender lo que había hecho. En lugar de darse cuenta de que era responsable de la muerte de su marido, creía firmemente que yo había tratado de matarlo a sangre fría… porque estaba enamorado de ella. Tuvimos una escena violenta… ella insistía en que debíamos decir que había muerto a causa de la fiebre. La tuvo lástima, especialmente cuando me di cuenta de que no se percataba de lo que había hecho. Pero tendría que enterarse por fuerza si salía a relucir la verdad. Además, su completa seguridad de que yo estaba loco por ella, me conmovió un poco. Iba a organizarse un buen jaleo si lo contaba por ahí. Por fin accedí a lo que ella quería… Después de todo, tanto daba que hubieran sido las fiebres como un accidente. Por otra parte, no me gustaba ver envuelta a una mujer en un cúmulo de disgustos… aunque se tratara de una tonta como aquélla.

Al día siguiente hice correr la voz de que el profesor había muerto en uno de los accesos de fiebre y lo enterramos. Desde luego, los porteadores indígenas sabían lo que había pasado, pero todos me eran leales y sabía que jurarían ser cierto cuanto yo dijera, en caso necesario. Enterramos al pobre Luxmore y volvimos a la civilización. Desde entonces he empleado mucho tiempo eludiendo a esa mujer.

Calló, y al cabo de un rato dijo tranquilamente:

—Tal es mi historia, *monsieur* Poirot.

El detective preguntó:

—¿Se refirió a ese incidente el señor Shaitana, o al menos así lo pensó usted, cuando cenamos juntos la otra noche?

Despard asintió.

—Debió contárselo la señora Luxmore. No le resultaría muy

difícil hacerla hablar. A nuestro difunto amigo le debieron encantar esas cosas.

—Podía haber sido una historia peligrosa… para usted… en manos de un hombre como Shaitana.

Despard se encogió de hombros.

—No le tenía miedo.

Poirot calló.

—En eso tendrá usted que creerme también bajo mi palabra. Está bastante claro, según supongo, que yo tenía ciertos motivos para desear la muerte de Shaitana. Ahora ya sabe la verdad. Admítala o no.

Poirot levantó una mano.

—La admito, mayor Despard. No me cabe la menor duda de que las cosas sucedieron en Sudamérica tal como usted las ha descrito.

La cara de Despard se iluminó.

—Gracias —dijo lacónicamente.

Y estrechó con efusión la mano del detective.

Capítulo XXII

LAS PRUEBAS DE COMBREACE

El superintendente Battle se encontraba en el puesto de policía de Combreace.

Con el rostro algo colorado, el inspector Harper hablaba lentamente, con el acento agradable del Devonshire.

—Eso es todo lo que pasó, señor. Pareció tan claro como la luz del día. Tanto el forense como los demás quedamos enteramente satisfechos del veredicto. ¿Por qué no?

—Cuénteme otra vez lo de las dos botellas. Quiero dejar eso bien sentado.

—La botella contenía jarabe de higos. Al parecer, la mujer lo tomaba con regularidad. Después estaba la del tinte que había utilizado o, mejor dicho, que empleó su señorita de compañía. Estuvo tiñendo un sombrero de paja. Sobró bastante tinte y, como la botella se rompiera, la señora Benson dijo: «Póngalo en esa botella vacía… la del jarabe de higos.» No hay ninguna duda de ello. La servidumbre oyó cómo lo decía. Tanto la señorita Meredith, como la doncella y la criada, convinieron en lo mismo. Se puso el tinte en la botella del jarabe de higos y ésta se guardó, entre todos los cachivaches, en el estante más alto del armario del cuarto de baño.

—¿No le pusieron una nueva etiqueta?

—No; fue un descuido. El forense lo comentó luego.

—Prosiga.

—Aquella noche, la señora Benson entró en el cuarto de baño, cogió una botella de jarabe de higos, se sirvió una buena dosis y la bebió. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, mandó en

seguida a que buscaran al médico; pero éste había salido para atender a un enfermo y tardó bastante tiempo en acudir. Hizo luego todo lo que pudo, pero la señora Benson murió.

—¿Ella creía que aquello fue un accidente?

—Sí… y todos creímos lo mismo. Por lo visto se mezclaron las botellas. Se sugirió entonces que lo había hecho la criada al quitar el polvo; pero ella juró que no fue así.

El superintendente Battle guardó silencio… pensando. ¡Qué sistema tan sencillo! Tomar una botella del estante superior y dejarla en el de abajo. Resulta difícil seguir hasta su origen la pista de una equivocación como ésta. Posiblemente quien lo hizo el cambio llevaba puestos unos guantes y las huellas digitales más recientes, impresas en la botella, serían las de la propia señora Benson. Sí; tan fácil… tan simple… ¡Pero de todas formas, era un asesinato! El crimen perfecto.

Pero, ¿por qué? Esta pregunta le llenaba de confusión… ¿por qué?

—Esa señorita de compañía, la señorita Meredith, ¿heredó algún dinero de la señora Benson? —preguntó.

El inspector Harper sacudió la cabeza.

—No. Sólo hacía seis semanas que estaba con ella.

Battle seguía perplejo. Evidentemente, era una mujer difícil de tratar. Pero si Anne Meredith no se hubiera encontrado a gusto, hubiera dejado el empleo como hicieron las demás. No tenía necesidad de matar… a no ser que existiera un claro y desorbitado deseo de venganza. Sacudió la cabeza. Esta sugerencia no parecía del todo inverosímil.

—¿Quién heredó a la señora Benson?

—No se lo puedo decir, señor. Creo que sus sobrinos. Pero no debió de ser mucho… al menos cuando se hizo la división, pues oí que la mayor parte de sus ingresos provenían de una renta vitalicia.

No había nada, pues. Pero la señora Benson había muerto. Y Anne Meredith no confesó que había estado en Combreace.

Todo aquello era muy poco satisfactorio.

Hizo algunas indagaciones concienzudamente. El médico le habló con claridad y energía. No existía ninguna razón para creer que aquello fue otra cosa más que un accidente. La señorita… no recordaba su nombre… era una muchacha muy agradable, pero no

ayudó mucho… estuvo muy trastornada. Luego habló con el vicario. Se acordaba de la última acompañante que tuvo la señora Benson… una muchacha de aspecto modesto. Siempre venía con su señora a la Iglesia. La señora Benson había sido, no de mal carácter, sino un tanto severa con la gente joven. Interpretaba el cristianismo en su aspecto más inflexible.

Battle habló con una o dos personas más, pero no se enteró de nada que valiera la pena. Casi no se acordaban de Anne Meredith. Había vivido entre ellos durante muy poco tiempo y su personalidad no era lo suficientemente vivida como para haberles dejado una impresión duradera. La descripción generalmente aceptada era la de una muchachita agradable.

La señora Benson descollaba más claramente. Una mujer con el carácter de un granadero; que hacía trabajar de firme a sus acompañantes y cambiaba muy a menudo de servidumbre. Una mujer desagradable… pero eso era todo.

No obstante, el superintendente Battle abandonó el Devonshire con la firme convicción de que, por alguna razón desconocida, Anne Meredith había asesinado deliberadamente a su señora.

Capítulo XXIII

EL TESTIMONIO DE UN PAR DE MEDIAS DE SEDA

Mientras el tren en que viajaba el superintendente Battle atravesaba Inglaterra hacia el Este, Anne Meredith y Rhoda Dawes se encontraban en el salón de Poirot.

Anne no había querido aceptar la invitación que recibió en el correo de la mañana, pero los consejos de Rhoda habían prevalecido.

—Anne… eres una cobarde… sí; una cobarde. No sacarás nada hundiendo la cabeza en la arena como hacen las avestruces. Ha ocurrido un asesinato y tú eres uno de la lista de sospechosos… tal vez el menos sospechoso…

—Eso es lo peor —replicó Anne con acento humorístico—. Siempre resulta culpable el que menos lo parece.

—Pero como te decía, tú eres uno de ellos —continuó Rhoda sin hacer caso de la interrupción—. Y no te servirá el taparte las narices, como si el asesinato fuera un mal olor y no tuviera nada que ver contigo.

—No tiene nada que ver conmigo —insistió Anne—. Quiero decir que estoy dispuesta a contestar cualquier pregunta que me haga la policía; pero ese hombre, Hércules Poirot, es un extraño.

—¿Y qué va a pensar de ti si le rehuyes y tratas de evitarlo? Pensará que eres culpable.

—Pero no lo soy —contestó Anne con tono helado.

—Ya lo sé. No podrías matar a nadie aunque lo intentaras. Pero esos horribles extranjeros no lo saben. Yo creo que debemos ir tranquilamente a su casa. De otra forma, vendrá él aquí y tratará de hacer hablar a los criados.

—No tenemos ninguno.

—Sí; tenemos a la tía Astwell. Puede irse de la lengua. Vamos, Anne. A lo mejor resulta divertido.

—No comprendo para qué quiere verme —se obstinó Anne.

—Para dejar en mal lugar a la policía oficial, desde luego —dijo Rhoda con impaciencia—. Los aficionados siempre lo hacen. Creen que en Scotland Yard sólo hay fantoches y cabezas huecas.

—¿Tú crees que ese Poirot es inteligente?

—No tiene el aspecto de un Sherlock Holmes —contestó Rhoda —. Supongo que sería un buen detective en sus días. Pero ahora ya chochea. Debe tener sesenta años, por lo menos. Vamos, Anne; veamos qué nos dice ese viejo. Tal vez nos cuente cosas terribles de los demás.

—Está bien —dijo Anne, y añadió—: Parece que todo esto te divierte, Rhoda.

—Creo que es debido a que el asunto no tiene nada que ver conmigo —replicó Rhoda—. Perdiste una buena oportunidad al no levantar la vista en el instante preciso. Si lo hubieras hecho, podrías haber vivido como una marquesa durante el resto de tu vida, mediante el chantaje.

Sucedió, pues, que a las tres de la misma tarde, Rhoda Dawes y Anne Meredith estaban sentadas con mucha circunspección en la pulcra habitación donde Poirot recibía las visitas. Bebían jarabe con zarza (que no les gustaba en absoluto, pero que, por cortesía, no rechazaron), en unos vasos de forma anticuada.

—Ha sido usted muy amable al acceder a mi petición, *mademoiselle* —decía Poirot.

—Me alegraré mucho en ayudarle en la mejor forma que pueda —murmuró Anne vagamente.

—Es cuestión de que haga un poco de memoria.

—¿Memoria?

—Sí. Ya hice las mismas preguntas a la señora Lorrimer, al doctor Roberts y al mayor Despard. Pero por desgracia, ninguno de ellos me dio la respuesta que esperaba. Necesito, *mademoiselle*, que haga retroceder sus pensamientos hacia la otra noche, en el salón del señor Shaitana.

Una sombra de cansancio pasó por la cara de la joven. ¿No se vería nunca libre de aquella pesadilla?

Poirot se dio cuenta de su expresión.

—Ya lo sé, *mademoiselle*, ya lo sé —dijo con amabilidad—. *C'est pénible, n'est ce pas?* Es muy natural. Es usted joven y se ha encontrado por primera vez con una cosa horrible como ésta. Posiblemente nunca vio una muerte violenta.

Los pies de Rhoda cambiaron de posición en el suelo.

—¿Bien? —dijo Anne.

—Haga retroceder su pensamiento. Quiero que me diga todo lo que recuerde de aquella habitación.

Anne lo miró con fijeza y cierto aspecto de suspicacia.

—No lo comprendo.

—Sí; las sillas; las mesas, los adornos, el papel de las paredes, los cortinajes, los hierros de la chimenea. Usted los vio. ¿Puede describírmelos?

—Ya le entiendo —Anne titubeó y frunció el ceño—. Es difícil. No creo que pueda recordarlo. Me figuré que estaban pintadas… con un color muy discreto. Había unas cuantas alfombras en el suelo. Y un piano —sacudió la cabeza—. No le puedo decir nada más, de veras.

—No lo ha intentado usted, *mademoiselle*. Debe recordar algún objeto, algún adorno, alguna obra antigua.

—Recuerdo que vi una caja de joyas egipcias —dijo Anne lentamente—. Cerca de la ventana.

—¡Ah, sí! Al otro extremo de la habitación, frente a la mesa donde estaba el puñal.

Anne le dirigió una mirada.

—No sé sobre qué mesa estaba.

«Pas si bête —comentó Poirot para su capote—. ¡Pero no sería yo Hércules Poirot! Si me conociera mejor se hubiera dado cuenta de que nunca le habría tendido una trampa tan burda como ésa.»

Y en alta voz comentó:

—¿Dijo usted que era una caja de joyas?

Anne contestó con cierto entusiasmo:

—Sí… había algunas muy bonitas. Azules y rojas. Esmaltes. Un par de anillos preciosos. Y escarabajos… aunque éstos no me gustaron tanto.

—El señor Shaitana era un gran coleccionista —murmuró Poirot.

—Sí, debió serlo —convino Anne—. La habitación estaba llena

de objetos. No había medio de fijarse en todos.

—Por lo tanto, ¿no puede usted mencionar cualquier otra cosa que le llamara la atención?

Anne sonrió ligeramente al decir:

—Sólo un jarro de crisantemos a los que hacía mucha falta que les cambiaran el agua.

—Sí; los criados no se cuidan de tales cosas.

Poirot calló durante un momento.

Anne preguntó con timidez:

—Temo que no me fijé… en lo que quería usted que me fijara.

El detective sonrió amablemente.

—No importa, *mon enfant*. De todas formas, era una posibilidad muy remota. Dígame, ¿ha visto últimamente al mayor Despard?

Un delicado color sonrosado subió a las mejillas de la joven.

—Nos dijo que vendría a vernos muy pronto.

Rhoda observó respetuosamente:

—¡Despard no lo hizo! Anne y yo estamos completamente seguras de ello.

Poirot las miró con ojos chispeantes.

—Qué suerte ha tenido… convenciendo de su inocencia a dos jóvenes tan encantadoras.

«Vaya —pensó Rhoda—. Ya se está volviendo francés, y no hay cosa que me turbe más.»

Se levantó y empezó a examinar unos aguafuertes colgados de las paredes.

—Son muy buenos —comentó.

—No están mal —convino Poirot.

Miró a Anne y titubeó.

—*Mademoiselle* —dijo por fin—. Me he estado preguntando si podría rogarle que me hiciera un favor… ¡Oh! No tiene nada que ver con el asesinato. Es un asunto enteramente privado y personal.

Anne pareció sorprenderse un poco y Poirot continuó hablando con ligero embarazo.

—Ya sabe usted que se acerca Navidad. Tengo que comprar algunos regalos para mis sobrinas y es un poco difícil escoger lo que les gusta a las chicas modernas. Mis gustos, por desgracia, son algo anticuados.

—¿Sí? —dijo Anne amablemente.

—Medias de seda… ¿cree usted que las medias de seda serán un buen regalo?

—Sí, desde luego. Siempre es agradable recibir unas medias como regalo.

—Me quita usted un peso de encima. Le diré cuál es el favor que quiero que me haga. He comprado unos pares de diferentes colores. Creo que deben ser unos quince o dieciséis. ¿Sería usted tan amable de darles una ojeada y seleccionar media docena de las que le parezcan más bonitas?

—Claro que sí —dijo Anne levantándose y riendo.

Poirot la condujo hasta una alcoba donde, sobre una mesa, se veía un revoltijo de cosas. La joven se hubiera extrañado de tal mezcolanza, de haber conocido el orden y la limpieza con que lo hacía todo Hércules Poirot. Había un montón de medias; varios guantes ribeteados de piel, almanaques y cajas de bombones.

—Envío los paquetes con mucha anticipación —explicó Poirot—. Vea, *mademoiselle*; aquí están las medias. Le ruego que escoja seis pares.

Dio la vuelta, interceptando el paso de Rhoda, que le seguía.

—Y para esta joven tengo una pequeña sorpresa… una sorpresa que, según creo, no lo sería para usted, señorita Meredith.

—¿Qué es? —exclamó Rhoda.

El detective bajó la voz.

—Un cuchillo, *mademoiselle*, con el que, cierta vez, doce personas apuñalaron a un hombre. Me lo dio, como recuerdo, la Compañía Internacional de Coches Camas.

—¡Horrible! —gritó Anne.

—¡Oh! Déjeme verlo —dijo Rhoda.

Poirot la hizo salir a la otra habitación, sin dejar de hablar ni un momento.

—Me lo regaló la Compañía Internacional de Coches Camas, porque…

Pasaron al salón.

Tres minutos después volvieron y Anne se dirigió hacia ellos.

—Creo que estos seis son los más bonitos, *monsieur* Poirot. Estas dos más oscuras para llevarlas de noche y éstas, de color más claro, para cuando llegue el verano y dure más la luz del día.

—*Mille remerciments, mademoiselle*.

Cuando se marcharon, Poirot volvió a la alcoba y se dirigió rectamente a la atestada mesa. El montón de medias seguía tan revuelto como antes. El detective contó los seis pares seleccionados y luego hizo lo mismo con los restantes.

Había comprado diecinueve y ahora sólo quedaban diecisiete.

Lentamente, hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Capítulo XXIV

¿ELIMINACIÓN DE TRES ASESINOS?

Cuando llegó a Londres, el superintendente Battle fue directamente a ver a Poirot. Anne y Rhoda se habían ido hacía una hora.

Sin añadir ningún comentario, Battle hizo una relación de sus investigaciones en el Devonshire.

—Eso es lo que buscábamos… no hay duda de ello —terminó—. Era lo que Shaitana insinuó… al hablar de un «accidente doméstico». Pero lo que no veo claro es el motivo. ¿Por qué quería matar a la señora?

—Creo que le puedo ayudar en este sentido, amigo mío.

—Adelante, pues, *monsieur* Poirot.

—Esta tarde he realizado un pequeño experimento. Invité a la señorita Meredith y a su amiga, a que vinieran a visitarme. Le hice mi acostumbrada pregunta acerca de lo que había en aquella habitación.

Battle lo miró con curiosidad.

—Es usted muy astuto al hacer esa pregunta.

—Sí; resulta útil. Me aclara mucho las cosas. La señorita Meredith es desconfiada… muy desconfiada. Esa joven no da nada por cierto. Pero este perro viejo de Hércules Poirot realizó una de sus mejores tretas. Le tendí una trampa chapucera, como si fuera una andanada. La muchacha mencionó una caja de joyas egipcias, y yo le pregunté si estaba al otro extremo de la habitación, frente a la mesa en que descansaba el puñal. No cayó en la trampa. La evitó diestramente y con ello quedó satisfecha de sí misma, descuidando su vigilancia anterior. ¡Éste era, pues, el objeto de la visita… hacerle admitir que sabía dónde estaba la daga y que la vio! Su

ánimo se rehízo cuando creyó que, al parecer, me derrotaba. Habló luego sin cortapisas acerca de las joyas. Se había dado cuenta de muchos de sus detalles… No recordaba nada más de lo que había en la habitación… excepto un jarro de crisantemos cuya agua debía ser renovada.

—¿Y bien? —dijo Battle.

—Eso es significativo. Suponga que no sabemos nada acerca de la muchacha. Sus palabras nos darán un indicio de su carácter. Se fija en las flores. ¿Es que le gustan entonces? No, puesto que omitió mencionar un pomo de tulipanes tempranos que hubieran llamado inmediatamente la atención de cualquier aficionado a las flores. No; es la señorita de compañía a sueldo la que habla… la muchacha que tiene la obligación de renovar el agua de las flores… y, unido a todo esto, tenemos una joven a quien le gustan las joyas. ¿No le parece que es sugestivo todo esto?

—¡Ah! —dijo Battle—. Ya empiezo a comprender lo que se propone.

—Exactamente. Como le dije el otro día, puse mis cartas sobre la mesa. Cuando usted nos contó lo que la chica había dicho y la señora Oliver hizo su sorprendente declaración, mi pensamiento se dirigió en seguida a un punto importantísimo. El asesinato no podía haber sido cometido por lucro, puesto que la señorita Meredith tenía todavía que ganarse la vida después de lo ocurrido. ¿Por qué entonces? Consideré el temperamento de la muchacha, tal como aparecía superficialmente Una joven algo tímida; pobre, pero bien vestida y aficionada a las cosas buenas… El temperamento de un ladrón, más bien que el de un asesino. E inmediatamente pregunté si la señora Eldon era desordenada Usted me lo confirmó, y entonces formé una hipótesis. Supongamos que Anne Meredith tenía un punto flaco en su carácter… que fuera una de esas muchachas que roban pequeños objetos en las tiendas. Supongamos que, siendo pobre y gustándole las cosas buenas, le quitara unas cuantas cosillas a su señora. Un broche; tal vez una media corona o dos; un hilo de perlas… La señora Eldon, como era descuidada, achacaría la pérdida de estos objetos a su propio desorden. No sospecharía de su asistenta. Pero ahora supongamos un tipo diferente de señora… una señora que se diera cuenta de lo que pasaba y acusara del robo a Anne Meredith. Esto podría ser un

motivo para el asesinato. Como dije la otra noche, la señorita Meredith podría cometer un asesinato sólo si la acosaba el miedo. Sabe que su señora es capaz de probar su robo. Sólo una cosa podrá salvarla; su señora debe morir. Cambia por lo tanto las botellas y la señora Benson muere… convencida de que la equivocación fue suya; sin sospechar ni por un momento que la asustada muchacha tiene algo que ver en ello.

—Es posible —comentó el superintendente Battle—. Tan sólo es una hipótesis; pero es posible.

—Es un poco más que posible, amigo mío… es también probable. Porque esta tarde le tendí una trampa bien cebada… una trampa verdadera… después de la que fingí tenderle antes. Si lo que sospechaba era verdad, Anne Meredith no sería capaz nunca de resistir ante un par de medias de alto precio. Le rogué que me ayudara y tuve mucho cuidado de hacerle saber que no estaba seguro del número de pares de medias que tenía. Salí de la habitación, dejándola sola… y el resultado, amigo mío, es que ahora sólo tengo diecisiete pares de medias, en vez de diecinueve que compré; y que los dos que faltan salieron de esta casa en el bolso de Anne Meredith.

—¡Fuiu! —silbó el superintendente—. Corrió un gran riesgo.

—*Pas de tout*. ¿De qué creía ella que yo sospechaba? De asesinato. ¿Qué riesgo se corre entonces robando un par o dos de medias de seda? Yo no busco un ladrón.

Además, el ladrón o el cleptómano siempre piensa igual… está convencido de que nadie le descubrirá.

Battle asintió.

—Eso es verdad. Aunque es increíblemente estúpido. La cabra siempre tira al monte. Bueno; entre nosotros, creo que hemos logrado descubrir la verdad. Anne Meredith fue descubierta robando. Anne Meredith cambió las botellas de un estante a otro. Sabemos que fue asesinato… pero, maldita sea, si llegamos a probar nunca que fue ella la culpable. Anne Meredith consigue escapar. ¿Pero qué me dice de Shaitana? ¿Lo mató la muchacha?

Permaneció callado durante unos instantes y luego sacudió la cabeza.

—No coincide —dijo de mala gana—. No es de las que corren un riesgo. Cambiar un par de botellas, pase. Sabía que nadie podría

imputárselo. Estaba absolutamente segura… porque cualquiera pudo hacerlo. La cosa pudo fracasar, desde luego. La señorita Benson podía haberse dado cuenta antes de beber el jarabe, o el médico pudo salvarla. Fue lo que podríamos llamar un asesinato muy problemático. El éxito era muy incierto. Pero lo tuvo. Lo de Shaitana es harina de otro costal. Fue un crimen deliberado, audaz y preconcebido.

Poirot asintió.

—Estoy de acuerdo con usted. Los dos tipos de asesinato no se parecen.

Battle se restregó la nariz.

—Esto parece eliminarla, por lo que se refiere a Shaitana. Roberts y la chica eliminados de la lista. ¿Y qué pasa con Despard? ¿Tuvo suerte con la señora Luxmore?

Poirot narró sus aventuras de la tarde anterior.

—Ya conozco ese tipo de señoras. No se pueden distinguir lo que recuerdan de lo que inventan.

Poirot prosiguió. Descubrió la visita de Despard y todo lo que éste le contó.

—¿Cree usted su versión de los hechos? —preguntó Battle bruscamente.

—Sí, la creo.

El superintendente suspiró.

—Yo también. No es de esos que disparan contra un hombre porque quieren quedarse con su esposa. Y después de todo, ¿qué cuesta conseguir el divorcio? Muchos lo hacen. Despard no tiene una carrera que pueda ser arruinada. Shaitana falló en esta ocasión. El asesino número tres no lo era en el sentido literal de la palabra.

Miró a Poirot.

—Por lo tanto, sólo queda…

—La señora Lorrimer —dijo el detective.

Sonó el timbre del teléfono. Poirot se levantó y cogió el auricular. Habló unas pocas palabras, aguardó y volvió a hablar. Luego colgó el aparato y volvió hacia donde estaba Battle.

Su cara tenía una expresión grave.

—Era la señora Lorrimer —dijo—. Quiere que vaya a su casa… ahora.

Los dos hombres se contemplaron mutuamente y Battle sacudió

la cabeza con lentitud.

—¿Me equivoco al pensar que estaba usted esperando que ocurriera una cosa así? —preguntó.

—Me lo figuraba —dijo Hércules Poirot—. Eso es todo. Sólo me lo figuraba.

—Será mejor que vaya usted en seguida —observó Battle—. Tal vez consiga por fin enterarse de la verdad.

Capítulo XXV

LA SEÑORA LORRIMER HABLA

El día no era muy radiante y el salón de la señora Lorrimer parecía estar muy oscuro y triste. Ella misma tenía un aspecto gris y daba la impresión de ser mucho más vieja que cuando la visitó Poirot últimamente. Lo recibió con su habitual sonrisa de confianza.

—Ha sido usted muy amable al venir tan pronto, *monsieur* Poirot. Ya sé que se halla muy ocupado.

—Estoy a su disposición, *madame* —replicó el detective haciendo una reverencia.

La señora Lorrimer pulsó un llamador que había en la repisa de la chimenea.

—Haremos que nos sirvan el té. No sé lo que pensará usted al respecto, pero siempre he creído que es una equivocación el empezar a hacer confidencias sin haber allanado un poco el camino.

—Entonces, ¿va a haber confidencias, *madame*?

La señora Lorrimer no contestó, porque en aquel momento entró la doncella. Cuando hubo recibido instrucciones y volvió a salir, la mujer observó con sequedad:

—Recordará usted que cuando vino a visitarme dijo que volvería si lo llamaba. Me figuro que tendría usted una idea formada sobre las razones que me impulsarían a ello.

Después de esto cambiaron de tema. Trajeron el té y la señora Lorrimer lo sirvió, comentando con sensatez varios tópicos corrientes.

Aprovechándose de una pausa que hizo ella, Poirot comentó:

—He oído decir que usted y la señorita Meredith tomaron el té juntas hace unos días.

—Sí. ¿La ha visto usted últimamente?

—Esta misma tarde.

—Entonces está en Londres, ¿o ha ido usted a Wallingford?

—No. Ella y su amiga tuvieron la amabilidad de venir a visitarme.

—¡Ah!, su amiga. No la conozco.

—Este asesinato… ha servido para un *rapprochement*. Usted y la señorita Meredith toman el té juntas. El mayor Despard también cultiva la amistad de esa joven. El doctor Roberts es quizás el único extraño a ello.

—Lo encontré el otro día en una partida de *bridge* —dijo la señora Lorrimer—. Parecía tan jovial como de costumbre.

—¿Tan aficionado al *bridge* como siempre?

—Sí… haciendo las más absurdas subastas… y, no obstante, consiguiendo buenos resultados a menudo.

Calló durante unos instantes.

—¿Hace mucho tiempo que no ha visto al superintendente Battle? —preguntó.

—Esta tarde también. Estaba conmigo cuando telefoneó usted.

—¿Qué tal va en sus investigaciones? —indagó.

—No adelanta muy rápidamente —respondió Poirot con gravedad—. Es lento, pero llegará por fin a donde se propone, *madame*.

—Me extrañaría. —Sus labios se plegaron en una sonrisa ligeramente irónica.

Luego prosiguió:

—Me ha dedicado mucha atención. Creo que ha investigado en mi vida pasada; hasta mi niñez. Se ha entrevistado con mis amistades y hablado con mis criados… tanto con los que tengo ahora como los que me sirvieron hace años. No sé qué es lo que esperaba encontrar, pero estoy segura de que no lo ha conseguido. Debía haber aceptado lo que yo le dije. Era la verdad. Conocía al señor Shaitana muy superficialmente. Me lo presentaron en Luxor, como ya le conté, y nuestra amistad no tenía ningún otro significado. El superintendente Battle no será capaz de eludir esos hechos.

—Tal vez no —dijo Poirot.

—¿Y usted, *monsieur* Poirot? ¿Ha hecho algunas investigaciones?

—¿Respecto a usted, *madame*?

—Eso quería decir.

El hombrecillo sacudió lentamente la cabeza.

—No hubiera sacado ningún provecho.

—¿Qué es lo que quiere dar a entender con ello exactamente, *monsieur* Poirot?

—Voy a serle franco, *madame*. Me di cuenta desde el principio, que de las cuatro personas que estaban en el salón del señor Shaitana aquella noche, la que poseía el mejor cerebro y pensaba más fría y lógicamente era usted. Si hubiera tenido que apostar dinero por alguno de los cuatro, pensando en el que planeó el crimen y lo llevó a la práctica con éxito, lo hubiera apostado por usted.

—¿Debo sentirme halagada por ello? —preguntó secamente.

Poirot prosiguió sin hacer el menor caso de la interrupción:

—Para que un crimen tenga éxito es necesario generalmente un planteo detallado, en el cual todas las probables contingencias deben tenerse en cuenta. El tiempo debe contarse al segundo. El emplazamiento ha de ser escrupulosamente correcto. El doctor Roberts podría cometer un crimen chapucero, con mucha prisa y sobra de confianza en sí mismo. El mayor Despard será probablemente demasiado prudente para perpetrar uno, y la señorita Meredith perdería la cabeza y se delataría. Pero usted, *madame*, no haría ninguna de esas cosas. Usted es inteligente y tiene sangre fría, tiene suficiente resolución y podría obsesionarse con una idea, pero sin desechar la prudencia. No es de esas mujeres que pierden la serenidad.

La señora Lorrimer guardó silencio mientras una ligera sonrisa entreabría sus labios.

—Eso es lo que usted piensa de mí, *monsieur* Poirot —dijo al fin —. Cree que soy la mujer indicada para llevar a cabo un asesinato ideal.

—Por lo menos tiene usted la amabilidad de no ofenderse por esta opinión mía.

—La encuentro muy interesante. ¿Supone usted, por lo tanto, que soy la única persona que pudo matar con éxito a Shaitana?

Poirot replicó despacio:

—Existe una dificultad, *madame*.

—¿De veras? Dígame cuál es.

—Habrá advertido que acabo de decir una frase poco más o menos, como ésta: «Para que el crimen tenga éxito se necesita generalmente planear cada detalle por adelantado.» *Generalmente* es la palabra hacia la que quiero llamar su atención. Porque hay otro tipo de crimen afortunado. ¿No le dijo usted nunca a nadie, de repente: «Lanza una piedra y prueba a dar en ese árbol», y aquella persona obedece con presteza, sin pensarlo… y, en la mayoría de los casos, acierta a dar con el objetivo propuesto? Pero si se trata de repetir la prueba ya no es tan fácil… porque ha empezado a pensar: «Más fuerte… no tanto… un poco más a la derecha… a la izquierda.» La primera fue una acción casi inconsciente, pues el cuerpo obedece al pensamiento como lo haría el cuerpo de un animal. *Eh bien, madame*, hay un tipo de crimen parecido a eso… un crimen cometido de repente… una inspiración… un destello de genialidad… sin tiempo para esperar a pensarlo. Y así, *madame*, fue el crimen del que fue víctima el señor Shaitana. Una terrible necesidad momentánea; una inspiración fulminante y una rápida ejecución.

Poirot movió la cabeza.

—Y tal crimen no es el que usted cometería, *madame*. De haberlo hecho usted, tenía que haber sido un asesinato premeditado.

—Comprendo. —La señora Lorrimer agitó la mano ante su cara, como si quisiera evitar que el calor del fuego llegara hasta ella—. Como no fue un crimen premeditado no pude ser yo quien lo cometiera, ¿no es eso, *monsieur* Poirot?

Poirot se inclinó.

—Eso es, *madame*.

—Y sin embargo… —se inclinó hacia delante y detuvo el movimiento oscilante de su mano—, yo maté a Shaitana, *monsieur* Poirot.

Capítulo XXVI

LA VERDAD

Hubo una pausa… una pausa muy larga. La habitación se oscurecía por momentos. Las llamas del fuego de la chimenea saltaban y lanzaban destellos.

Los dos personajes de aquella escena no se contemplaban mutuamente, sino que miraban fijamente las llamas. Parecía que el tiempo se hubiera detenido.

Por fin, Hércules Poirot dio un suspiro y se agitó en su asiento.

—Así, pues, a esto se redujo todo… ¿Por qué lo mató, *madame*?

—Creo que usted ya lo sabe.

—¿Porque estaba enterado de algo relacionado con usted… algo que pasó hace mucho tiempo?

—Sí.

—Y ese algo… ¿se refería a una muerte, *madame*?

Ella inclinó la cabeza.

—¿Y por qué me lo dice? —preguntó Poirot con suavidad—. ¿Por qué me ha llamado hoy?

—En cierta ocasión me advirtió usted que lo haría cualquier día.

—Sí… eso es. Esperaba… sabía, *madame*, que respecto a usted sólo existía un medio de saber la verdad. Cuando le pareciera bien dármela conocer. De no haber querido hablar, nunca se hubiera delatado. Pero existía una posibilidad… la de que usted deseara contármelo.

La señora Lorrimer asintió.

—Fue usted muy listo al prever eso… el cansancio… la soledad…

Su voz se desvaneció.

Poirot la miró con curiosidad.

—¿Eso es lo que ha ocurrido? Sí; comprendo que pudo ser…

—Sola… completamente sola —continuó la mujer—. Nadie sabe lo que significa eso a no ser que haya vivido, como lo he hecho yo, bajo el peso del recuerdo de lo que hizo.

Poirot observó amablemente:

—¿Será una impertinencia, *madame*, el que le haga patente mi simpatía?

Ella inclinó un poco la cabeza.

—Muchas gracias, *monsieur* Poirot.

Hubo otra pausa, y después, el detective habló con tono más animado.

—¿Estoy en lo cierto al pensar que considero las palabras proferidas por el señor Shaitana durante la cena como una amenaza que le dirigió directamente?

La mujer asintió.

—Advertí en seguida que estaba hablando para una persona que le comprendía. Esa persona era yo. La referencia de que el veneno es un arma femenina, iba dirigida a mí. Él lo sabía y yo lo sospeché en cierta ocasión anterior. Llevó la conversación hacia el tema de un proceso célebre y vi que no apartaba los ojos de mí. Había en ellos una especie de pavorosa comprensión. Pero la otra noche estuve completamente segura de ello.

—¿Y estaba segura también de sus futuras intenciones?

La señora Lorrimer contestó con frialdad:

—Era muy difícil que la presencia del superintendente Battle y de usted fueran una coincidencia. Presentí que Shaitana iba a hacer una ostentación de su talento, indicándoles a ustedes dos que él había descubierto algo que nadie había sospechado.

—¿Tardó mucho en tomar una determinación, *madame*?

La señora Lorrimer titubeó un poco.

—Es difícil recordar exactamente cuándo se me ocurrió la idea —dijo—. Había visto el puñal antes de que pasáramos al comedor. Cuando volvimos al salón lo cogí y lo escondí en la manga. Estoy segura de que nadie me vio hacerlo.

—No hay duda de que lo llevó a cabo diestramente, *madame*.

—Entonces tomé la determinación de lo que iba a hacer. Sólo me quedaba llevarlo a la práctica. Era arriesgado, pero consideré

que valía la pena intentarlo.

—Ahí entró en juego su sangre fría y su afortunada apreciación de las posibilidades. Sí, la comprendo.

—Empezamos a jugar al *bridge* —continuó la señora Lorrimer. Su voz era fría y no demostraba emoción alguna—. Por fin se me presentó una oportunidad. Crucé la habitación y me dirigí hacia la chimenea. Shaitana estaba dormido. Miré hacia los otros. Estaban embebidos en el juego. Me incliné hacia delante… y lo hice…

Su voz se estremeció ligeramente, pero en seguida recobró su frío distanciamiento.

—Dirigí después unas palabras a mi víctima. Creí que esto constituiría una especie de coartada para mí. Hice una observación acerca del fuego y después, como si me hubiera contestado, proseguí, diciendo, poco más o menos: «Estoy de acuerdo con usted. A mí tampoco me gustan los radiadores.»

—¿No dio ningún grito?

—Exhaló un pequeño quejido… pero nada más. De lejos, tal vez sonara como unas palabras dichas por Shaitana.

—¿Y luego?

—Volví a la mesa de juego. Estaban jugando la última baza.

—¿Se sentó y volvió a jugar?

—Claro que sí.

—¿Con el suficiente interés por el juego como para decirme casi todas las subastas y las manos jugadas, cuando se lo pregunté dos días después?

—Sí —contestó simplemente la señora Lorrimer.

—*Epatant!* —exclamó Poirot.

Se recostó en su sillón y asintió con la cabeza varias veces. Pero luego, como si pensara otra cosa, hizo un gesto negativo.

—Hay algo más, *madame*, que no llego a comprender.

—¿Sí?

—Me parece que existe algún factor que no he tenido en cuenta. Usted es una mujer que lo considera y pesa todo con mucho cuidado. Decidió que, por determinada razón, debía correr un riesgo enorme. Lo hizo… y tuvo éxito. Pero después, cuando todavía no han pasado dos semanas, cambia de idea. Francamente, *madame*, eso no me suena bien.

—Tiene usted razón, *monsieur* Poirot; existe un factor que no

conoce usted. ¿Le dijo la señorita Meredith dónde me encontró el otro día?

—Sí. Creo que fue cerca de donde vive la señora Oliver.

—Así es. Pero me refería al nombre de la calle. Anne Meredith me encontró en Harley Street.

—¡Ah! —Poirot la miró con atención—. Empiezo a ver claro.

—Sí. Me parece que sí. Fui a ver a un especialista. Me dijo lo que yo casi había adivinado.

Su sonrisa se ensanchó. No era ya la sonrisa amarga de antes. En ella se veía una repentina dulzura.

—No jugaré mucho más al *bridge*, *monsieur* Poirot. El médico no me lo dijo escuetamente. Disfrazó un poco la verdad. Con gran cuidado, etcétera, etcétera, puedo vivir unos cuantos años más. Pero no voy a cuidarme demasiado. No soy de esa clase de mujeres.

—Sí, sí. Empiezo a comprender.

—Todo ello hace cambiar las cosas. Un mes… dos meses, tal vez… pero no más. Y justamente cuando salía de casa del especialista vi a la señorita Meredith. Le pedí que me acompañara a tomar el té.

Calló durante un momento.

—Desde luego, no soy una mujer de malos sentimientos —prosiguió—. Mientras tomábamos el té estuve recapacitando. Con lo que había hecho la otra noche, no sólo había privado de vida a Shaitana, eso estaba hecho y no podía enmendarse, sino que, en diversos grados, había afectado desfavorablemente la vida de otras tres personas. A causa de lo que hice, el doctor Roberts, el mayor Despard y Anne Meredith, ninguno de los cuales me había perjudicado en lo más mínimo, estaban pasando por una prueba muy dura y hasta podían encontrarse en peligro. Esto, por lo menos, sí que podía arreglarlo. No creo que me conmovieran mucho, tanto el doctor Roberts como el mayor Despard… aunque ambos pudieran tener probablemente mucho más de vida ante sí que la que tengo yo. Son hombres y, en cierto sentido, pueden cuidar de sí mismos. Pero cuando vi a Anne Meredith…

Vaciló un instante y luego con su peculiar aplomo continuó:

—Anne Meredith no es más que una muchacha. Tiene por delante toda una existencia y este horrible asunto pudiera arruinarla… Me desagradó la idea de que sucediera una cosa así…

Y después, *monsieur* Poirot, todo ello tomó cuerpo en mi imaginación y me di cuenta de que lo insinuado por usted se había convertido en realidad. Esta tarde le telefoneé…

Pasaron unos minutos.

Poirot se inclinó hacia delante. En la penumbra, miró fijamente a la señora Lorrimer. Sosegadamente, sin ningún signo de nerviosismo, ella le devolvió aquella intensa mirada.

Por fin el detective habló.

—Señora Lorrimer, ¿está usted segura… insiste (me dirá la verdad, ¿no es cierto?) en que el asesinato del señor Shaitana no fue premeditado? ¿En que usted no planeó el crimen de antemano… en que acudió a la cena sin llevarlo trazado en su pensamiento?

La mujer continuó mirándolo con la misma fijeza durante un momento y después dijo con determinación:

—Sí.

—¿No planeó usted el crimen anticipadamente?

—Claro que no.

—Entonces… entonces… me está mintiendo… ¡debe estar mintiéndome!

La voz de la señora Lorrimer reprochó, fría como el hielo:

—Verdaderamente, *monsieur* Poirot, parece haber olvidado sus buenos modales.

El hombrecillo se levantó de un salto. Paseó de un lado a otro por la habitación, murmurando por sí mismo y lanzando imprecaciones.

De pronto dijo:

—¿Me permite?

Se dirigió hacia el interruptor de la luz y le dio la vuelta.

Volvió otra vez a su asiento, puso las manos sobre las rodillas y se quedó mirando a la señora Lorrimer.

—Y yo me pregunto —dijo—: ¿Puede equivocarse Hércules Poirot?

—Nadie puede tener razón siempre —comentó la mujer con frialdad.

—Pues yo sí —replicó Poirot—. Yo siempre la tengo. Es una cosa tan invariable que hasta me estremece. Pero ahora parece como si estuviera equivocado y eso me trastorna. Es de presumir que sepa usted lo que está diciendo. Al fin y al cabo usted lo hizo. Resulta

fantástico entonces que Hércules Poirot sepa mucho mejor que usted de qué forma cometió el asesinato.

—Fantástico y absolutamente absurdo —dijo la señora Lorrimer con la misma frigidez de antes.

—Entonces estoy loco. Decididamente, estoy loco. No… *sacré nom d'un petit bonhomme*… ¡No estoy loco! Tengo razón. Debo estar en lo cierto. Estoy dispuesto a creer que usted mató al señor Shaitana… pero no pudo usted hacerlo de la forma en que me ha dicho. Nadie puede realizar una cosa que no esté *dans son caractère*.

Calló y la señora Lorimer aspiró el aire con aspecto colérico, como si fuera a hablar. Pero Poirot se le adelantó.

—O el asesinato de Shaitana se planeó de antemano… ¡o usted no lo cometió!

La mujer replicó bruscamente:

—En realidad, creo que está usted loco, *monsieur* Poirot. Si estoy dispuesta a confesar que yo cometí el crimen, no creo que deba mentir sobre la forma en que lo llevé a cabo. ¿Qué objeto tendría una cosa así?

Poirot se levantó de nuevo y dio una vuelta por la habitación. Cuando volvió a sentarse, sus modales habían cambiado. Otra vez era cortés y amable.

—Usted no mató a Shaitana —dijo con suavidad—. Ahora me doy cuenta. Me doy cuenta de todo. Harley Street y la pequeña Anne Meredith desamparada, en la acera. Veo también a otra muchacha… hace mucho tiempo; una muchacha que también tuvo que ir sola por la vida… terriblemente sola. Sí, lo veo perfectamente. Pero hay una cosa que no acabo de entender… ¿por qué está usted tan segura de que lo hizo Anne Meredith?

—Realmente, *monsieur* Poirot…

—Es inútil que proteste… que siga mintiéndome, *madame*. Le aseguro que conozco la verdad. Conozco las emociones que experimentó el otro día en Harley Street. No lo hubiera hecho por el doctor Roberts… ¡no! Ni tampoco por el mayor Despard… *non plus*. Pero Anne Meredith es diferente. Tuvo usted compasión de ella, porque había hecho lo que hizo usted en cierta ocasión. No sabía usted, según creo, ni la razón que tuvo ella para cometer el crimen. Pero estaba usted segura de que lo hizo la joven. Estaba usted segura de ello desde la misma noche en que ocurrió, cuando el

superintendente Battle le invitó a que expusiera su opinión sobre el caso. Sí, ya ve que lo sé todo. No ganará nada si sigue usted mintiéndome. Me comprende.

Calló, esperando una respuesta, pero no llegó ninguna. Hizo un gesto afirmativo de satisfacción.

—Sí, es usted razonable. Esto está mejor. Ha llevado a cabo una acción muy noble, achacándose la culpabilidad para que la muchacha escapara.

—Olvida usted —observó la señora Lorrimer con aspereza— que no soy una mujer inocente. Hace años maté a mi marido, *monsieur* Poirot…

Se produjo un silencio momentáneo.

—Sí —dijo el detective—. Es justo. Después de todo, no es más que justicia. Tiene usted una mente lógica. Está dispuesta a sufrir las consecuencias del acto que cometió. El asesinato es un crimen… no importa quién sea la víctima. *Madame*, tiene usted valor y una clara visión de las cosas. Pero le pregunto una vez más, ¿cómo puede estar tan segura? ¿Cómo sabe usted que fue Anne Meredith quien mató al señor Shaitana?

La señora Lorrimer lanzó un profundo suspiro. Su última resistencia se había desmoronado ante la insistencia de Poirot. Contestó a sus preguntas con la naturalidad y simpleza con lo que haría un niño.

—Porque vi cómo lo hacía —dijo.

Capítulo XXVII

TESTIGO PRESENCIAL

Poirot rompió a reír. No pudo contenerse. Echó la cabeza hacia atrás y su resonante risa gala inundó la habitación.

—*Pardon, madame* —dijo enjugándose los ojos—. No puedo aguantarme. ¡Hemos estado discutiendo y razonando! ¡Hemos hecho preguntas! Invocamos la psicología… y, mientras tanto, había un testigo ocular del crimen. Cuénteme, se lo ruego.

—Fue bastante avanzada la velada. Las cartas de Anne Meredith las jugaba su compañero y ella se levantó para ver el juego de él. Luego dio una vuelta por el salón. La mano no era muy interesante, pues se veía claro su final. Justamente cuando íbamos a hacer las últimas tres bazas, levanté la vista y miré hacia la chimenea. Anne Meredith estaba inclinada sobre el señor Shaitana. Seguí mirando; ella se incorporó… su mano había estado sobre el pecho de él… un gesto que despertó mi sorpresa. Ella se enderezó como he dicho; le vi la cara y la rápida mirada que dirigió hacia nosotros. Culpabilidad y miedo, eso fue lo que vi en su rostro. Entonces, como es natural, yo no sabía lo que había ocurrido. Me preguntaba solamente qué es lo que podía estar haciendo la chica. Después… lo supe.

Poirot asintió.

—Pero ella no sabía que estaba usted enterada de aquello. ¿Se dio cuenta de que la vio?

—Pobre niña —dijo la señora Lorrimer—. Joven asustada… teniendo que abrirse camino en el mundo… ¿Se extraña de que yo… me callara?

—No, no me extraña.

—Especialmente, sabiendo que yo… que yo misma… —terminó la frase con un estremecimiento— no podía, de ningún modo, convertirme en acusadora. Eso quedaba para la policía.

—Completamente de acuerdo… pero hoy ha ido usted mucho más lejos que eso.

La señora Lorrimer replicó agriamente:

—Nunca fui una mujer compasiva ni de corazón blando, pero supongo que esas cualidades crecen en una a medida que se hace vieja. Le aseguro que no he obrado muchas veces movida por la piedad.

—No resulta siempre conveniente esa forma de actuar, *madame*. La señorita Anne es joven, frágil y parece tímida y asustada… Sí; aparentemente es digna de compasión. Pero yo no estoy de acuerdo con ello. ¿Quiere que le diga por qué la señorita Anne Meredith mató al señor Shaitana? Porque él sabía que la muchacha mató previamente a una anciana que la empleó como señorita de compañía… Y la asesinó porque su señora la encontró cometiendo un pequeño robo.

—¿Es verdad eso, *monsieur* Poirot?

—No tengo ninguna duda. Se diría que es muy suave y muy dulce. ¡Bah! La pequeña Anne es peligrosa, *madame*. Cuando su propia seguridad o su comodidad se ven en peligro, es capaz de golpear con fuerza… a traición. Estos dos crímenes no hubieran sido el final para la señorita Anne. Hubieran acrecentado su confianza.

La mujer comentó vivamente:

—Lo que dice usted es horrible, *monsieur* Poirot. ¡Horrible!

El detective se levantó.

—Me marcho, *madame*. Reflexione sobre lo que le he dicho.

La señora Lorrimer parecía estar un poco desconcertada. Queriendo volver a sus anteriores maneras, dijo:

—Caso de que me convenga, *monsieur* Poirot, negaré todo lo que acabamos de hablar. Recuerde que no hemos tenido testigos. Lo que le he contado acerca de lo que vi aquella noche es… absolutamente privado entre los dos.

Poirot contestó con gravedad:

—No se hará nada sin su consentimiento, *madame*. Y no se preocupe; yo tengo métodos especiales. Ahora sé lo que debo

hacer…

Tomó la mano de la mujer y se la llevó a los labios.

—Permítame que le diga, *madame*, que es usted una mujer extraordinaria. Reciba mi homenaje y mis respetos. Sí; es usted una mujer como hay pocas. Ha hecho incluso lo que novecientas noventa y nueve mujeres de cada mil, no hubieran podido evitar.

—¿Y qué es ello?

—Dejar de contarme por qué mató a su marido… y qué causas, en realidad, justificaron tal proceder.

La señora Lorrimer se levantó a su vez.

—*Monsieur* Poirot —dijo con rigidez—. Esas razones son de mi absoluta incumbencia.

—*Magnifique!* —exclamó Poirot, y, después de besarle otra vez la mano, salió de la habitación.

Hacía frío en la calle y miró en todas direcciones buscando un taxi; pero no vio ninguno.

Se encaminó hacia King's Road.

A medida que avanzada, su imaginación trabajaba a toda presión. De vez en cuando hacía gestos afirmativos con la cabeza y una de las veces la sacudió negativamente.

Miró hacia atrás. Alguien subía los peldaños que conducían a la puerta de la señora Lorrimer. Por su figura parecía Anne Meredith. Titubeó durante unos momentos, preguntándose si debía volver o no, pero al final reanudó su paseo.

Al llegar a casa se encontró con que Battle se había ido sin dejar ningún mensaje para él.

Telefoneó al superintendente.

—¡Hola! —llegó hasta él la voz de Battle—. ¿Ha conseguido algo?

—*Je crois bien. Mon ami*, debemos ir tras la Meredith… y con rapidez.

—Ya voy tras ella… pero, ¿por qué tanta prisa?

—Porque puede ser peligrosa, amigo mío.

Battle calló durante unos instantes.

—Ya sé a qué se refiere —dijo al fin—. Pero no hay… Bueno; no debemos dejarlo al azar. Le acabo de escribir una nota oficial en la que le anuncio mi visita para mañana. Pensé que lo mejor sería tenerla un poco indecisa sobre nuestros propósitos.

—No está mal. ¿Podré acompañarle?

—Naturalmente. Me veré muy honrado por su compañía, *monsieur* Poirot.

El detective colgó el teléfono. Le embargaba una gran preocupación que se reflejaba en su rostro.

Se sentó un rato frente al fuego, con el ceño fruncido, hasta que, por fin, desechando sus dudas y temores, se acostó.

—Veremos qué pasa mañana —murmuró.

Pero no tenía idea de lo que traería la luz del nuevo día.

Capítulo XXVIII

SUICIDIO

La llamada llegó por teléfono en el momento en que Poirot tomaba su desayuno, compuesto de café y bollos.

Cogió el receptor y oyó la voz de Battle.

—¿*Monsieur* Poirot?

—Sí, soy yo. *Qu'est ce qu'il y a?*

La sola inflexión de la voz del superintendente le dijo que algo había ocurrido. Los recelos de la noche anterior volvieron a soliviantarle.

—De prisa, amigo mío, dígame.

—La señora Lorrimer.

—Lorrimer… ¿sí?

—¿Qué diablos le dijo usted… o qué le contó ella ayer? No me indicó usted nada; antes al contrario, me dejó pensar que la Meredith era la que debíamos vigilar.

Poirot preguntó sin inmutarse:

—¿Qué ha pasado?

—Suicidio.

—¿La señora Lorrimer se ha suicidado?

—Eso es. Parece ser que estuvo muy deprimida y que últimamente no parecía la misma. Su médico le ordenó que tomara cierto somnífero. Ayer por la noche se administró la última dosis.

Poirot aspiró profundamente el aire.

—¿Está seguro de que no fue… un accidente?

—Por completo. Todo estaba bien preparado. Escribió a los tres.

—¿Qué otros tres?

—A Despard, a Roberts y a la señorita Meredith. Lo expuso todo

clara y lisamente, sin andarse por las ramas. Escribió diciéndoles que estaba dispuesta a terminar con aquella situación que… fue ella quien mató a Shaitana… y que les presentaba sus excusas… ¡sus excusas!… por las molestias que habían sufrido por su causa. Una carta con su carácter. Hasta el final conservó su sangre fría.

Durante unos momentos Poirot no contestó.

Aquélla era, pues, la última palabra de la señora Lorrimer. Al final había tomado la determinación de proteger a Anne Meredith. Una muerte rápida y sin dolor en lugar de la que esperaba tras un prolongado sufrimiento. Y una última acción altruista… la salvación de la muchacha por la que sentía una secreta simpatía. Todo lo había planeado y llevado a la práctica con eficacia despiadada… un suicidio anunciado cuidadosamente a los tres interesados. ¡Qué mujer! Su admiración por ella creció de punto. Lo ocurrido encaja a la perfección con la manera de ser de la señora Lorrimer… su determinación manifiesta; su insistencia en llevar a la práctica lo que se había propuesto.

Poirot pensó que la había convencido… pero evidentemente ella había preferido seguir su propia opinión. Era una mujer de voluntad férrea.

La voz de Battle le sacó de sus meditaciones.

—¿Qué diablos le dijo usted ayer? Debió ponerla sobre aviso y éste ha sido el resultado. Y no obstante, dio usted a entender que la consecuencia de su entrevista había sido confirmar las sospechas sobre la Meredith.

Poirot no contestó. Se daba cuenta de que, una vez muerta, la señora Lorrimer le obligaba más a su voluntad que si hubiera estado viva.

Por fin dijo lentamente:

—Estaba equivocado.

Eran unas palabras desacostumbradas en la boca del detective, quien detestaba el decirlas.

—Se equivocó, ¿eh? —dijo Battle—. Por lo visto, la mujer debió creer que iba usted por ella. No ha estado muy acertado… al dejar que se nos escapara de las manos de tal forma.

—No hubiera podido probar nada contra ella.

—No… supongo que no… Tal vez haya sido mejor. Usted… ejem… no tenía la intención de que pasara esto, ¿verdad, *monsieur*

Poirot?

El detective negó con indignación.

—Dígame exactamente lo que ocurrió —solicitó.

—Roberts recibió la carta un poco antes de las ocho. No perdió el tiempo y salió a escape con su coche, dejando encargado a su doncella que nos comunicara lo que había pasado. Cuando llegó a la casa, se enteró de que la señora Lorrimer no había llamado aún. Subió a su habitación… pero era demasiado tarde. Le practicó la respiración artificial, pero inútil. Nuestro cirujano, que llegó poco después, aprobó su tratamiento.

—¿Cuál fue el somnífero?

—Veronal, según creo. Uno de los pertenecientes al grupo de los barbitúricos. Se encontró un tubo de pastillas al lado de la cama.

—¿Y qué pasó con los otros dos? ¿Han tratado de ponerse al habla con usted?

—Despard no está en la ciudad. Por lo tanto, no habrá recibido el correo de esta mañana.

—¿Y… la señorita Meredith?

—Acabo de telefonearle.

—*Eh bien?*

—Había abierto la carta unos momentos antes de que yo llamara. El correo llega tarde allí.

—¿Cómo reaccionó?

—Una actitud perfectamente apropiada a las circunstancias. Un gran alivio, decentemente velado. Conmovida y apesadumbrada… ya sabe cómo son esas cosas.

—¿Dónde está usted ahora, amigo mío? —preguntó por fin.

—En Cheyne Lane.

—Bien. Voy ahí inmediatamente.

En el vestíbulo de Cheyne Lane encontró al doctor Roberts que se disponía a marcharse. Los modales joviales acostumbrados en el doctor parecían ausentes aquella mañana. Estaba pálido y parecía conmovido.

—Mal asunto éste, *monsieur* Poirot. No niego que me siento aliviado… bajo mi propio punto de vista… pero si he de decirle la verdad, es un golpe rudo. En realidad, no pensé ni por un momento que la señora Lorrimer hubiera apuñalado a Shaitana. Me he llevado una sorpresa grandísima.

—Y yo también.

—Era una mujer muy equilibrada, de buena educación y que sabía contenerse. No puedo imaginármela haciendo una cosa como aquélla. ¿Cuál fue el motivo? Ahora nunca podremos saberlo; aunque reconozco que siento curiosidad por ello.

—Lo que ha ocurrido… debe haberle quitado un gran peso de encima.

—Sin ninguna clase de duda. Sería hipócrita si no lo admitiera. No resulta muy agradable tener suspendida sobre la cabeza una sospecha de asesinato. Y por lo que atañe a la pobre mujer… bueno, tal vez ha sido la mejor forma de acabar el asunto.

—Eso mismo debió pensar ella misma.

Roberts asintió.

—Supongo que habrán sido los remordimientos —dijo al mismo tiempo que salía de la casa.

Poirot sacudió la cabeza pensativamente. El médico no sabía cuál era la situación real. No fueron los remordimientos los que hicieron quitarse la vida a la señora Lorrimer.

Cuando subía hacia el piso superior, se detuvo para decir unas cuantas palabras de consuelo a la anciana doncella, que sollozaba calladamente.

—Ha sido horroroso, señor. Horrible. Todos la queríamos mucho. Y pensar que ayer mismo tomó usted el té con ella y estaba tan amable y sosegada… Y hoy se ha ido. Nunca me olvidaré de esta mañana… por mucho que viva. El caballero llamó insistentemente al timbre. Tuvo que llamar tres veces antes de que yo acudiera. «¿Dónde está su señora?», me dijo de sopetón. Yo estaba aturdida y no pude contestarle. Nunca entrábamos en la habitación de la señora hasta que ella llamaba, pues así nos lo tenía ordenado. Y yo no sabía qué hacer. Entonces el doctor me preguntó: «¿Dónde está su habitación?» Corrió escalera arriba y yo le seguí; le indiqué cuál era la puerta del dormitorio y entró sin llamar. La señora estaba tendida en la cama y el médico, después de haberle dado una ojeada, dijo: «Es demasiado tarde.» Estaba muerta, señor. Pero el doctor me ordenó que trajera coñac y agua caliente y, mientras tanto, trató desesperadamente de hacerla volver en sí, pero no lo consiguió. Y luego vino la policía y… no ha estado bien todo lo que han hecho. A la señora Lorrimer no le hubiera gustado.

¿Por qué tenía que intervenir la policía? No tenía nada que ver con esto, aun en el caso de que la pobre señora hubiera tomado una doble dosis de somnífero por equivocación.

Poirot no replicó en estas cuestiones, pero preguntó:

—¿Su señora se portó anoche como de costumbre? ¿Parecía preocupada o turbada por algo?

—No. No lo creo, señor. Estaba cansada… y me figuro que algo le dolía. Últimamente no estaba muy bien de salud, señor.

—Sí. Ya lo sé.

La simpatía de su tono hizo que la mujer prosiguiera sus explicaciones.

—No era de las que se quejaban, pero de un tiempo a esta parte, la cocinera y yo estábamos preocupadas por ella. No podía hacer muchas cosas a que antes estaba acostumbrada; se cansaba en seguida. Tal vez, la joven que vino anoche, después de que usted se marchó, agotó su resistencia.

Con el pie puesto ya sobre uno de los peldaños de la escalera, Poirot se volvió hacia la mujer.

—¿La joven? ¿Vino anoche una joven?

—Sí, señor. Justamente acababa usted de salir. Dijo que se llamaba Meredith.

—¿Estuvo mucho tiempo?

—Cerca de una hora, señor.

Poirot guardó silencio durante un momento.

—¿Y qué pasó después? —preguntó.

—La señora se acostó. Le serví la cena en la cama. Dijo que estaba muy cansada.

Se produjo una nueva pausa y luego Poirot dijo:

—¿Sabe usted si su señora escribió alguna carta ayer por la noche?

—¿Quiere usted decir, después que se acostó? No lo creo, señor.

—Sobre la mesa del vestíbulo había unas cuantas cartas, listas para echarlas al correo, señor. Las recogemos por la noche; es la última cosa que hacemos antes de cerrar. Pero creo que estaban allí desde las primeras horas de la mañana.

—¿Cuántas había?

—Dos o tres… no estoy segura, señor. Me parece que eran tres.

—Usted… o la cocinera… quien quiera que las echara al correo,

¿se dieron cuenta de los nombres a quienes iban dirigidas?; no se ofenda por mi pregunta. Es de la mayor importancia.

—Yo fui quien las echó al correo, señor. Me fijé en la que estaba encima; iba dirigida a Fortuna & Mason. Las otras dos no las miré.

El tono de la mujer era serio y sincero.

—¿Está usted segura de que no había más que tres cartas?

—Sí, señor. Completamente segura.

Poirot hizo un gesto afirmativo. Pareció como si fuera a subir de nuevo el primer peldaño de la escalera, pero se detuvo y dijo:

—Tengo entendido que su señora tomaba drogas para dormir.

—Sí, señor. Así se lo ordenó el médico. El doctor Lang.

—¿Dónde guardaban esa medicina?

—En un armario que hay en la habitación de la señora.

Poirot no hizo más preguntas. Subió la escalera. Su cara tenía una expresión sumamente grave.

Cuando llegó arriba, Battle le saludó. El superintendente parecía preocupado y cansado.

—Me alegro de que haya venido, *monsieur* Poirot. Permítame que le presente al doctor Davidson.

El médico forense estrechó la mano del detective. Era un hombre alto y de aspecto melancólico.

—Tuvimos la suerte de espaldas —dijo—. Si llegamos dos horas antes la hubiéramos salvado.

—¡Hum! —refunfuñó Battle—. No debo decirlo oficialmente… pero no lo siento mucho. Era una… buena; era una señora. No conozco las razones que tuvo para matar a Shaitana, pero tal vez tenía alguna justificación plausible.

—De todos modos —observó Poirot—, no creo que hubiera vivido bastante para asistir a su juicio. Estaba muy enferma.

El médico asintió.

—Estoy de acuerdo con usted. Bueno; quizá de esta forma fue mejor.

Se dirigió hacia la escalera y Battle lo siguió.

—Un momento, doctor.

Con una mano puesta sobre la puerta del dormitorio, Poirot preguntó:

—¿Puedo entrar?

Battle hizo un gesto afirmativo.

—Desde luego. Nosotros ya hemos terminado.

El detective entró en la habitación y cerró la puerta.

Se dirigió hacia la cama y se quedó mirando aquella cara de expresión sosegada y pálida.

Poirot estaba sumamente turbado.

¿Había bajado aquella mujer al sepulcro con un último y determinado esfuerzo para salvar a una muchacha de la desgracia y de la muerte… o existía una explicación diferente y mucho más siniestra?

Teniendo en cuenta ciertos hechos…

De pronto, se inclinó y examinó una contusión oscura y algo descolorida que se veía en el brazo derecho de la mujer.

Se incorporó de nuevo. En sus ojos relució un destello felino, que hubieran reconocido inmediatamente ciertas personas relacionadas íntimamente con el famoso detective.

Salió con el paso apresurado de la habitación y bajó la escalera. Battle y uno de sus subordinados estaban junto al teléfono. El agente colgó el receptor y dijo al superintendente:

—Todavía no ha regresado, señor.

—Despard —explicó Battle—. Estoy tratando de localizarlo. Hay una carta para él, con un matasellos de Chelsea.

Poirot hizo una pregunta absurda, al parecer:

—¿Había desayunado el doctor Roberts cuando vino aquí?

Battle lo miró con fijeza.

—No —dijo—. Recuerdo que lo estuvo comentando.

—Entonces debe estar ahora en casa. Lo podremos coger, sin duda.

—Pero, ¿por qué?

Poirot estaba afanado ya marcando un número en el disco del teléfono. Luego habló:

—¿El doctor Roberts? ¿Hablo con el doctor Roberts? *Mais oui*, soy Poirot. Sólo una pregunta. ¿Está usted familiarizado con la escritura de la señora Lorrimer?

—¿Con la escritura de la señora Lorrimer? Yo… no; no recuerdo haberla visto antes de que recibiera su carta, esta mañana.

—*Je vous remercie*.

Poirot colgó el receptor con presteza.

—¿Qué idea genial se le ha ocurrido ahora, *monsieur* Poirot? —

preguntó Battle.

El detective lo cogió por el brazo.

—Oiga, amigo mío. Pocos minutos después de salir yo de esta casa, ayer, por la noche, llegó Anne Meredith. La vi cómo subía los peldaños de la puerta de la calle, aunque entonces no estuve seguro de que era ella. Inmediatamente después de salir la joven, la señora Lorrimer se acostó. Según dice la doncella, no escribió ninguna carta entonces. Y por razones que comprenderá cuando le cuente lo que hablamos durante mi entrevista con la señora Lorrimer, no creo que ella hubiera escrito esas cartas antes de mi visita. ¿Cuándo las escribió entonces?

—¿Después que se acostaron las criadas? —sugirió Battle—. Se levantó y fue ella misma a echarlas al correo.

—Es posible. Pero existe otra posibilidad… la de que ella no las escribiera.

Battle lanzó un silbido.

—¡Dios mío! ¿Quiere usted decir…?

Sonó el timbre del teléfono. El sargento cogió el receptor, escuchó durante un momento y luego se dirigió a Battle.

—Llama el sargento O'Connor desde el piso de Despard, señor. Parece ser que Despard ha ido a Wallingford-on-Thames.

Poirot volvió a coger por el brazo a Battle.

—De prisa, amigo mío. Debemos ir también a Wallingford. Le aseguro que no tengo la conciencia tranquila. Puede ocurrir que esto no sea el final. Le repito que esa joven es peligrosa.

Capítulo XXIX

ACCIDENTE

—Anne —dijo Rhoda.

—¿Hum?

—No, Anne. No me contestes con el pensamiento puesto en ese crucigrama. Necesito que me escuches con mucha atención.

—Ya lo hago.

Anne se enderezó y dejó el periódico sobre las rodillas.

—Así está mejor. Oye, Anne —Rhoda titubeó—. Es acerca de ese hombre que ha de venir.

—¿El superintendente Battle?

—Sí, Anne. Quisiera que le dijeras… que estuviste con la señora Benson.

La voz de Anne se volvió fría.

—¡Tonterías! ¿Por qué debo hacerlo?

—Porque… bueno; puede parecer… como si te hubieras callado algo. Estoy segura de que será mejor que lo digas.

—Ahora ya no puedo hacerlo —replicó Anne con sequedad.

—Pues quisiera que lo hicieras antes que nada.

—Es demasiado tarde para preocuparse ahora de ello.

—Sí —dijo Rhoda, aunque no pareció quedar convencida.

Anne observó con acento algo irritado:

—De todas formas, no veo la razón de que deba hacerlo. No tiene nada que ver con lo de ahora.

—No, desde luego que no.

—Estuve allí solamente unas semanas. El superintendente necesita estas cosas como… bueno… como antecedentes. Y unas pocas semanas no cuentan para ello.

—No. Ya lo sé. Supongo que será una tontería, pero esto me ha estado preocupando algo. Opino que debes decirlo. Date cuenta de que si se enteran por otros conductos, parecerá sospechoso… el que lo hayas callado.

—No sé cómo podrán enterarse. Nadie lo sabe, excepto tú.

—¿No… no?

Anne se dio cuenta de la ligera indecisión con que sonó la voz de Rhoda.

—¿Quién lo sabe, pues?

—Todos… los que viven en Combreace —respondió Rhoda, después de una pausa momentánea.

—¡Bah! —Anne pareció rechazar aquella sugerencia encogiéndose de hombros—. No creo que el superintendente hable con nadie de allí. Si lo hiciera, sería una coincidencia extraordinaria.

—Las coincidencias se dan a veces.

—Rhoda, te preocupas mucho de esto. Son ganas de hablar.

—Lo siento. Pero ya sabes lo que pensará la policía si creen que estás… que estás ocultando algo.

—No lo sabrán. ¿Quién iba a decírselo? Nadie lo sabe, excepto tú.

Era la segunda vez que decía estas palabras. Pero en esta repetición, su voz cambió un poco… algo raro y especulativo pareció sonar en ella.

—¡Oh, querida! Quisiera que lo hicieras —dijo Rhoda.

Dirigió una mirada culpable a su amiga, pero Anne no la miraba entonces. Tenía el ceño fruncido, como si estuviera haciendo algún cálculo.

—Resulta agradable el que vuelva a visitarnos el mayor Despard —dijo Rhoda.

—¿Qué…? ¡Ah, sí!

—Anne, ese chico es muy interesante. Si no lo quieres, ¡cédemelo, por favor!

—No seas absurda, Rhoda. No le intereso lo más mínimo.

—Entonces, ¿por qué vuelve? Está claro que le gustas. Eres precisamente la heroína en peligro que deseara salvar. Pereces desamparada, Anne.

—Es igualmente agradable con las dos.

—Eso lo hace sólo por cortesía. Pero si no lo quieres, actuaré como una buena amiga… trataré de consolar su corazón destrozado, etcétera. Y al final conseguiré que se fije en mí. ¿Quién sabe? —concluyó Rhoda.

—Estoy segura de que serás bien recibida por él —dijo Anne riendo.

—Tiene una espalda tan cuadrada… —suspiró Rhoda—. Está tostada por el sol y es vigoroso.

—¿Es preciso que digas esas cosas?

—¿Te gusta, Anne?

—Sí, mucho.

—¿No somos elegantes y formales? Creo que le gusto un poco… no tanto como tú; pero un poquito.

—Tú le gustas más.

Se notó otra vez un tono desusado en su voz, aunque Rhoda no se percató.

—¿A qué hora vendrá nuestro sabueso? —preguntó.

—A las doce —respondió Anne.

Calló durante unos instantes.

—Son solamente las diez y media —dijo por fin—. Vámonos hacia el río.

—Pero… ¿no… no dijo el mayor Despard que vendría a las once?

—¿Y por qué tenemos que esperarlo? Le dejaremos un recado a la señora Astwell, diciéndole hacia dónde vamos y que él venga a buscarnos al camino de sirga.

—Eso es; ¡hazte valer!, como siempre decía mamá —rió Rhoda —. Vamos, pues.

Salió de la habitación y atravesó la puerta del jardín. Anne la siguió.

El mayor Despard llegó diez minutos después a Wendon Cottage. Sabía que se había adelantado a la hora fijada, por lo que quedó sorprendido al ver que las dos muchachas se habían ido ya.

Atravesó el jardín y los prados que había más allá, y torció hacia la derecha por el camino de sirga.

La señora Astwell se quedó en la puerta mirando cómo se alejaba el joven, en lugar de volver a sus tareas domésticas.

—Está enamorado de una de las dos —observó para sí misma—.

Creo que de la señorita Anne, pero no estoy segura. El chico no lo deja entrever por la expresión de su cara. Las trata a las dos igual. No estoy segura tampoco de que ambas no estén enamoradas de él. Si es así, no durará mucho la amistad que las une. No hay nada peor que un caballero interponiéndose entre dos muchachas.

Ante la agradable perspectiva de asistir al nacimiento de un amor, la señora Astwell volvió a entrar en la casa. Estaba fregando la vajilla del desayuno cuando volvió a sonar el timbre de la puerta.

—Otra vez ese timbre —refunfuñó—. Parece que lo hacen a propósito. Supongo que será algún paquete o un telegrama.

Fue a abrir sin apresurarse.

Eran dos caballeros. Uno de ellos, pequeño y de aspecto extranjero, y el otro, inglés de pies a cabeza, alto y corpulento. Recordaba haber visto a este último hacía poco tiempo.

—¿Está en casa la señorita Meredith? —preguntó el más alto de los dos.

La señora Astwell sacudió la cabeza.

—Acaba de marcharse.

—¿De veras? ¿Hacia dónde? No la hemos visto.

La señora Astwell, estudiando en secreto el extraño bigote del otro caballero y decidiendo que formaban una pareja muy rara para tratarse de dos amigos, facilitó más informes sobre el caso.

—Ha ido hacia el río… —explicó.

El caballero que llevaba bigote preguntó:

—¿Y la otra señorita? ¿La señorita Dawes?

—Se han ido juntas.

—Muchas gracias —dijo Battle—. Vamos a ver, ¿qué camino debemos seguir para llegar al río?

—Tuerzan por la izquierda y sigan por el sendero —respondió la señora Astwell con rapidez—. Cuando lleguen al camino de sirga, sigan por la derecha. Les oí decir que iban por allí —y añadió—: No hace un cuarto de hora que se marcharon. Las encontrarán en seguida.

«¿Quiénes serán estos dos? No puedo recordar si los conozco o no», pensó la mujer cuando cerró con desgana la puerta, después de contemplar pensativamente la espalda de los dos hombres que se alejaban.

La señora Astwell volvió a la cocina, mientras Battle y Poirot

daban la vuelta hacia la izquierda, como les fue indicado.

Poirot caminaba apresuradamente y Battle lo miraba de vez en cuando con curiosidad.

—¿Ocurre algo, *monsieur* Poirot? Parece que tiene usted mucha prisa.

—Es verdad. Estoy intranquilo, amigo mío.

—¿Sobre algo en particular?

Poirot sacudió la cabeza.

—No. Pero todo es posible. Nunca se sabe…

—Usted tiene algo en el pensamiento —dijo Battle—. Ha querido que viniéramos esta mañana sin perder un momento… y puedo asegurar que el agente Turner ha pisado bien el acelerador gracias a usted. ¿Qué es lo que teme? La muchacha ha corrido el pestillo.

Poirot no contestó.

—¿Qué es lo que teme? —repitió Battle.

—¿Qué es lo que teme uno en estos casos?

Battle asintió.

—Tiene usted razón. Me pregunto si…

—¿Qué es lo que se pregunta usted?

El superintendente contestó con lentitud:

—Me pregunto si la señorita Meredith se habrá enterado de que su amiga le contó cierta cosa a la señora Oliver.

Poirot hizo un gesto afirmativo con vigorosa convicción.

—De prisa, amigo mío —dijo.

Recorrieron apresuradamente la orilla del río. No había ninguna embarcación visible sobre la superficie del agua, pero al dar la vuelta a un recodo, Poirot se detuvo. La rápida mirada de Battle también vio lo mismo.

—El mayor Despard —dijo.

Despard corría por la orilla del río, unas doscientas yardas delante de ellos.

Un poco más lejos se veía a las dos muchachas, en mitad de la corriente, sobre una pequeña barca de fondo plano. Rhoda hacía avanzar el barquichuelo mediante un palo que apoyaba en el fondo del río. Anne estaba tendida en el fondo de la embarcación y reía en aquel momento. Ninguna de ellas miraba hacia la orilla.

Y entonces… ocurrió. Anne extendió la mano; Rhoda se

tambaleó y cayó al agua… vieron el desesperado manotazo que la muchacha dio a la manga de Anne…

La barca osciló… y, por fin, dio la vuelta y las dos jóvenes se debatieron en el agua.

—¿Lo ha visto? —exclamó Battle mientras empezaba a correr—. La Meredith cogió por el tobillo a su amiga y la lanzó por la borda. ¡Dios mío, éste es su cuarto asesinato!

Los dos corrían todo lo que sus piernas les permitían, pero alguien iba delante de ellos. Se veía que ninguna de las dos muchachas sabía nadar. Despard corrió por la orilla hasta el punto más cercano a ellas, se lanzó al agua y nadó hacia donde se debatían angustiosamente las dos jóvenes.

—*Mon Dieu!*; esto es interesante —exclamó Poirot cogiendo por la manga a su amigo—. ¿A cuál de las dos socorrerá primero?

Las muchachas no estaban juntas. Unas doce yardas las separaban.

Despard nadaba vigorosamente hacia ellas… no había ninguna vacilación en sus movimientos. Se dirigía rectamente hacia Rhoda.

Battle, por su parte, llegó a la orilla y se zambulló, mientras Despard llevaba felizmente a Rhoda hasta la orilla. La dejó allí y volvió a meterse en el agua, nadando hacia donde Anne acababa de irse al fondo.

—Tenga cuidado —advirtió Battle—. Hay hierbas abajo.

El joven y Battle llegaron al mismo tiempo, pero Anne se había hundido antes de que pudieran cogerla los dos hombres.

La encontraron por fin y entre los dos la llevaron a la orilla.

Poirot estaba atendiendo a Rhoda. La muchacha estaba sentada entonces y su respiración se normalizaba.

Despard y Battle tendieron en el suelo a Anne Meredith.

—Hay que practicarle la respiración artificial —dijo el superintendente—. No se puede hacer otra cosa. Pero temo que ya es tarde.

Empezó a trabajar metódicamente y Poirot se puso a su lado, dispuesto a relevarle si hacía falta.

Despard se arrodilló junto a Rhoda.

—¿Se encuentra bien? —dijo con voz ronca y ansiosa.

Ella respondió lentamente:

—Me ha salvado. Me ha salvado… —tendió las manos hacia él y

cuando el muchacho las tomó entre las suyas, la joven rompió a llorar.

—Rhoda… —dijo él.

Sus manos se fundieron en un largo apretón.

Por la mente de Despard pasó una repentina visión… un paisaje africano y Rhoda, riendo feliz, a su lado…

Capítulo XXX

ASESINATO

—¿Quiere usted decir que Anne me tiró al río intencionadamente? —dijo Rhoda con acento incrédulo—. Reconozco que a mí sí me lo pareció. Ella estaba enterada de que yo no sabía nadar. Pero… ¿fue deliberado?

—Por completo —dijo Poirot.

Pasaban entonces por los arrabales de Londres.

—Pero…, pero, ¿por qué?

Poirot no contestó hasta pasados unos momentos. El detective pensó que, por lo menos, conocía un motivo por el cual Anne actuó en aquella forma; y aquel motivo estaba sentado entonces al lado de Rhoda.

El superintendente Battle tosió.

—Debe usted disponerse, señorita Dawes, a recibir un disgusto. La señora Benson, con quien vivió su amiga, no murió a causa de un accidente, según parecía… Por lo menos, tenemos ciertas razones para suponerlo.

—¿A qué se refiere?

—Creemos —intervino Poirot— que Anne Meredith cambió de sitio dos botellas.

—¡Oh, no… no! ¡Qué cosa tan horrible! Es imposible. ¿Anne? ¿Por qué tuvo que hacerlo?

—Tenía sus motivos —dijo el superintendente—. Pero la cuestión es, señorita Dawes, que por lo que sabía su amiga, usted era la única persona que podía darnos una pista sobre aquel incidente. Supongo que no le diría que se lo contó todo a la señora Oliver, ¿verdad?

Rhoda contestó lentamente:

—No. Pensé que se enfadaría conmigo.

—Desde luego. Y muy enfadada —dijo Battle con el ceño fruncido—. Pero ella creyó que el único peligro podría provenir de usted y por eso decidió… ejem… eliminarla.

—¿Eliminarme, a mí? ¡Oh, qué brutal! No puede ser.

—Bueno; ahora ya ha muerto —observó Battle—, y por lo tanto, lo dejaremos tal como está, pero no era una amiga que le conviniera, señorita Dawes… y eso sí que es verdad.

El automóvil fue aminorando la marcha y se detuvo ante una puerta.

—Subiremos al piso de *monsieur* Poirot —dijo el superintendente —. Hablaremos un poco sobre el asunto.

En el salón de Poirot fueron recibidos por la señora Oliver, que hasta entonces había estado entreteniendo al doctor Roberts. Bebían jerez. La señora Oliver llevaba uno de los sombreros más nuevos que la moda había impuesto entonces, así como un traje de terciopelo con un lazo sobre el pecho, en el cual reposaba un trozo de manzana.

—Pasen. Pasen —invitó hospitalariamente la mujer, como si se encontrara en su casa, en lugar de en la de Poirot—. Tan pronto como recibí su llamada, telefoneé al doctor Roberts y vino aquí. Todos sus pacientes se están muriendo, pero esto no le preocupa. En realidad, si no los visita se pondrán mejor. Queremos enterarnos de todo lo que ha pasado.

—Sí, es cierto. Estoy hecho un lío —dijo Roberts.

—*Eh bien* —comentó Poirot—. El caso ha terminado. El asesino del señor Shaitana ha sido descubierto al fin.

—Eso me ha dicho la señora Oliver. Esa criatura; Anne Meredith. Casi no lo creo. Un asunto inverosímil.

—Era una homicida, sin duda alguna —dijo Battle—. Tres muertes en su haber… y no fue culpa suya el que no consiguiera ejecutar con éxito la cuarta.

—¡Increíble! —murmuró Roberts.

—Nada de eso —intervino la señora Oliver—. Era la persona menos probable. Al parecer, ocurre lo mismo en la vida real que en las novelas.

—Ha sido un día lleno de sorpresas —dijo Roberts—. Primero, la

carta de la señora Lorrimer. Supongo que sería una falsificación, ¿no es cierto?

—Precisamente. Una falsificación muy buena, hecha por triplicado.

—¿También se dirigió una a sí misma?

—Naturalmente. La falsificación estuvo muy bien hecha… no hubiera engañado a un perito… desde luego; pero no era probable que interviniera un experto. Todas las pruebas parecían demostrar que la señora Lorrimer se suicidó.

—Perdone mi curiosidad, *monsieur* Poirot, ¿pero qué le hizo sospechar que no se había suicidado?

—Cierta conversación que tuve con una criada de Cheyne Lane.

—¿Le dijo que Anne Meredith estuvo allí la noche anterior?

—Eso me dijo, entre otras cosas. Y así, como ustedes verán, he llegado a una conclusión sobre la identidad de la persona culpable… es decir, de la persona que mató al señor Shaitana. Esa persona no fue la señora Lorrimer.

—¿Qué indicio le hizo sospechar de la señorita Meredith?

Poirot levantó una mano.

—Un momento. Déjeme que trate el asunto a mi manera. Permítame, digámoslo así, que vaya eliminando. El asesino del señor Shaitana no fue la señora Lorrimer, ni fue el mayor Despard y, aunque parezca mentira, tampoco fue la señorita Meredith…

Se inclinó hacia delante. Su voz era suave y ronroneante, como la de un gato.

—Porque usted, doctor Roberts, fue el que mató al señor Shaitana y quien mató también a la señora Lorrimer…

Siguió un silencio que duró por lo menos tres minutos. Al fin, Roberts lanzó una risotada un tanto amenazadora.

—¿Está usted loco, *monsieur* Poirot? Yo no maté a Shaitana, ni tuve posibilidad de asesinar a la señora Lorrimer. Mi apreciado Battle —se volvió hacia el superintendente—. ¿Está usted también de su parte? ¿Opina como él?

—Creo que será preferible que escuche lo que *monsieur* Poirot tiene que decirle —respondió Battle tranquilamente.

El detective prosiguió:

—Es cierto que, no obstante, saber desde hace tiempo que usted y sólo usted, había asesinado a Shaitana, no había forma de

probárselo. Pero el caso de la señora Lorrimer es completamente diferente —se inclinó hacia delante otra vez—. No solamente lo sé yo. Es mucho más simple que eso, porque tengo un testigo presencial, que vio cómo usted lo hacía.

Roberts no movió un solo músculo, aunque sus ojos despidieron un rápido destello.

—Está usted diciendo tonterías —observó vivamente.

—¡Oh, no! Nada de eso. Ocurrió esta mañana muy temprano. Se las arregló usted para llegar hasta la habitación de la señora Lorrimer, donde ésta dormía profundamente bajo la influencia todavía de la droga que tomó la noche anterior. Y allí pretendió saber, con una sola ojeada, que la mujer estaba muerta. Se desembarazó usted de la criada, mandándola por coñac, agua caliente y todo lo demás. Así quedó solo en la habitación. La criada solamente tuvo un atisbo de lo que ocurría. ¿Y qué pasó después? Tal vez no estará usted enterado, doctor Roberts, del hecho de que ciertas empresas dedicadas a la limpieza de ventanas y escaparates, llevan a cabo su trabajo en las primeras horas de la mañana. Un empleado de una de dichas empresas llegó con su escalera al mismo tiempo que usted. Apoyó la escalera contra una de las paredes de la casa y empezó su trabajo. La primera ventana que emprendió correspondía a la habitación de la señora Lorrimer. No obstante, cuando vio lo que pasaba en el interior, se marchó a otra ventana, pero ya había visto lo suficiente. El propio interesado nos contará lo que vio.

Poirot cruzó con paso rápido la habitación, dio la vuelta al pomo de la cerradura de una puerta y a continuación llamó:

—Pase, Stephens —y volvió hacia su sitio.

Un hombre corpulento, de aspecto torpe y pelo rojo, entró en el salón. En la mano llevaba una gorra de uniforme, sobre cuya frente se leía: «Asociación de Limpiaventanas de Chelsea», y a la que daba vueltas desmañadamente.

Poirot preguntó:

—¿Conoce a alguien de los que estamos en esta habitación?

El hombre dio una ojeada circular y luego hizo un tímido ademán con la cabeza, hacia donde estaba el doctor Roberts.

—Ése —dijo.

—Díganos cuándo lo vio usted por última vez y qué es lo que

estaba haciendo.

—Fue esta mañana, a las ocho. En casa de una señora que vive en Cheyne Lane. Me dispuse a limpiar las ventanas: La mujer estaba en la cama y parecía enferma. Cuando la vi volvía la cabeza sobre la almohada. Supuse que este caballero era médico. Levantó la manga del camisón de aquella mujer y le inyectó algo aquí —indicó el sitio—. Ella dejó caer otra vez la cabeza sobre la almohada. Pensé que era mejor empezar por otra ventana, y así lo hice. Espero que no habré hecho nada malo.

—Obró usted admirablemente, amigo mío —dijo Hércules Poirot.

Y añadió tranquilamente:

—*Eh bien*, doctor Roberts.

—Era… un simple estimulante —tartamudeó el doctor Roberts —. La última esperanza de que volviera en sí. Es monstruoso que…

Poirot le interrumpió:

—¿Un simple estimulante? Metilo-ciclo-exenil-metilo-malonil-urea —dijo Poirot, acentuando untuosamente las sílabas—. Más comúnmente conocido como «Evipán». Se utiliza como anestésico en operaciones de corta duración. Inyectado por vía intravenosa, en grandes dosis, produce instantáneamente la inconsciencia. Es peligroso utilizarlo después de haber administrado veronal o algún barbitúrico al paciente. Me di cuenta de la contusión que presentaba uno de los brazos de la señora Lorrimer, donde sin duda alguna, le había sido inyectado algo en una vena. Aquello fue una pista para el forense y la droga fue sencillamente descubierta por una persona de tanto relieve como sir Charles Imphrey, analista del Ministerio de Gobernación.

—Eso, según creo, le ajusta las cuentas por completo —dijo el superintendente Battle—. No hay necesidad de que probemos lo de Shaitana; aunque, desde luego, si es necesario, podemos acusarlo además del asesinato del señor Charles Craddock, posiblemente del de su esposa.

La mención de estos nombres acabó con la entereza de Roberts.

Se recostó en su asiento.

—Se me fue la mano —admitió—. ¡Me han cogido! Supongo que ese taimado diablo de Shaitana se lo contaría todo, antes de que nos reuniera para cenar aquella noche. Y yo pensé haberle hecho callar

tan a punto…

—No debe usted dar las gracias a Shaitana —dijo Battle—. Todo el mérito es de *monsieur* Poirot.

Fue hacia la puerta y entraron dos hombres.

La voz del superintendente Battle tomó un tono oficial, al pronunciar las palabras de arresto.

Cuando se cerró la puerta tras el acusado, la señora Oliver dijo con tono alegre, aunque sonaba a falso:

—¡Siempre dije que lo hizo él!

Capítulo XXXI

CARTAS SOBRE LA MESA

Era el gran momento de Poirot. Todas las caras estaban vueltas hacia él, con expectación anhelante.

—Son ustedes muy amables —dijo el detective sonriendo—. Me figuro que ya saben lo que disfruto con estas pequeñas disertaciones. Soy un individuo bastante prosaico —hizo una corta pausa y agregó—: Este caso, para mí, ha sido uno de los más interesantes con que he tropezado hasta ahora. Eran cuatro personas; una de las cuatro cometió el asesinato, ¿pero cuál de ellas? ¿Había algo que señalara hacia alguien? En el sentido material… no. No existían indicios tangibles… ni huellas digitales… ni papeles o documentos acusadores. Sólo existían… las propias personas.

»Y una pista palpable… las hojas del carnet de *bridge*.

»Recordarán ustedes que desde el principio mostré un particular interés por esas hojas. Me dijeron algo acerca de las personas que las habían llenado, y también otras cosas. Me facilitaron un valioso indicio. Me fijé en seguida en la cifra 1.500, al final del tercer *rubber*. Esa cifra sólo podía significar una cosa… una declaración de gran *slam*. Ahora bien, si una persona toma la determinación de cometer un crimen bajo circunstancias tan extraordinarias, es decir, durante una partida de *bridge*, esa persona corre claramente dos riesgos diferentes. El primero es que la víctima pueda gritar y, el segundo, que aun en el caso de que no grite, alguno de sus compañeros de juego levante la vista en el momento preciso y presencie el hecho. Por lo que atañe al primero de los riesgos citados, nada podía hacerse. Era cuestión de suerte. Pero respecto al

segundo, sí que podía intentarse algo. Es cosa sabida que durante una "mano" interesante, la atención de los tres jugadores estará centrada por completo en el juego, por lo mismo que durante una "mano" aburrida, estarán más dispuestos a fijarse en lo que les rodea. Una declaración de gran *slam* es siempre excitante. A menudo, y en este caso así fue, se dobla. Cada uno de los tres jugadores juega sus cartas con gran atención… el que subastó, con el fin de hacer las bazas precisas, y los adversarios, al objeto de descartarse correctamente y lograr que el otro no pueda cumplir su subasta. Existía, pues, una posibilidad de que el crimen hubiese sido perpetrado durante esa "mano" y me propuse averiguar, a ser posible, cómo se desarrolló exactamente la subasta. Pronto averigüé que durante aquella "mano" hizo de "muerto" el doctor Roberts. Sentada dicha hipótesis, ataqué el asunto desde mi segundo punto de vista… probabilidad psicológica. De los cuatro sospechosos, la señora Lorrimer se me presentó como la más dispuesta para planear y llevar a cabo con éxito un asesinato… pero no podía suponerla autora de ningún crimen que hubiera de ser improvisado en un momento dado. Por otra parte, sus modales de aquella noche me confundieron. Sugerían que, o sabía quién lo habría hecho, o bien fue ella quien cometió el asesinato. La señorita Meredith, el mayor Despard y el doctor Roberts tenían también posibilidades psicológicas, aunque, como dije en cierta ocasión, cada uno de ellos hubiese actuado en forma enteramente diferente.

»A continuación hice una segunda prueba. Les pregunté por turno qué era lo que recordaban del aspecto de la habitación. Con ello conseguí cierta información valiosa. En primer lugar, la persona que mejor pudo fijarse en la daga era el doctor Roberts. Es un observador natural de bagatelas de cualquier clase… lo que se llama un hombre observador. De las "manos" que jugó al *bridge*, sin embargo, no recordaba prácticamente nada. No esperaba yo que se acordara de mucho, pero su completo olvido parecía dar a entender que tuvo algo más en su pensamiento durante toda la velada. Otra vez, como ven, el doctor Roberts era la persona indicada.

»Vi que la señora Lorrimer tenía una memoria maravillosa para las cartas y pude imaginarme con facilidad que con su poder de concentración podía cometerse un crimen a su lado sin que se diese cuenta de nada. Me proporcionó un informe de gran valor. El gran

slam fue subastado por el doctor Roberts sin ninguna justificación… y como fue ella la que inició la subasta, tuvo que jugar la "mano".

»La tercera prueba, en la cual tanto el superintendente Battle como yo tuvimos que trabajar duramente, fue el descubrimiento de crímenes anteriores, con el fin de establecer una similitud de métodos. El mérito de estos descubrimientos pertenece al superintendente Battle, a la señora Oliver y al coronel Race. Comentando el asunto con mi amigo Battle, me confesó que estaba contrariado porque no veía ningún punto de semejanza entre alguno de aquellos asesinatos anteriores y el del señor Shaitana. Pero, en realidad, no estaba en lo cierto. Los dos asesinatos atribuidos al doctor Roberts, si se examinaban atentamente y desde el punto de vista psicológico y no material, demostraban ser exactamente lo mismo. Habían sido lo que puedo denominar como asesinatos públicos. Una brocha de afeitar infectada audazmente en el propio tocador de la víctima, mientras el médico se lava las manos después de una visita. El asesinato de la señora Craddock, bajo la apariencia de una vacuna antitífica. Cometido otra vez a ojos vistas… ante todo el mundo, podríamos decir. Y la reacción del hombre es la misma. Se ve arrinconado; busca una ocasión y actúa sin dudar… audaz y alegremente… igual que sus "faroles" cuando juega al *bridge*. Y como en el *bridge*, cuando mató a Shaitana corrió un gran riesgo, pero jugó bien las cartas. Dio el golpe perfectamente y en el preciso momento.

»Y entonces, cuando ya estaba completamente convencido de que Roberts era el culpable, la señora Lorrimer me rogó que fuera a verla… ¡y se acusó del crimen, de una manera convincente por completo! ¡Casi estuve por creerla! Durante unos momentos llegué a creer lo que me decía… pero mis pequeñas células grises recobraron su dominio. No podía ser… y, por lo tanto, no era así.

»Pero lo que me dijo, ponía todavía más difíciles las cosas.

»Me aseguró que habla visto cómo Anne Meredith cometió el crimen.

»Hasta la mañana siguiente… cuando me detuve junto a su lecho de muerte… no vi que yo tenía razón, aunque ella también me había dicho la verdad.

»Anne Meredith se dirigió hacia la chimenea… ¡y vio que el señor Shaitana estaba muerto! Se inclinó sobre él… tal vez extendió

la mano hacia la brillante cabeza del puñal. Abrió la boca para gritar, pero no lo hizo. Recordó lo que Shaitana había dicho durante la cena. Ella, Anne Meredith, tenía un motivo para desear su muerte. Todos dirían que ella lo había asesinado. No se atrevió a gritar. Temblando de miedo y aprensión, volvió a la mesa de juego y se sentó.

»Por lo tanto, la señora Lorrimer tenía razón, puesto que, según pensó, había visto cómo se cometía el crimen… pero yo también la tenía porque, en realidad, ella no vio tal cosa.

»Si Roberts se hubiera contenido en este punto, dudo que nunca le hubiéramos podido achacar sus crímenes. Deberíamos hacerlo… con una mezcla de engaño y algunos ingeniosos artificios. Yo lo hubiera intentado, de todos modos. Pero se dejó ganar por sus nervios y se le fue la mano. En esta ocasión no tenía buenas cartas y falló muchas bazas. No hay duda de que estaba intranquilo. Sabía que Battle investigaba. Presintió que tal situación continuaría indefinidamente. La policía seguiría buscando… y tal vez, por un milagro, descubriría sus crímenes anteriores. Se le ocurrió la brillante idea de que la señora Lorrimer hiciera de víctima propiciatoria por cuenta de los cuatro sospechosos. Su ojo clínico se dio cuenta, indudablemente, de que la mujer estaba enferma y que su vida no podía durar mucho. Resultaba, pues, muy natural que en dichas circunstancias eligiera una manera fácil de desaparecer, confesando su crimen antes de hacerlo. Se procuró, por lo tanto, una muestra de su escritura… falsificó tres cartas y llegó a casa de ella por la mañana con el pretexto de la carta que acababa de recibir. Antes dio instrucciones a su doncella para que telefoneara a la policía diciendo lo que pasaba. Todo lo que necesitaba era una iniciativa y la consiguió. Cuando el cirujano de la policía llegó, ya había acabado todo. El doctor Roberts tenía preparado el cuento de la respiración artificial que no dio resultado. Todo era perfectamente plausible… perfectamente verosímil.

»Con todo ello, no pensaba dirigir sus sospechas hacia Anne Meredith. No conocía siquiera su visita de la noche anterior. Su único propósito era conseguir la seguridad por medio de aquel suicidio simulado. Pasó un mal momento cuando le preguntó si estaba familiarizado con la escritura de la señora Lorrimer. Si se había descubierto la falsificación, podía excusarse diciendo que

nunca vio antes dicha escritura. Su mente trabajó con rapidez, pero no con la suficiente.

»Desde Wallingford telefoneé a la señora Oliver. Ella desempeñó su papel, calmando sus sospechas y trayéndolo aquí. Pero luego, cuando se congratulaba por lo bien que había salido todo, aunque no de la forma en que él lo había planeado, cayó el golpe sobre su cabeza. ¡Surgió Hércules Poirot! Y el jugador no pudo hacer ninguna baza más. Tuvo que echar las cartas sobre la mesa. *C'est fini*.

Rhoda rompió con un suspiro el silencio que siguió.

—Fue una suerte que se le ocurriera a ese hombre limpiar precisamente aquella ventana —dijo.

—¿Suerte? ¿Suerte? No fue suerte, *mademoiselle*. Fueron las células grises de Hércules Poirot, Y eso me recuerda que…

Se dirigió hacia la puerta.

—Pase, pase, querido amigo. Llevó a cabo su papel maravillosamente.

Volvió acompañado por el limpiaventanas, que ahora llevaba en la mano su pelo rojo y parecía una persona completamente diferente.

—Mi amigo, el señor Gerald Hebingway, un actor joven de gran porvenir.

—Entonces, ¿no era tal limpiaventanas? —exclamó Rhoda—. ¿Nadie vio lo que hacía Roberts?

—Yo lo vi —dijo Poirot—. Con los ojos del pensamiento puede ver uno más que con los del cuerpo. Sólo hay que recostarse en la silla y cerrarlos…

Despard observó jocosamente:

—Apuñalémosle, Rhoda, y veamos si su fantasma vuelve y descubre quién lo hizo.

FIN

AGATHA CHRISTIE, escritora inglesa nacida en Torquay (Inglaterra) el 15 de septiembre de 1890, es considerada como una de las más grandes autoras de crimen y misterio de la literatura universal. Su prolífica obra todavía arrastra a una legión de seguidores, siendo una de las autoras más traducidas del mundo y cuyas novelas y relatos todavía son objeto de reediciones, representaciones y adaptaciones al cine.

Christie fue la creadora de grandes personajes dedicados al mundo del misterio, como la entrañable *Miss* Marple o el detective belga Hércules Poirot. Hasta hoy, se calcula que se han vendido más de cuatro mil millones de copias de sus libros traducidos a más de 100 idiomas en todo el mundo. Además, su obra de teatro *La ratonera* ha permanecido en cartel más de 50 años con más de 23.000 representaciones.

Nacida en una familia de clase media, Agatha Christie fue enfermera durante la Primera Guerra Mundial. Su primera novela se publicó en 1920 y mantuvo una gran actividad mandando relatos a periódicos y revistas.

Tras un primer divorcio, Christie se casó con el arqueólogo Max Mallowan, con quien realizó varias excavaciones en Oriente Medio

que luego le servirían para ambientar alguna de sus más famosas historias, al igual que su trabajo en la farmacia de un hospital, que le ayudó para perfeccionar su conocimiento de los venenos.

De entre sus novelas habría que destacar títulos como *Diez negritos*, *Asesinato en el Orient Express*, *Tres ratones ciegos*, *Muerte en el Nilo*, *El asesinato de Roger Ackroyd* o *Matar es fácil*, entre otros muchos. Las adaptaciones al cine de su obra se cuentan por decenas.

Además de estas obras, Agatha Christie también se dedicó a la novela romántica bajo el seudónimo de Mary Westmacott.

Christie recibió numerosos premios y distinciones a lo largo de su carrera, como el título de Dama del Imperio Británico o el primer Grand Master Award concedido por la Asociación de Escritores de Misterio.

Agatha Christie murió en Wallingford (Inglaterra) el 12 de enero de 1976.

Notas

[1] Nombre que dan en Inglaterra y en Estados Unidos a todo extranjero de piel morena. (N. del T.)

< <

[2] Juego de palabras intraducible. La señorita Meredith confunde «tortuous» (tortuosa) con «torture's» (de atormentador), pues la pronunciación de ambas palabras es muy similar. (N. del T.)

<<

[3] Juego de palabras intraducible. Familiarmente se dice «not cricket» en inglés, para demostrar que no se ha obrado bien ni honradamente. Poirot confunde el significado de la palabra «cricket» y la interpreta como honor. *(Nota del Traductor.)*

< <